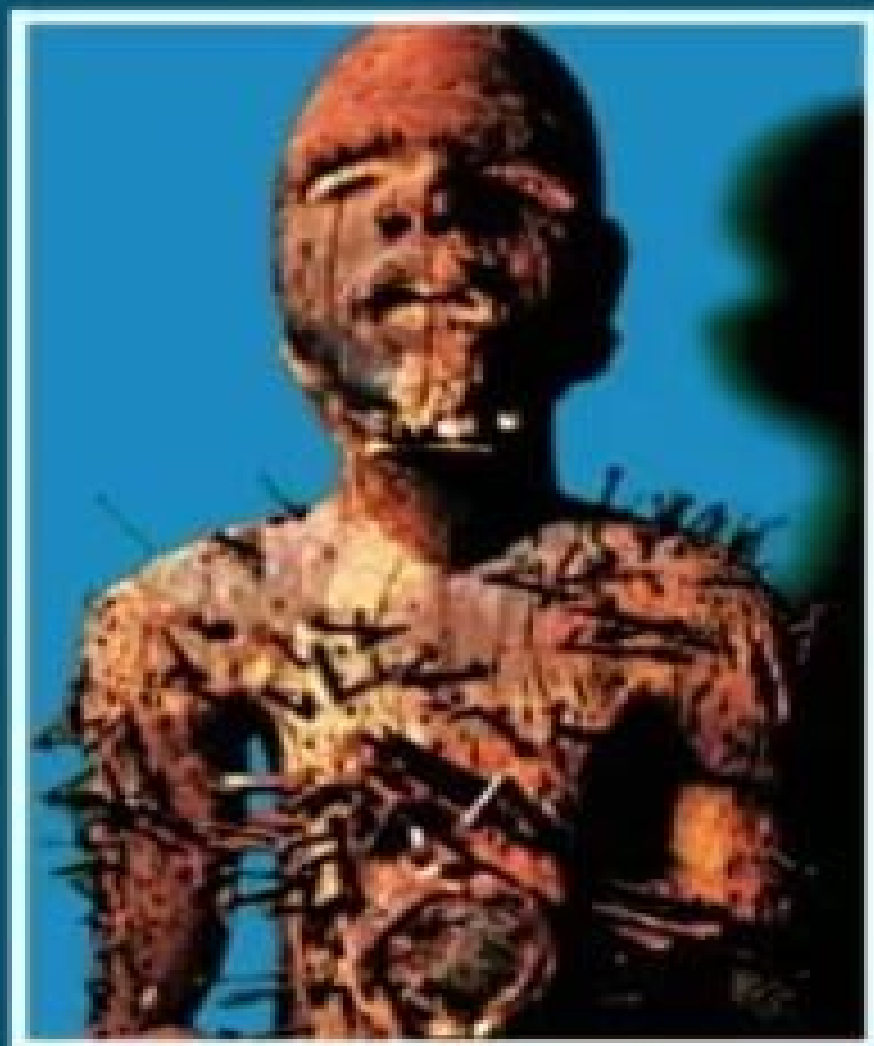


ESCALOFRIANTE HISTORIA DE
Dooren Irvine
¡REINA DE LAS BRUJAS NEGRAS!



DE LA
BRUJERÍA
A CRISTO

Índice

- Capítulo 1: El Alborear De La Vida
- Capítulo 2: La Excursión De Pesca
- Capítulo 3: Mi Mamá
- Capítulo 4: Flecha Negra
- Capítulo 5: Transformación
- Capítulo 6: Lo Extraño
- Capítulo 7: La Partida
- Capítulo 8: Calles De Paddington
- Capítulo 9: El Camino Hacia La Prisión
- Capítulo 10: Prisión Y Pavo Frio
- Capítulo 11: El Imperio De Satanás
- Capítulo 12: Reina De Las Brujas Negras
- Capítulo 13: Sin Salida
- Capítulo 14: El Primer Paso A La Libertad
- Capítulo 15: Búsqueda Para La Liberación
- Capítulo 16: El Dedo De Dios
- Capítulo 17: ¡Jesús Es Vencedor!
- Capítulo 18: Paz En Betania
- Capítulo 19: Un Diamante En Bruto
- Capítulo 20: Un Ministerio Más Rico Y Más Profundo
- Capítulo 21: Una Lucha Espiritual

DE LA BRUJERIA A CRISTO

Sin lugar a dudas, las confesiones de Dooren Irvine, prostituta, drogadicta y reina de las brujas negras, es la más sensacional entre las historias verídicas que pueden llegar a los ojos de un lector.

Título Original: *From Witchcraft To Christ*

©1972, Irvine, Dooren

©1987, Clie

ISBN: 9788430010134

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Loco1911, 26/12/2021

Capítulo 1: El Alborear De La Vida

AQUELLA mañana de domingo, en septiembre de 1939, empezó en el este de Londres como cualquier otro domingo. Yo nací allí y conocía sus matices de sonidos y su forma de vida. Las voces de los niños al jugar en las calles, mezcladas con el excitado ladrido de los perros.

Vestida solamente con mis bragas, estaba dándome mi baño semanal sobre la mesa de madera tosca en la cocina de nuestra casa de vecindad. La suciedad de la mugrienta calle parecía reacia a salir de mis rodillas, mientras mi madre las limpiaba con un trozo de franela basta.

En una esquina de la desnuda habitación, la radio añadía una especie de acompañamiento a la operación de limpieza. Mi madre hizo una pausa cuando las solemnes campanadas del «Big-Ben» sonaron a través del aparato de radio. Yo, a mis siete años de edad, estaba más interesada en la invitación que me hacían desde la calle para ir a jugar, que en la emisión de la radio.

—¡Oh, Dios mío! —gritó mi madre de repente, tirando el jabón al suelo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté.

—Es la guerra, la guerra...

Casi al momento de pronunciar ella esta frase, que yo entendí muy poco, se difundió sobre la ciudad ese gemido hueco y

espantoso de la alerta de bombardeo sobre la población. Era un sonido que iba a escuchar frecuentemente en los meses siguientes.

En los primeros días del verano de 1940 los bombardeos se habían incrementado muchísimo, de forma que fuimos evacuados a Uxbridge. En términos geográficos no fue una gran separación, ya que Uxbridge está solamente a 16 millas de Londres. Aquí, una jovencilla oriunda de Londres, que había transcurrido sus primeros años como el sonido de las campanas, iba a pasar el resto de su niñez con todos los problemas que arrastraba.

Uxbridge está al final de la línea del Metropolitano, y es ahora cabeza de muchas líneas de Londres. No es una ciudad muy grande; sin embargo, es muy activa, con mucho tráfico, especialmente en la carretera de Londres. La maravillosa campiña que la rodea, en el distrito de Windsor, es muy popular entre los londinenses que pasan allí el fin de semana. Dos ríos la cruzan, así como también pequeños arroyos y un canal que abastece a las industrias que necesitan agua.

En la periferia de la ciudad hay una gran explanada, y es cerca de aquí donde se levantó nuestra nueva casa. Como si fuese un pequeño municipio en un pedestal. Otras familias evacuadas vivían cerca en casas comunales.

Nuestra casa no fue tratada con gran respeto por los inquilinos, que habían venido de un barrio extremo del este de Londres. La puerta principal fue arrancada para servir como leña para el fuego. El jardín se convirtió en un desierto en poco tiempo, siendo un nido de suciedad que rodeaba la casa.

La vida en el hogar se centraba en la cocina, que estaba sucia y escasamente amueblada. Dominando la habitación había una mesa de madera, larga y tosca, en la que yo me sentaba para darme el baño semanal. El mantel era un viejo periódico, impreso con las noticias de los frentes de la guerra. En su centro había una enorme tetera marrón, muy raramente vacía, ya que siempre había alguien haciendo té. Una botella de leche con agua para que durase más, se encontraba colocada al lado de la tetera marrón.

Solamente había tres sillas en la cocina. Ni alfombras ni telas cubrían las tablas desnudas del suelo, tampoco había cortinas

colgando de las ventanas, únicamente sacos viejos, que servían también como persianas de oscurecimiento.

Se tomaban muy pocas comidas en la mesa. Mis cuatro hermanos y yo teníamos que sentarnos en el suelo o en la escalera de la puerta de atrás para comer lo que se nos daba, que no era mucho, principalmente pan y manteca de cerdo. Bebíamos el té en un tarro de mermelada. Yo lo tenía que sujetar con el borde del vestido por lo caliente que estaba.

—¿Por qué no podemos comer carne, patatas asadas y queique, mamá? —le pregunté un día—. Mi amiga la que vive al doblar la esquina lo toma.

Nosotros no podemos tomar cosas como esas, así que deja de protestar y toma lo que te dan.

¿Necesitas mucho dinero, mamá, para comprar carne, patatas y queique? —persistí.

—Sí, así que sé una niña buena y conténtate con lo que tienes.

Pero la respuesta de mi madre no me satisfizo más de lo que me satisfacía mi dieta. Mi curiosidad aumentaba y un día, cuando terminó el colegio, decidí enterarme más.

Era un día caluroso de primavera. Los árboles y el césped estaban preciosos. Las flores tenían un aspecto tan hermoso que me hacían desear subirme a las ramas que estaban cuajadas de ellas.

Detrás de estos árboles se habían construido casas en donde vivía la gente acomodada. Esta pequeña niña, con la boca abierta de admiración, se las ingenió para fisgonear de algún modo por las ventanas de una o dos de aquellas casas.

Era algo como mirar en el interior de otro mundo. El mobiliario era brillante, se podía ver el rostro en él. Sillas grandes, cómodas alfombras y manteles de bordados preciosos.

Me preguntaba cómo sería vivir en una casa como aquella. Me decía a mí misma: «¿Cómo será el piso superior?» Y me imaginaba cómo sería teniendo unas cosas tan hermosas y unos árboles tan bonitos en el jardín.

Me acordaba de mi amiga, la que vivía al dar la vuelta a la esquina, que tenía una cama con sábanas blancas y que no se parecía en absoluto a la mía, que no era una cama, sino que sólo

llevaba su nombre y consistía en un montón de abrigos sucios, apilados en el suelo del piso superior. Mamá y papá tenían la única cama de la casa, pero tampoco tenía sábanas.

Me reí simuladamente cuando pensé cómo se caían al suelo a menudo los grandes adornos de metal que tenía, sobre todo cuando papá tropezaba con ella al entrar en casa después de haber pasado la noche en la taberna.

Luego de una mirada final de envidia a las casas y a los árboles, regresé a la mía.

Nadie me preguntó por qué llegaba tan tarde de la escuela, aunque casi perdí mi té. Guardando la exploración como un secreto, decidí que volvería otro día. Este fue el primer descubrimiento de belleza en la vida de una pequeña niña, sensible y desaliñada.

Era la mayor de cinco hermanas y, como tal, a menudo me dejaban al cuidado del resto de la familia, aun cuando yo era muy pequeña. Papá trabajaba, aun cuando barrendero del Ayuntamiento, por lo menos cuando no estaba borracho. Mi mamá, delgada y preocupada, a menudo tenía que salir muy tarde por las calles para buscarle. De una manera extraña, ella siempre encontraba una disculpa para su vicio, achacándole la costumbre de la bebida a las circunstancias de la guerra.

Con ayuda de mi sentido del humor e imaginación, llevaba las responsabilidades de mi familia fácilmente. Mis hermanas más jóvenes me querían, aunque veces las castigaba. Yo nunca lo pensaba dos veces antes de darles un tirón de orejas cuando la situación lo requería. Mi propia pauta especial de disciplina llegó a ser ampliamente conocida.

A nadie le importaba; después de todo, era mi trabajo cuidarles. Con el tiempo creció el número de niños ya que los vecinos dejaban a otros a mi tierno cuidado. Los pequeños me observaban y respetaban, porque yo era mayor, tenía un buen humor y era como un líder para ellos, un joven «Pied Piper» de Uxbridge que era constantemente seguido por una selección de niños sucios, sí, pero sonrientes. Y desde luego por mi perro.

Los animales formaban una parte importante en mi vida. El jardín de la parte trasera estaba lleno de ellos. Mi padre tenía gallinas, aunque nunca había huevos para comer. Quizá papá

vendía los huevos en la taberna para conseguir dinero para su bebida.

—«Él y su cerveza» —como decía yo.

En el jardín había también dos conejos, una pareja de hurones, muchos gatos y una cabra, pero el perro de la familia, «Bessie», un labrador negro, era mi favorito y en todas partes era conocido como el perro de Doreen. «Bessie» me seguía a cualquier parte que yo fuera.

Con semejante compañía necesitaba amplios espacios. Afortunadamente había varios lugares para tener aventuras: dos parques de recreo, las orillas del río y un campo de juego, donde la hierba siempre era verde y suave. Mi forma de llegar a decisiones democráticas era única.

—Ahora, críos —decía yo al rebaño de niños sucios que se formaba alrededor de mí—, ¿adónde iremos esta tarde, al parque de los columpios o al campo de juego?

—¡A los columpios. Dor, a los columpios! —gritaban los niños.

Reflexionaba un momento y les decía:

—No, iremos al río.

Ellos me seguían dócilmente. El parque de recreo, con una multitud de aparatos y columpios, era el favorito. Pero era de imaginar que se pasaría bien en cualquier parte adonde fuera Dor.

Los juegos a menudo se declinaban en hacer algún daño, y mi mente, con facilidad de inventar algo nuevo, fraguaba muchas travesuras para tener a mis discípulos contentos, aun cuando los mayores se divertían mucho menos.

Una de mis travesuras favoritas era la de reunir a todos los niños en la parada del autobús. Cuando éste se aproximaba, levantaba solemnemente mi mano. El conductor, al vernos, aminoraba la marcha, hasta detenerse en la parada, momento en el que, riéndonos, echábamos a correr. Esta treta no engañaba al conductor por mucho tiempo, de forma que a los pocos días, en vez de parar, aceleraba, haciéndonos una mueca grosera al pasar por delante de nosotros.

Una noche, cuando los niños y yo pasábamos por delante de la taberna, vimos el caballo y el carro del viejo Joe, parado como era costumbre. El «viejo Joe era comerciante local, al que sus amigos

los borrachos le llamaban «harapos y huesos». De repente tuve una idea: ¿Por qué no quitar los arneses del caballo y ponerlo dado vuelta, enganchado al carro y esperar a ver qué pasaba?

El viejo caballo era muy dócil y obediente, hasta el punto de permitirme hacer esta operación. Una hora más tarde, más o menos, vino el «viejo Joe», borracho como de costumbre, o tal vez más borracho que nunca, de forma que no notó nada cuando tropezó con el carro.

¡Vamos! ¡Vamos, caballo! —gritó el viejo.

Imaginen ahora nuestros gritos cuando el caballo obedeció y el carro con el «viejo Joe» comenzó a irse para atrás, mientras «el viejo», sin entender nada de lo que pasaba, maldecía y gritaba a su caballo entre las risas de la pandilla de niños.

Sin embargo, las travesuras no eran siempre tan inofensivas sobre todo cuando consistían en robar en las tiendas locales. Aunque estos actos eran incitados por el interés que tenía por los niños, que siempre tenían hambre y nunca había para ellos un caramelo o alguna golosina que comer como otros niños. La única forma de conseguirlas era robándolas.

Mi estrategia era sencilla. Conseguía uno o dos peniques por regla general pidiéndolos a un transeúnte, entrando seguidamente en la tienda con los niños. Enseñaba ostensiblemente los dos peniques y mientras que la atención del dependiente se centraba en mí y mi dinero, los niños se apropiaban rápidamente de lo que querían.

La confitería era también un blanco fácil, allí podía arrebatarse un bollo del escaparate y escapar a toda velocidad. Era caso de actuar con rapidez, no como la ocasión en que mi hermana quiso robar uno y con él resbalaron cinco o seis que se fueron al suelo; ella quiso recogerlos en vez de escapar y la apresaron a ella.

Sobre este robo, mi madre llegó a la conclusión de que mi hermana tenía hambre; pero ella misma se había vuelto apática por las muchas preocupaciones que diariamente tenía, de forma que no hizo mucho caso de esa acción. La lucha diaria por la vida era demasiado fuerte para preocuparse por la moralidad de sus hijos.

El nombre de Dios, repetido tantas veces en medio de los problemas, se había hecho casi como una palabra maldita para mí.

En casa había siempre alguien que juraba o maldecía. El hábito de la bebida en mi padre, iba empeorando día a día y a menudo se hacía violento. Yo vi los labios cortados y los negrones en el rostro de mi madre, en muchas ocasiones. Lo normal era que sus ojos estuviesen morados.

Recuerdo cómo en un ocasión corrí a la parte trasera del jardín mientras decía en voz alta: «¡No permitas que ocurran cosas tan horribles, oh Dios!» Otra vez esa palabra. ¡Con qué facilidad acudía a mis labios!

¿Qué sería de nosotros si todas las cosas continuaban de esa forma?

Pero lo peor de todo era la expresión de tristeza y resignación en la cara de mi madre. Intenté desterrar mi miedo pensando: «Quizá las cosas mejorarán dentro de poco. Quizá las cosas serán diferentes mañana».

Una mañana sentí la mano de mamá que me sacudía dulcemente.

Despierta. Dolly! ¡Cariño, despierta!

Mamá siempre me llamaba Dolly, por ser muy pequeña para mi edad.

Me senté en la cama, sobre la pila de abrigos sucios, que, como indiqué antes, era mi cama.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué pasa?

—Nada de particular, Dolly; sólo quiero que lleves esta nota a la tienda del páramo.

Aun cuando eran las primeras horas del día, no me pasó desapercibida la expresión de preocupación en el rostro de mi madre.

—¿No llevo dinero, mamá?

No, hija sé una buena chica y vuelve pronto a casa.

Pidiendo crédito, era la única forma en que mi madre podía dar de comer a su familia. Todavía su dignidad le dictaba que mandara a su hija por la mañana temprano cuando todavía no había nadie por los alrededores.

Me vestí rápidamente y salí. Era un camino largo y la mañana era fría, con mucho viento. Mientras pasaba rápida por la carretera principal, veía cómo los árboles se doblaban con la fuerza del aire. Sentí como una sensación misteriosa al ver los árboles oscuros.

Descansé a la entrada de un pequeño cementerio que estaba a poca distancia de la tienda. Aunque era familiar a plena luz del día, tenía ahora un aspecto muy tétrico con la luz del amanecer. Sentí miedo, pero el recuerdo del rostro de mi madre me impulsó a empezar cautelosamente el camino por el sendero del cementerio, mirando de soslayo a medida que pasaba. Tenía miedo de que en cualquier momento una de las tumbas se abriera y me tragara.

Al fin llegué al otro lado. Aquí tenía que cruzar un pequeño puente de madera. Conocía bien el puente, porque había pescado muchas veces en el arroyo que pasa por debajo, pero el viento que hacía crujir sus maderas lo hacía completamente diferente y desconocido para mí. En efecto, todo parecía distinto, más largo, más amenazador y extrañamente nuevo.

Las luces brillantes de la pequeña tienda me animaron un poco. El tendero leyó la nota y sonrió.

—Hoy te levantaste temprano —me dijo.

Me dio algunas golosinas y regresé a casa.

—¿Fue todo bien, Dolly? —preguntó mi madre. —Sí, mamá; sólo tengo frío.

Mamá hizo cacao y nos sentamos al lado del fuego, charlando, mientras Uxbridge despertaba a un nuevo día en tiempo de guerra en Inglaterra.

Nunca olvidaré la experiencia vivida en las primeras horas de aquella mañana, en los primeros años de mi vida. Muchas preguntas acudían a mi mente, preguntas que yo no había hecho antes.

¿De dónde viene el viento? ¿Quién hizo los árboles? ¿Por qué son tan altos? ¿Cuánto tiempo viven? ¿Por qué nací? ¿Cómo será morir?

Parecía no haber nadie a quien pudiera hacer estas preguntas; mamá tenía bastante en su mente. Además, no estaba segura de que ella supiera de estas cosas.

Había llegado a ser consciente de la vida. ¿Qué significaba todo esto?

Recuerdos de mis años de niñez están sellados indeleblemente en mi memoria. Muchísimas cosas pasaron, cosas cómicas, cosas enigmáticas, pero no muchas cosas felices.

Sin embargo, la vida es para vivirla y no para rumiarla. En vez de eso, almacenaba las cosas en mi interior.

Durante las vacaciones de verano, el sol siempre parecía brillar. Los días eran largos y calurosos y la mayoría de ellos los pasaba fuera de casa. Vagaba por las calles, teniendo a menudo diversión hasta tarde, ya de noche. Y siempre con mi pequeña banda de seguidores.

Debíamos de formar un cuadro muy triste. Mi constante indumentaria, verano e invierno, era un vestido fino de algodón y un jersey deshilado que parecía durar años. Los calcetines eran un lujo desconocido y a menudo no tenía zapatos que ponerme.

Pero esta etapa de experiencias en mi vida no me preocupaba, aunque a veces era consciente de estas cosas. Después de todo, yo era muy joven. Esto era todavía el «alborear de mi vida».

Capítulo 2: La Excursión De Pesca

AUNQUE mi padre estaba por lo general borracho y a menudo agresivo, yo le quería profundamente.

«Si solamente él no bebiera tanto y no hiciera tan desgraciada a mamá...», pensaba yo.

Cada penique que ganaba, lo gastaba en la bebida. También los cupones de ropa y de la ración de comida los vendía en la taberna para beber más. ¿Qué quedaba para la ropa, la comida o el gas? Sin embargo, era mi padre y tenía sus momentos sobrios, aunque fueran pocos y muy distanciados. Estos momentos eran preciosos para mí.

Echemos una ojeada a uno de estos raros acontecimientos, porque lo recuerdo muy claramente.

Era una hermosa mañana de verano, un sábado cuando no había escuela. Mi papá se había levantado temprano, a diferencia de los otros días, habiéndose afeitado en la oscura cocina. Estaba también animoso y cantaba a todo pulmón.

De repente llamó:

—Doreen, estás despierta?

—Sí, papá —contesté.

—¿Quieres venir conmigo a pescar?

—Sí, papá.

Apenas podía creer lo que oía, y no podía vestirme con suficiente rapidez. Papá sacó sus viejos y oxidados aparejos de pesca y muy pronto padre e hija iban felizmente calle abajo cogidos de la mano.

Cuando llegamos al río, yo miraba a mi padre con orgullo cuando lanzaba la caña. Papá era un buen pescador. Empezaba hablando del pescado y cómo se podía pescar. Yo escuchaba, aunque no entendía todo lo que estaba diciendo, pero no me importaba. Lo más interesante para mí era que había salido con mi padre, sin niños pordioseros a mi alrededor.

Disfruté cada momento de dicha excursión, cuando nos sentábamos uno al lado del otro, riendo y mirando las boyas rojas que flotaban en el agua. Era un día perfecto, como aquellas mañanas sin nubes, soleadas, que recordaba de la niñez.

El aire, dulce y claro, olía a fresco cuando la brisa de la mañana me echaba el largo cabello marrón delante de la cara. Me sentía contenta de estar viva. Los árboles, altos, tenían un aspecto verde maravilloso. El musgo de las orillas del río era blando; los juncos, magníficos y tranquilos. Toda la desdicha de las pasadas semanas parecía haberse derretido bajo los dorados rayos del sol.

Aparte del canto de los pájaros y el agradable murmullo del río, no se podía oír nada. Nadie creería que estábamos en guerra.

Estaba todo tan tranquilo, que daba la impresión de que mi padre y yo éramos los únicos seres vivos en el ancho mundo.

Poco conocía mi padre qué más estaba pensando yo:

«Quizá papá no querrá seguir bebiendo, quizá querrá traerme a pescar con él en lugar de ir a beber. Todo sería tan maravilloso...».

Estos eran los felices pensamientos y ésta fue la esperanza brillante que llenó mi joven corazón.

—Es hora de volver a casa, Doreen —dijo mi padre.

El tiempo había pasado demasiado rápidamente. Cuando papá llegó a casa, puso en la bañera el pescado que había cogido, como lo hacía de costumbre. El cuarto de baño nunca se usaba para su propio fin.

Una vez papá cogió una gran anguila. Mi hermana y yo mirábamos con horror cómo él llenaba la bañera con agua y metía la gran anguila dentro. Me acuerdo que estaba de pie encima de una

vieja caja de madera y atizaba a la rara anguila con una vara larga por la pequeña ventana, ya que papá siempre cerraba la puerta del cuarto de baño con llave.

Si mis esperanzas se habían elevado en aquel inolvidable sábado, iban a ser pronto truncadas, porque tan pronto como mi padre puso el pescado en la bañera, se fue directamente a la taberna, de la que no salió hasta la hora del cierre.

Había momentos cuando yo sentía que podía odiar a mi padre por todos los disgustos que él causaba. Otras veces me invadía un gran sentimiento de piedad hacia él. Fue entonces cuando pensé en agradarle limpiando sus grandes botas, esperando que como compensación me cogería en sus rodillas y me diría cuánto me amaba. Pero nunca oí las palabras que hubiera deseado durante tanto tiempo.

Las emociones encontradas de amor, odio y piedad por mi padre, sólo me ponían más confusa e insegura que nunca.

«Si tan sólo alguien me quisiera realmente», pensaba con tristeza.

La vida sólo parecía empeorar. Mi padre bebía cada vez más y mamá siempre tenía aspecto preocupado.

La guerra aumentaba con dureza alarmante, se efectuaban más bombardeos y otros horrores fueron añadidos a mi vida. Cañones antiaéreos se situaban en la cumbre de la colina Chandler, que no quedaba lejos de mi casa. Durante el día los bombardeos y el sonido de los tiros no eran demasiado notables, pero por la noche eran terroríficos. Más de una noche me dejaban sola cuidando de mis hermanas mientras mamá, como de costumbre, salía a buscar a mi padre. Empezaba a creer que mamá tenía razón y era la guerra lo que hacía que papá bebiera tanto.

Mis cuatro hermanas tenían mucho miedo, llorando y agarrándose a mí cuando nos sentábamos sobre los abrigos sucios que nos servían de cama.

—Todo pasará, ya veréis. No permitiré que os pase nada —les decía, intentando por todos los medios no dejarles ver el miedo que yo también sentía.

Cuando por fin se quedaban dormidas, las lágrimas rodaban por mis mejillas. Lágrimas que había retenido por amor a mis

hermanas. Me sentía completamente desgraciada y sola; la extraña y misteriosa luz de los reflectores de búsqueda aérea, que cruzaba el cielo en la noche, iluminaba, por otro lado, la habitación oscura y vacía.

Permanecía de pie al lado de las ventanas sucias, mirando hacia arriba, al cielo estrellado, y después abajo, hacia la calle, esperando ver a mamá y papá volviendo a casa. A veces permanecía allí durante horas interminables. Era en esas horas cuando yo intentaba orar.

«Oh Dios, por favor, ayúdame, y si Tú eres fuerte, hazlo. Si crees que no vale la pena contestarme a mí, hazlo por mis hermanas y no te preocupes de mí, yo sé que no soy siempre buena, pero lo intentaré. Por favor, Dios, arregla las cosas para todos nosotros.»

Nada cambió para bien. Yo notaba que mis oraciones no eran contestadas y, por ese motivo, decidí finalmente que no había Dios y no oré más.

Mis cuatro hermanas y yo íbamos todas las semanas a la escuela dominical, pero era solamente para sacarnos de en medio durante un poco de tiempo, a fin de que papá pudiera «tener paz». Venía a casa de la taberna completamente borracho cada domingo por la tarde, y mis hermanas y yo estábamos muy contentas de no encontrarnos con él.

La capilla donde teníamos la escuela dominical estaba justamente al dar la vuelta a Waterloo Road. Yo apenas escuchaba ni una palabra. En efecto, era la más difícil de dominar y tratar de todas las niñas.

Más de una vez me echaron fuera por estorbar las reuniones, poniendo mis propias palabras a los himnos y coritos, haciendo difíciles las cosas a los pobres profesores, y aun tiraba piedras a las ventanas cuando me expulsaban por mal comportamiento. Siempre tenía que salir alguien tras de mí. Nunca me alcanzaban, era demasiado rápida para ellos.

A nosotros, los turbulentos oriundos de Londres, nos sentaban aparte de los otros niños mejor vestidos, que eran a su vez hijos de los profesores o de sus amigos. Yo les apodaba a esos niños «los

críos de Chick» y había hecho burla a sus mejores vestidos del domingo, sombreros de paja y calcetines blancos.

Cuando Doreen y su banda de seguidores llegaban a la escuela dominical, la batalla comenzaba. Yo era el jefe y las otras me seguían, aceptando sencillamente mi jefatura. Para mí, la escuela dominical era justamente otro lugar de diversión. Poco tuvieron que hacer los profesores para llegar a la conclusión de que si yo pasaba tiempos difíciles y desdichados en casa durante la semana, me desquitaba en la escuela dominical, y ellos se cansaban de aguantarlo todos los domingos.

Sin embargo, los profesores de la escuela dominical tenían paciencia y se interesaban por mí y por mis hermanas. No importaba cuántas veces me habían echado de clase, no importaba lo desvergonzada que yo era, la puerta siempre estaba abierta para mí el domingo siguiente.

Estos incidentes pueden ser una fuente de valor y de estímulo para los lectores que son profesores de la escuela dominical o que trabajan con los jóvenes; por lo que ustedes van a leer, se darán cuenta de que la semilla sembrada muchos años antes de mi conversión dio su fruto.

Los profesores podían pensar que estaban luchando en vano conmigo, pero yo nunca olvidé aquellos días de la escuela dominical. Ocasionalmente prestaba atención a lo que ellos estaban intentando decir, y muchas veces mi conciencia me remordía cuando ellos hablaban del pecado en el corazón de los niños y niñas y del amor y perdón del Salvador.

Yo nunca podía cantar las palabras de un conocido himno que estaba escrito en el himnario *Campanas de oro* y que muchas veces entonábamos en aquellos días de la escuela dominical:

*En la ciudad de Dios
no cabe el pecador.
Puro es su brillo,
puro es su brillo,
no hay mancha en su fulgor.*

Para mí, aquellas palabras representaban un cuadro con un par de puertas de oro, con un ángel a cada lado sosteniendo espadas

de fuego y resguardando el camino de esas calles de oro y del lugar llamado el cielo. Sabía que en mi corazón moraba el pecado. Pensé que no tendría la oportunidad de entrar en el cielo. El profesor de la escuela dominical me había dicho que nada pecaminoso podría entrar jamás en aquella ciudad tan clara.

—Nadie que robe puede entrar en el cielo.

«Esa soy yo», pensé. Nunca podré entrar en el cielo porque robo cuando estoy hambrienta.

Así que deseché cualquier idea de entrar en el cielo. A pesar de eso, iba a la capilla domingo tras domingo, aunque sólo fuera para tomar limonada y bizcocho y a veces manzanas después de que las reuniones habían terminado; eran los regalos que los profesores nos daban a las jovencitas venidas de Londres.

Además había las salidas de la escuela dominical y las fiestecitas, que no era cosa de perderlas. Nunca pensaba perderlas. Mis hermanas y yo no teníamos mucho más que esperar. Las Navidades iban y venían cada año, sin que ni ellas ni yo tuviéramos un solo juguete o que llegase a nuestras manos alguna otra cosa. Ocurría lo mismo en nuestros cumpleaños, ni una postal, ni un regalo.

Así que las salidas a las fiestecitas de la capilla eran muy importantes para todas nosotras. Mis hermanas y yo éramos siempre las primeras en llegar, a veces teníamos que esperar durante varias horas antes de que las puertas se abrieran.

Cuando los bombardeos eran duros y tenía miedo, recurría a las lecciones que había oído en la escuela dominical. Pensaba en la posibilidad de orar, pero al final la rechazaba, imaginando que ser cristiano era, después de todo, un cuento de hadas tonto.

Cuando cumplí los 10 años, decidí unirme al grupo de Mensajeros de C.A.W.G., que era una organización muy similar a la de los Exploradores. Aquí aprendí muchas cosas interesantes, como nudos corredizos, el código Morse, primeros auxilios, etc.

La capitana tomó un gran interés por mí y como compensación le tenía un gran afecto. Ella me dio el uniforme, sabiendo que nunca conseguiría el dinero de mis padres para poder comprarlo.

Así pues, los domingos, era indomable y difícilmente controlable, pero los lunes por la tarde cuando los mensajeros se reunían,

era tan buena como el oro. La capitana apenas podía creer los informes que oía sobre mis actividades del domingo.

Un día me preguntó si me gustaría ir de camping con los mensajeros durante las vacaciones de verano, explicándome que ella misma pagaría mis gastos. ¡Que si me gustaría ir! Nunca había oído nada tan maravilloso. Corrí a casa y le pregunté a mi madre si podía ir. Ella me dio su permiso.

Apenas si podía esperar a que llegara el día. Una semana antes de que el campamento empezara, la capitana me llevó a un lado y me dio todas las cosas que yo necesitaría para el campamento: jabón perfumado, una franela suave, toalla, un cepillo nuevo para el pelo, un peine, un cepillo para los dientes y dentífrico, junto con dos pares de calcetines nuevos y un par de pijamas. Sólo acerté a quedarme en pie, mirando con ojos desorbitados las cosas que tenía sobre mis brazos, ya que nunca había soñado con poseer algo igual.

La capitana me dijo:

—No digas a nadie que te he dado esto. Llévalo a casa y tráelo contigo para el campamento.

Ella no quería que yo fuera diferente a los demás mensajeros. Yo me llené de gratitud y alegría. A cada momento desenvolvía mi paquete para comprobar si todo el contenido estaba aún allí, y por supuesto para echarles otro largo vistazo.

Al fin llegó el gran día y yo salté rápidamente dentro de la gran furgoneta con los demás mensajeros. Toda «la banda», como yo les llamaba siempre a todos los niños que normalmente me acompañaban, junto con mis hermanas, estaba allí para decirme adiós. Fue un momento muy emocionante para mí.

El campamento estaba situado en la hermosa campiña de Working. Aunque no está lejos de Uxbridge, me daba la impresión de estar a cientos de millas, ya que jamás había ido en autobús.

Nunca olvidaré aquella dichosa semana fuera de casa. Tuvimos momentos maravillosos jugando en el bosque, cogiendo flores, corriendo por entre los árboles. También era maravilloso cuando nos sentábamos en círculo al anochecer, alrededor de la hoguera, cantando coros, con el olor de los pinos y el humo del fuego que se

mezclaba con el agradable aroma de las patatas en puré y la brisa tibia del anochecer.

Sí, todo era demasiado maravilloso para ser meras palabras: el crujido de las ramas en la hoguera, el canto de los pájaros en el bosque cercano, y el sol como un balón grande de goma roja, resplandeciendo por detrás de los altos abetos.

Daba la impresión de que todas las criaturas, desde los pájaros hasta los saltamontes, conocían la alegría y felicidad de mi alma. Mi corazón estaba cantando y aun mis tareas eran un placer.

Dormir con un verdadero pijama y debajo de mantas limpias era un cambio delicioso de lo que hacía normalmente. Limpiar los dientes era completamente nuevo para mí. Otro cambio también fue la comida, que era buena y abundante. El aire fresco y el tiempo libre para hacer lo que quisiera eran otra buena experiencia. Lo mismo era otra aventura el lavarme con el buen jabón perfumado, la franela suave y una toalla grande y cálida para secarme.

Aquellos siete días ausente de casa fueron los más felices de mi vida joven.

Nos llevaron a una capilla el domingo, incluso allí disfruté mucho. Me di cuenta de que el predicador lloraba realmente mientras hablaba de la muerte de Cristo en la cruz, sabía que lo sentía auténticamente.

Quería que esa semana no terminase nunca, que durase siempre, como le dije a la capitana. Pero el día de marcha llegó y todos los mensajeros estaban ocupados en colocar el equipo dentro de la furgoneta para salir del campamento.

Estaba muy triste, pero pensé: «Aún me queda el viaje de regreso a casa, y en furgoneta, que es toda una ilusión».

Demasiado rápidamente, nos encontramos todos de nuevo en Uxbridge. Parecía que nos había llevado horas llegar al campamento, en cambio el viaje a casa había durado muy poco tiempo.

De vuelta a Uxbridge, en el mugriento lugar, una multitud de niños sucios, «la banda», estaba allí para darme la bienvenida tan pronto como bajé de la furgoneta. La realidad y la fealdad de la vida en casa eran más evidentes ahora que antes, contrastándolas con el campamento en donde yo había disfrutado tanto.

No sabía entonces que el campamento me había preparado para ser un mensajero de clase diferente. No sabía que yo, que había estado pescando en la orilla del río, llegaría a oír algún día que Dios me llamaba a ser pescadora de hombres.

Capítulo 3: Mi Mamá

DESPUÉS de mis cortas vacaciones en el campamento con los Mensajeros de la C.A.W.G., la vida continuó de una forma casi igual a lo que había sido antes. Las luchas y discusiones en casa eran insoportables. Me preguntaba dónde y cuándo iban a terminar. ¿Qué nos ocurriría a todos?

Yo no podía ser la mejor alumna de la escuela cuando mi pensamiento estaba preocupado con semejantes cosas. Asistía a la escuela primaria de S. Juan en Uxbridge durante el día, pero nunca pude aprender mucho. Los profesores, que no entendían mis problemas, me echaban siempre fuera de clase. La escuela era una larga pesadilla. Me metía constantemente en problemas por llegar tarde, por gritar, etcétera. Aunque lo intentara, nada me salía bien.

«Todo les sale bien a ellos», pensaba. «Es fácil sentarse allí exactamente, y luego echarme fuera todo el rato.»

«Sin duda es por mi ropa», decidí.

Estaba empezando a darme cuenta de que yo era diferente a los demás niños. Mi cabello estaba revuelto y la supervisora me mandaba a casa porque tenía piojos. «Pulcra Nora», le llamaba. La odiaba.

—No es justo, siempre se está metiendo conmigo y con mis hermanas. ¿Por qué los profesores meten las narices donde no los llaman? ¿Por qué no pueden dejarme sola?

Yo era un objeto ridículo para los demás niños y niñas que iban mejor vestidos y estaban más cuidados. La burla me hería, ya que

era muy sensible. Por dondequiera que iba, me seguían siempre los gritos de los otros niños que me llamaban «Cabeza de pulga» y «Dientes amarillos». Los profesores eran tan malos como algunos de los niños y hacían comentarios poco amables de mi aspecto.

—Yo no puedo evitarlo. ¿No es cierto? —les decía—. Os odio a vosotros y a vuestra vieja y podrida escuela.

Inevitablemente colgaba clases muchas veces. En vez de ir a la escuela, me iba al parque durante el día. En estas ocasiones me echaba sobre la hierba observando los altos árboles y las nubes, soñando despierta con países lejanos, como los de Africa o de la India, lo que probaba que había oído algo en el colegio. ¿Cómo sería viajar hacia aquellas distantes tierras al otro lado del mar?

También faltaba a la escuela por otros motivos. Mi madre me mandaba quedar muchas veces en casa para cuidar a mi hermana pequeña Silvia, o simplemente porque no tenía zapatos para ponerme.

Había solamente una asignatura en la que yo era excelente: Formación física. Podía correr como una liebre, saltar como una rana y nadar como un pez. Estas destrezas me hicieron ganar un poco de respeto por parte de los demás niños de la escuela.

Pero aun aquí tenía problemas. Desde hacía bastante tiempo, la goma de mis viejas bragas se había roto y tenía que sujetarlas con un gran imperdible. Podéis imaginaros las risotadas de las niñas cuando tenía que cambiarme para gimnasia.

Un día fui al patio de la iglesia cercana a la pequeña tienda en el páramo, con la intención de jugar. A medida que vagaba por allí, tropecé con una sepultura común de niños.

«Violeta May» era uno de los nombres que había en una de las lápidas. El nombre me llamó la atención y empecé a hablarle a la niña muerta, creyendo plenamente que ella oía y me entendía. En mi soledad construí una fantasía alrededor de la tumba. Esto me dio la sensación de estar ligada con alguien. Era como si Violeta May representara al padre cariñoso que yo jamás había conocido, o al profesor de la escuela que me tratase amablemente, al que tampoco había encontrado nunca.

En mi camino a la escuela, y cerca de ella, me paraba y arrojaba al lado de la tumba, dejando siempre flores que había cogido

de otras sepulturas. Le decía a mi amiga todos los problemas y participaba mis temores con ella. Nadie sabía de mi poco corriente amistad, ya que guardaba estas reuniones en secreto y a la niña muerta como algo muy privado.

Otras veces iría en excursión a la cumbre de una colina muy grande, en un extremo de la ciudad, cogiendo campanillas azules o recogiendo astillas cuando pasaba.

Durante la guerra, un campamento de soldados americanos, situado en la cima de la colina, era visitado por mí con frecuencia. Me deslizaba por debajo de la alambrada de púas para mirar a los soldados. Cuando ellos estaban cerca, les pedía chicles y chocolate. Los americanos eran amables y siempre me daban algo. Después volvía a casa corriendo y repartía el chicle y el chocolate con mis hermanas.

Mis temores de tanto tiempo sobre la posible ruptura de mi familia se iban a realizar pronto. El cariño entre mis padres había desaparecido hacía bastante tiempo. Disputas y peleas, entre gritos y juramentos, ocurrían ya día y noche.

Pero la razón era diferente. Las peleas ahora no eran ni por dinero ni por bebida, sino por otra mujer. ¿Quién era esta mujer desconocida? Yo estaba realmente perpleja. No hacía mucho tiempo que me había dado cuenta de esto.

Papá había conocido a una mujer que recientemente había perdido a su marido, muerto en un manicomio. Se hizo amigo de ella, demasiado amigo, hasta que mamá no pudo resistir más. El corazón de mi madre se destrozaba y desgarraba delante de mis ojos. Para mí era un profundo dilema resolver qué tendría que hacer. Mamá estaba siempre llorando y yo tenía miedo de dejarla sola ni un momento.

—No llores, mamá, todo se arreglará, ya verás —le dije, en un esfuerzo desesperado por confortarla.

—Tu padre ha encontrado a alguien —me dijo—; ya no me quiere.

—La mataré si puedo echarle las manos —le dije. Era exactamente lo que quería hacer y no solamente decir.

La vida se presentaba más negra que nunca para mí. Negras y tormentosas nubes se cernían sobre mí, dispuestas a estallar en

cualquier momento. Mi fiel amiga «Bessie», la perra labrador, negra, se daba cuenta de que algo iba mal y miraba con tristeza a su pequeña dueña, con sus grandes ojos marrones.

—Bien, vieja «Bessie» —le dije, apretando fuertemente su negra cabeza—. Tú me entiendes, ¿verdad?

Una triste tarde volví a casa después de jugar, para notar la ausencia de mi madre. Eché un vistazo. Vi el fuego apagado y aprecié también que no había petróleo. La casa estaba helada. Les di a mis hermanas un poco de pan con margarina y luego las metí en cama, en medio de los habituales abrigos sucios que la formaban. Se durmieron pronto y yo me quedé sola.

En la calle era ya oscuro; las luces, apagadas. Tenía miedo de que papá y mamá se hubieran marchado dejándonos solas para siempre. Metí la cabeza entre las manos y me puse a llorar en silencio.

De repente oí la voz de mi padre y algo así como si una gran multitud entrara con él por la puerta principal. Me acerqué de puntillas al descanso y pude oír entonces algo sobre el canal. Al oír aquello corrí escaleras abajo.

Allí estaba mi madre, sentada en una silla, una manta gris sobre sus ropas mojadas. Varios vecinos y mi padre, airado, la miraban; junto a él había otra mujer que yo no conocía. El olor repugnante del canal llegó hasta mis narices.

—Usted, cerda inmundada, usted no puede conseguir zafarse de mi madre, ¿no es cierto? —le grité, pensando que mi padre había empujado a mi madre al canal.

—¡La muy tonta se tiró! —gritó mi padre.

Entonces por primera vez, me di cuenta de la ropa mojada de mamá.

—¡Es todo culpa tuya, tuya y de tu amiguita! —insistí.

«Supongo que es usted esa mujerzuela —continué, volviéndome a la mujer que estaba a su lado—. ¡Salga de nuestra casa! ¡Salga y no vuelva!

Los vecinos fueron saliendo uno a uno, y lo mismo hicieron mi padre y su «bella amiga», como yo la llamaba.

Más tarde oí la historia completa. Al parecer, mamá había visto a papá con su amiga y los siguió. Ella los alcanzó en el puente del

canal. Allí se produjo una violenta discusión y mamá terminó saltando del puente al canal. Mi padre se vio obligado a lanzarse tras ella, ya que no sabía nadar. ¡Pobre mamá! Sólo quería morir.

Sentí miedo al pensar que mi madre intentaría hacer algo más para poner fin a su vida. Temía dejarla sola, fuera de mi vista.

Al día siguiente, domingo, mamá dijo que se iba a marchar de casa. Esto me deshizo.

—Por favor, mamá, no nos dejes. Por favor, mamá, no te vayas —le rogué—. Te quiero y me moriría si te vas.

Lloré tanto que mamá prometió no marchar; pero sus palabras no me convencieron del todo. Los profesores de la escuela dominical habían oído algo de esta triste historia y aquella tarde se mostraron muy amables con mis hermanas y conmigo.

El lunes por la mañana fui como de costumbre al colegio, pero mi pensamiento no estaba en las tareas escolares. Me alegré mucho cuando llegó la hora de comer y corrí con todas mis fuerzas por el camino hasta mi casa, con mi perra «Bessie» pisándome los talones.

La casa estaba vacía, ni rastro de nadie, ni siquiera mi hermana menor. Entonces vi una nota apoyada contra la media botella de leche.

«Querida Dolly, mamá se fue y no volverá más a casa. Sé una niña buena y cuida de los otros en mi lugar. No llores. Un beso. Mamá.»

Sentí cómo se me comprimía el corazón, como si la vida se me paralizase repentinamente. Leí de nuevo la nota, como aturdida. Mi primera reacción fue de no creer lo que mi madre había escrito en ella.

—¡No puede ser verdad! —grité—. ¡Es todo una horrible pesadilla!

Parecía como si hubiese pasado una eternidad. Llamé a mamá, pero no hubo respuesta, la casa estaba vacía. Por fin el dolor vencía a una pobre niña destrozada por los acontecimientos. Rompí a llorar amargamente.

«Le diré a todo el mundo mi situación. Conseguiré mi sustento de alguna manera.» Cuando por fin cesaron mis sollozos, el gran vacío de mi corazón se llenó de intensa cólera y profunda amargura.

Dejé por fin mi casa vacía, pensando que podría encontrar a mi querida mamá. Encontré a mi hermanita, pero no a mi madre. Nadie sabía ni a nadie preocupaba adónde había ido ni cuándo había salido de casa.

Con mi hermanita al lado, pasé horas buscando y preguntando por mamá, pero todo fue en vano. Por fin volvimos andando lentamente a una casa fría y vacía. No había comida en casa, ni siquiera una corteza de pan reseco. Mis hermanas y yo teníamos miedo, frío y mucha hambre.

Cuando mi padre regresó a casa después de las seis, se encontró con que su esposa lo había abandonado. Por unos momentos quedó desconcertado.

—¿Cómo puedes quedarte ahí en pie sin decir nada? —le dije —. ¡Tú hiciste que mamá se marchara!

Él no se dio por enterado de mis palabras.

—Mañana tendréis otra nueva mamá que os cuidará.

—¡Yo no quiero una nueva mamá! —dije, llorando—. ¡Quiero a mi propia mamá!

Mis protestas no hicieron efecto, porque mi padre, después de mandar a la llorosa Doreen a buscar patatas fritas a la tienda para comer, se fue a la hiberna para verse con la otra mujer.

Al día siguiente, papá trajo para casa a «la nueva mamá», para ocupar el lugar de mi mamá... No solamente vino ella, sino que trajo consigo a sus dos hijos, cosa que me puso aún más furiosa.

Fue entonces cuando mis ojos de lince descubrieron que ella estaba esperando un niño.

—Oh, me doy cuenta... Usted, en el club... —le dije, haciendo unos gestos y hablando como una barriobajera de Londres—. Ese es el motivo por el que usted quiso atrapar a mi padre. Bien, no voy a llamarla mamá. Usted no es mi madre ni lo será nunca.

Mi padre pensó que su enfadada hija iría aprendiendo a aceptar la nueva situación, pero se equivocó. Aunque no tenía más que once años, mi voluntad era férrea. Esa nueva mujer intentó ganarnos haciendo para nosotras manzanas asadas, pero de a descarada le dije lo que tenía que hacer con sus manzanas.

El odio era mutuo entre nosotras. Cuando dormía, muchas veces soñaba que me iba de casa como mi mamá. Pero si yo

también me iba, ¿quién cuidaría de mis hermanitas? Así que me quedé en casa. No obstante, cada día aprendía una nueva lección de odio que profundamente iba llenando todo el interior de mi ser.

Capítulo 4: Flecha Negra

—**E**LLA será ahora vuestra madre —insistió mi padre.

Pero esta niña no demostró precisamente comprender y acatar esta orden, sobre todo teniendo en cuenta las demostraciones de afecto que tenía para ella.

Los dos hijos pequeños que ella había traído, eran, en mi opinión, chiquillos consentidos, ya que se les permitía hacer todo lo que les daba la gana.

La nueva mujer que ahora dirigía la casa era más joven que mi madre. Encontré un nombre para ella: Flecha Negra, ya que su pelo era negro azabache y a mí me parecía una bruja. Este nombre causó aún más problemas, pero yo insistí en mantenerlo y nunca nadie consiguió en casa que la llamase de otra forma.

Mi padre intentó convencer a su indómita hija de que la aceptase, pero todo fue en vano.

El necesitaba que yo cuidase del elevado número de niños que había ya en casa, toda vez que Flecha Negra lo acompañaba constantemente en sus salidas a la taberna. En compensación por estos trabajos, yo les llamaba siempre «Pareja de borrachos». Había frecuentes discusiones en casa.

Comparando nuestra vida ahora con el tiempo en que mi madre cuidaba de nosotros, se notaba un cambio tremendo; aquellos tiempos sí que fueron preciosos para mí. Continué buscando a mi verdadera madre, andando a veces millas y millas, no siendo esta tarea fácil, porque tenía que ir acompañada por una multitud de

niños y un perro. Miraba fijamente en las tiendas, las casas, a las personas que pasaban, intentando descubrir en alguien la querida cara de mamá. Por desgracia, nunca la volví a ver.

En aquellos años de la guerra y la postguerra no era difícil que una persona hiciese desaparecer su propia identidad. Mi madre podría haberse ido a cualquier parte y con cualquier persona, que nadie lo sabría. Los mismos vecinos no encontraban interés en mis preguntas, incluso me miraban como si fuese un estorbo; era, al fin, una niña que vivía en una casa sucia con una familia que era para ellos una verdadera porquería.

La casa estaba ciertamente muy ruidosa. Al principio había hostilidad abierta entre los dos hijos de Flecha Negra y yo. Esta llegó a su máximo grado cuando los abuelos de los niños vinieron de visita, trayéndoles caramelos y otros regalos, pero no teniéndonos en cuenta ni a mis hermanas ni a mí.

Miré a mis hermanas cómo contemplaban los regalos con ojos atónitos.

—¡Dadles algo a los demás, pequeños avaros! les ordené a la vez que les arrebatava las bolsas de caramelos y las repartía con mis hermanas. Estaban demasiado asombrados para objetar nada.

Después de esto, los niños también me aceptaron como su jefe, ya que combinaba los papeles de líder, padre y madre para ellos. Empecé a darme cuenta de que ellos no tenían culpa de esta animosidad, la verdad es que también eran víctimas de las circunstancias. Nos reconciamos, hicimos las paces y yo adquirí dos nuevos seguidores, que se incorporaron a todo ese grupo de chiquillos que me seguía a todas partes, incluso cuando iba a buscar a mi verdadera madre.

En algunas ocasiones, cuando estaba sola, iba a visitar la tumba de Violeta May, a contarle mis problemas y tristezas. Quizá mi amiga estuviera en alguna parte del firmamento y podría ver a mi mamá.

Un día, cuando volví de la escuela, vi a Flecha Negra que estaba pegando a mi hermanita. Me puse furiosa, tomé un cuchillo y empecé a perseguirla alrededor de la habitación.

—¡Te mataré, vieja bruja, si vuelves a pegar a mi hermanita! — le gritaba con ira.

Flecha Negra dijo que no lo haría más, al ver mi determinación de darle alcance, si bien me amenazó de que se lo diría a mi padre cuando viniera.

—Dile lo que quieras, no me importa lo que me haga. Pero a ti sí que te importará lo que voy a hacerte si vuelves a pegar a mi hermanita.

Escenas como esta eran muy comunes. Mi padre acostumbraba a castigarme cuando me daba alcance, que no siempre le era posible, ya que, debido a su hábito por la bebida, no me era difícil escabullirme de él. Estaba desconcertado por mi comportamiento. Lo mismo que otros padres, antes y después de él, se inclinan a considerar que los hijos son como muebles que pueden moverse de un sitio para otro, a su gusto.

La larga guerra terminó no mucho tiempo después de que mi madre se marchara de casa. Un aire de excitación flotaba en Uxbridge y en nuestra vieja y sucia casa de vecindad. Todo el mundo cantaba y reía. Banderas y colgaduras pendían de las ventanas y balcones de todas las casas.

Yo esperaba que la llegada de la paz mejoraría la vida de la familia. Mi madre siempre insistió en que la guerra era la causa de que mi padre bebiera tanto.

«Quizá papá dejará de beber ahora y mamá volverá», pensé.

Lejos de beber menos, papá se emborrachaba más que nunca. La bebida había alcanzado límites insospechados; era su misma esencia de vida.

Hubo un momento feliz en ese período. Tuvimos una fiesta en el barrio para celebrar el final de la guerra. La comida fue muy abundante, había de todo y yo me aseguré de que tanto a mis hermanas como a mí no nos faltase comida, una buena parte de ella.

También fue memorable ese año por otras razones. Yo había crecido mucho y consideraron que era hora de que me trasladase a otra escuela superior. Este cambio, que era un orgullo para otras jóvenes, fue un motivo de preocupación para mí.

Mi andrajosa apariencia había ocasionado burlas en la escuela a la que asistía hasta ahora. ¿Qué pasaría en la nueva? Este problema no era de interés ni para papá ni mucho menos para

Flecha Negra, Una vez más, tuve que hacer frente yo sola a la situación, sin una palabra de ayuda.

Mi primera semana en la nueva escuela estuvo llena de abusos. Procuraba ignorar las picadas de los compañeros. Intenté granjearme las simpatías de los profesores, llevando incluso flores de algún jardín para adornar el aula.

A pesar de mi inteligencia, se me consideraba como estúpida porque no levantaba nunca la mano cuando el profesor hacía alguna pregunta. Pensaba interiormente que, aunque levantara la mano, no daría resultado, ya que los niños me dirían en seguida: «Tú no sabes nada, eres una embustera».

Era preferible ser ignorada mientras pudiera. Odié la escuela desde el momento en que traspasé sus puertas, hasta que la dejé. Nadie se dio cuenta de que detrás de los harapos y la suciedad podría haber un cerebro inteligente y una mente sensible.

Durante los dos años en que yo batallé en la nueva escuela, Flecha Negra tuvo dos nuevos hijos, uno cada año. La casa desbordaba de gente. Más responsabilidad se añadía a mi tarea de guardar y cuidar los niños. A mis trece años, aparentaba la edad de una mujer mayor.

En esta época de mi vida intenté mejorar el aspecto de mis hermanas y el mío propio. La nueva escuela nos proveyó de cepillos y pasta para los dientes, facilitándonos también un peine de púas finas, que resultó muy apropiado para ayudarnos a sacar los piojos de nuestras cabezas.

La limpieza llegó a preocuparme. Usando la barra de jabón del fregadero, lavaba a mis cuatro hermanas, hasta que su aspecto era satisfactorio para mí, luego volvía mi atención a los otros niños y, por último, el tiempo que quedaba era dedicado a mi limpieza. Me hice el firme propósito de que no faltaría a esta tarea ningún día.

Tenía dos posesiones preciosas para mí: un collar de abalorios ensartados en un cordel que me había dado una amiga, y un viejo joyero que mi padre había encontrado en la basura, entre la que trabajaba cuando estaba sobrio.

Recuerdo que un día robé una botella de líquido para limpiar la plata, en la tienda de Woolworth, con el que limpié el joyero hasta que lo hice brillar. Después coloqué en él el collar de abalorios y

decidí no ponérmelo más que los domingos. En ocasiones lo sacaba de la caja y lo ponía al sol para verlo brillar. Estas eran mis riquezas, no muchas, pero sí más.

La combinación de mi campaña para mejorar de aspecto, unida a las continuas disputas de mi casa, crearon un pensamiento excitante: ¿Por qué no marchar todos de casa? Empecé a hacer frecuentes visitas a la estación del metro en Uxbridge, en High Street. Allí me sentaba en un banco de madera con mi fiel amiga «Bessie» y miraba a los trenes que iban y venían.

No obstante, el pensamiento de lo que le ocurriría a mis hermanas si yo me iba oscurecía mis planes. Una pequeña tragedia, terrible para mí, vino a sumarse: mi vieja y querida perra «Bessie» murió.

Había sido una fiel y leal compañera durante años y, aunque era vieja, perderla fue algo terrible para mí. Primero se había marchado mamá, ahora era mi perra. Era demasiado. Nadie participaba de mi dolor. Mis hermanas eran muy pequeñas para comprender en profundidad el gran vacío que había en mi corazón.

Decidí que lo mejor era marcharme de casa. La próxima vez que fuera a la estación del metro sería la última.

Mi padre y Flecha Negra salían todas las tardes, por lo que estaba segura de que mi ausencia no sería notada pronto. Lo más difícil era llegar al andén sin billete.

Cuidadosamente empaqueté en un periódico mis posesiones: el collar de abalorios y mi viejo joyero. Prometiéndolo a los niños que no tardaría mucho, salí de casa. Experimentada como estaba en colarme en las tiendas, fue fácil para mí llegar al andén, mientras el revisor estaba atento a otras cosas.

Era mi primer viaje en tren. No tenía ni idea de la distancia que habría hasta Londres. No tenía ni idea de cómo pasar inadvertida para el revisor cuando me apareara nuevamente. El corazón comenzó a latirme fuertemente cuando el tren se puso en marcha.

En Hammersmith decidí que ya había viajado bastante. La estación estaba llena de personas y el reloj marcaba las 10 y 10 de la noche, una hora cuando mucha gente de Hammersmith se estaba divirtiendo. Debía de tener el aspecto de una niña abandonada, con mi vestido de algodón fino y un jersey con los hombros caídos y

sucio. Nadie me prestó atención cuando pasé por debajo de la barrera del revisor, escapándome luego.

Afuera, las calles, llenas de gente y rebosando de luz, me fascinaban mientras miraba atónita los escaparates, sin darme cuenta de que la noche se iba enfriando mucho.

—¿Qué estás haciendo fuera de casa tan tarde, jovencita?

Me volví para encontrarme con un hombre de mediana edad cuya expresión era mezcla de curiosidad, humor y amabilidad.

—Me escapé de casa y voy a buscar un trabajo mañana por la mañana.

El hombre movió la cabeza pensativamente.

—¿Tienes algún sitio para pasar esta noche?

—No.

De repente me di cuenta de que tenía mucha hambre y que también estaba muy cansada.

—Bien, mi madre tendrá mucho gusto en conocerte —sonrió el desconocido—. Hace mucho tiempo que no tenemos una visita como tú.

Caminamos en silencio hasta que llegamos a la casa. Estaba oscuro y yo demasiado cansada para fijarme en el exterior, pero dentro era hermosa.

El amable desconocido explicó la situación a su madre.

—Ahora la cena está preparada —dijo ella—. Mañana ya arreglaremos la situación.

No pasó mucho tiempo antes de que estuviera instalada en una hermosa y caliente cama, experimentando por primera vez en mi vida lo que era descansar en una habitación limpia y dormir en una auténtica cama con sábanas limpias y blancas. En seguida quedé profundamente dormida.

Cuando desperté por la mañana me quedé extrañada en un principio. Entonces recordé la aventura de la noche anterior.

—Lo he hecho, me he escapado —dije, hablando bajo.

Después de un succulento desayuno con huevos y bacon, me ofrecí a hacerle algún trabajo a la buena señora.

—Bien, tal vez más tarde. Antes quisiera que me contaras cómo llegaste tan tarde a Hammersmith.

Le conté la historia, pero sin hablar de forma que inspirase compasión para mí misma. Sin embargo, buscaba las palabras correctas. La señora se limpió los ojos cuando terminé.

—Buscaré trabajo para ganar algún dinero, de forma que puedan venir cuanto antes mis hermanas a vivir conmigo.

Estaba preparada para salir.

—Quiero que me prometas que volverás y comerás conmigo al mediodía —dijo la señora—. Asegúrate de no perderte.

Tomé nota cuidadosamente de la dirección y salí. En la calle principal de Hammersmith encontré un café, que no era grande, pero estaba muy limpio y de aspecto respetable. Me gustó y entré.

—Perdone, ¿puede darme trabajo? —dije a una mujer que estaba en el mostrador limpiando con un trapo.

La mujer me miró asombrada.

—¿Cuántos años tienes?

Pensé rápidamente.

—Tengo catorce. Sé que soy pequeña, pero trabajaré mucho.

—Bien, necesito ayuda.

—Vamos, deme una oportunidad —le rogué.

—De acuerdo, ven mañana por la mañana y veremos qué se puede hacer.

Estaba tan alborozada que dejé atónita a la señora que estaba detrás del mostrador. Mi expresión de gratitud se mantuvo hasta que salí por la puerta.

Corrí de vuelta a casa, llena de felicidad. Pero mi rostro se nubló cuando vi a un policía y a mi padre.

«¡Qué mala suerte!», pensé.

Debí darme cuenta de que no sería tan fácil como pensaba. La señora de la casa se acercó a mí.

—Lo siento, Doreen. Pero sólo tienes trece años. Debes volver a casa con tu padre.

—Yo no quiero ir a casa con él, quiero quedarme aquí —dije, empezando a llorar.

—No llores, Doreen. Quiero que le digas a esta mujer policía lo que me contaste a mí esta mañana.

Le conté cómo había venido hasta Hammersmith para buscar un trabajo, con el fin de darles a mis hermanas una vida mejor.

—También conseguí un trabajo; puedo empezar mañana, si usted me deja quedar aquí.

La policía me llevó a otra habitación y me preguntó con detalle hasta lo mínimo de mi hogar. Escuchó atentamente lo que le conté, sin dejar nada atrás.

La entrevista terminó, llevándome hasta casa en un coche grande de la policía. Al llegar a casa, los vecinos y «las cabritillas» vinieron rápidamente para enterarse de mis aventuras y mi regreso. Era la heroína del día, todos me consideraban como una niña muy valiente. Mi padre, en cambio, me dio la paliza más grande que jamás había recibido en mi vida.

—No se te ocurra decir ni una palabra más a nadie —me dijo—, o te daré otra paliza aún mayor.

Con todo, las autoridades no habían creído totalmente las negativas que mi padre dio a mis afirmaciones, de modo que al otro día un inspector de sanidad se presentó en casa. Flecha Negra se vistió con la mejor ropa que tenía y explicó la estrechez de vida con la disculpa de los muchos niños que tenía que atender.

Mantas y ropas fueron entregadas por el Departamento de Asistencia y durante un corto tiempo las cosas mejoraron. Pero esto duró poco. Yo estaba decidida a escapar de nuevo, pero sabiamente resolví esperar hasta cumplir los catorce años. Mientras tanto hacía votos de que en esa fecha correría tanto que nadie sería capaz de alcanzarme.

No sé con seguridad si mi buena amiga la capitana de los grupos Mensajeros C.A.W.G. oyó de mi intento de escapar, pero ella sí que conocía los problemas de mi casa y me dio ánimos para que asistiera a la escuela dominical. Para asombro de todos, incluso gané un premio por aprovechamiento, pero noten bien que fue por aprovechamiento y no por comportamiento.

La capitana a menudo me hablaba del Señor Jesús.

—Él tiene un propósito para tu vida, Doreen —me decía.

Yo no quería herir los sentimientos de la capitana rechazando a Cristo, pero lo cierto es que nunca lo acepté.

—Siempre oraré por ti —dijo la capitana—. Nunca dejaremos de hacer cualquier intento.

Finalmente fue la misma capitana la que me abrió la puerta de la jaula en la que estaba encerrada, consiguiéndome un puesto de doncella en el pueblecito de Cowley, no lejos de Uxbridge. Empezaría a trabajar tan pronto como terminara mis estudios primarios. Aunque el sueldo era pequeño, el puesto me ofrecía muchas ventajas si sabía cumplir en él, me dijo la capitana.

El comienzo de una nueva vida me esperaba. Estaba deseando marcharme de casa para siempre.

Capítulo 5: Transformación

OCURRIÓ casi a la terminación del verano, un domingo por la tarde.

«Esta será la última vez que voy a la capilla», pensé, porque había llegado el día en que dejara mi lugar de barrio pobre y empezara una nueva vida como sirvienta en Cowley.

Esperaba ver a mi buena amiga la capitana, pero ella se había ausentado aquella tarde. Nadie parecía darse cuenta de mi inminente marcha. Como nosotros habíamos visto, la capitana trabajaba sobre el principio bíblico de hacer el bien en secreto, por ello no dijo nada sobre mi partida.

Después de la escuela dominical me fui andando a casa. Mi padre y Flecha Negra habían salido. Observada por mis hermanas, empaqueté mis cosas, que luego metí en una bolsa. Eran bien pocas: la ropa que tenía puesta, solamente mi viejo joyero y el collar de abalorios, así como un ejemplar del himnario *Campanas de oro*, que fue mi premio en la escuela dominical. Mis hermanas me miraban con rostros abatidos.

Mi banda de fieles seguidores estaba en el patio para despedirme.

—Ahora no os preocupéis, críos —les dije, lo más fuerte que me fue posible—. Volveré para veros. Cowley está solamente a un par de millas, ¿no es cierto? Así que no me voy para Australia. Es diferente, ¿verdad?

Me dijeron adiós y estuvieron de pie hasta que me fui por el puente. Estaba triste, pero la vida es así.

Afortunadamente era una tarde buena. Tenía que hacer todo el camino hasta Cowley andando. Las indicaciones eran completas, de modo que no podía perderme. Sin embargo, estaba nerviosa. ¿Cómo sería el sitio? ¿Sería mi experiencia la misma que en Hammersmith? No tenía ni idea de lo que me esperaba.

De nuevo estaba dando un importante paso yo sola, sin una palabra de ayuda o de consejo por parte de nadie. En mi viaje solitario pasé por delante de mi vieja escuela.

«Bien, no tengo que volver más ahí», pensé, y eso para mí era suficiente para levantarme el ánimo.

Mi corazón latía con más fuerza a medida que yo apuraba el paso. Pronto apareció Cowley ante mi vista. Era un lugar hermoso, no demasiado grande pero hermoso.

Escudriñando atentamente las entradas de las casas, descubrí por fin el número que llevaba anotado en mi papel.

Las puertas de la casa eran enormes, algo así como las puertas del cielo, sólo que éstas serán de oro y las de la entrada eran de hierro. Bajé lentamente por el espacioso camino y me quedé estupefacta cuando vi la enorme casa.

Dudé un momento antes de tocar el timbre de la puerta principal. Esperaba ver aparecer en la puerta a un mayordomo con traje negro. Después de un momento, una señora bastante elegante apareció. Me miró sorprendida e interesada.

—¿Qué deseas? ¿Puedo ayudarte?

—Pues... soy la nueva doncella.

La señora me miró fijamente, después dijo con rapidez y educación:

—Oh, sí, te he estado esperando. Por favor, pasa.

Me introdujo en un gran vestíbulo, desde el que partía una ancha escalera hacia las habitaciones. Caminé con los ojos abiertos de par en par sin poder decir la más mínima palabra. Cuando me recobré, dije las primeras que acudieron a mi boca:

—¡Caramba, pues sí que es elegante esto!

La señora se dio la vuelta, sorprendida.

—Supongo que te gustará ver tu dormitorio, ¿no es cierto? Sígueme, por favor.

La seguí por la ancha escalera en silencio.

—Tu dormitorio está aquí arriba, a la izquierda, y estoy segura de que te gustará.

¿Si me gustaba? Me encantaba, porque nunca con anterioridad había visto una habitación semejante.

Me paré a pensar que tal vez sería como el cielo del que canté aquella tarde en la escuela dominical.

La habitación tenía una hermosa alfombra, era acogedora y tenía unos bellos muebles: una cama con una colcha rosa, un comodín con un auténtico espejo, un tocador con cajones, un armario y una mesa de noche. En la esquina había un lavabo.

Mis ojos pasaban de uno a otro objeto. No tenía idea de que pudiesen existir habitaciones como esa.

La señora habló de nuevo.

—Ahora, Doreen, ese es tu nombre, ¿no es cierto?, yo soy tu jefa. Esta es tu habitación. Cuando quieras bañarte, tu cuarto de baño está al lado.

¡Mi cuarto de baño! Apenas podía creer lo que estaba viendo y oyendo.

—Tus uniformes están en los cajones del comodín. Puedes colocar tus pertenencias en los cajones del tocador y del armario.

Como si sus palabras le hubieran recordado que yo había llegado con las manos vacías, me preguntó cuándo llegaría mi equipaje.

—No tengo equipaje.

—¿Quieres decir que no tienes nada más?

—Nada, solamente lo que he traído.

La señora quedó totalmente aturdida al comprobar que su nueva doncella estaba desprovista de todo.

—Bueno, hay que hacer algo. Lávate las manos y baja.

Desapareció tras la puerta; oí cómo sus pasos iban alejándose.

Me senté con cuidado en la cama, luego me pregunté si me mandarían como la vez anterior para casa. Después me repuse, desempaqueté mis posesiones y las coloqué en el comodín. Un lugar preferente le di a mi himnario *Campanas de oro*, sobre la mesa

de noche. Siempre desconfiada, probé a encender la lamparilla de la mesa de noche, quedando sorprendida al ver que realmente funcionaba a la primera vez.

Examiné con cuidado los uniformes que iba a vestir, quité uno por uno y los sostuve en las manos poniéndolos sobre mi pecho mientras me contemplaba en el espejo para ver cómo me sentaban.

De repente recordé las instrucciones de lavar las manos y bajar. Me lavé rápidamente, disfrutando de la fragancia del jabón perfumado, después bajé; fue un camino de sorpresas, al ir notando nuevos muebles y cosas bellas.

Cuando encontré la cocina tuve otra visión asombrosa, hasta el punto que pensé estar dormida, soñando, y que en cualquier momento despertaría del sueño. Varios colgadores, limpios y brillantes estantes en todos los lados adonde mis ojos se dirigiesen.

—Aquí está tu cena, Doreen, y aquí es donde comerás todas las comidas.

La buena señora en seguida se dio cuenta de que tenía un buen apetito. Desapareció de nuevo. Yo disfruté de una buena comida, pero era algo deprimente comer sola en una cocina tan grande. Afortunadamente la señora volvió antes de que terminase mi cena. A pesar de mi extraño comienzo, presentía que todo iría bien.

Cuando la señora quedó enterada, posiblemente ya antes por la capitana, de que su nueva sirvienta provenía de un vecindario pobre, no esperaba encontrarse, de todas formas, con una niña tan pequeña y tan necesitada. Ella misma provenía de una familia importante y se había casado bien. Su esposo era un hombre de negocios con gran éxito. Ella no había conocido nunca lo que era pasar necesidad. Ahora se había encontrado con una niña pobre y menospreciada de catorce años, así que no es para sorprenderse que no supiera siquiera cómo iba a instruirme en mis quehaceres.

Ella misma facilitó el camino. Yo estaba empezando a gustarle. Tomó una silla y se sentó a mi lado.

—Supongo que te gustará saber algo sobre tu nuevo trabajo. Debes llamarme siempre señora y a mi esposo, señor.

Ella debió notar mi expresión de resentimiento, de forma que continuó rápidamente diciéndome que mi sueldo sería de doce

chelines y seis peniques por semana, que me pagaría cuando tuviera mi medio día libre, que sería el jueves. Me dio luego una idea general de mis tareas y añadió algo que me dio valor:

—Pronto aprenderás, Doreen. No seas impaciente. Ahora, Doreen, ¿tienes camisón?

—No, señora.

—Creo que podré encontrarte uno para esta noche. Mañana te equiparé con ropas y calzado nuevo.

—Gracias, señora; muchísimas gracias.

Pasé aquella primera noche durmiendo en una cama de verdad y en mi propia habitación; era como si una historia de hadas empezara a hacerse realidad.

A la mañana siguiente me despertó un golpe suave en la puerta. Me di vuelta para seguir durmiendo, pero recordé que era una sirvienta y salté de la cama.

Me pregunté cuál de aquellos uniformes tendría que ponerme. Mis ropas parecían más andrajosas que nunca. Eventualmente me vestí con mis ropas viejas y bajé a la cocina, donde un estupendo desayuno me esperaba. Estaba comiendo con entusiasmo cuando apareció la señora.

—Vamos a ir a Londres tan pronto como estés preparada, Doreen.

Esto me ayudó a terminar rápidamente mi desayuno. Al tiempo pude oír algo de una conversación entre la señora y la asistente, que acababa de llegar.

—Viene de la casa más terrible y no tiene nada que ponerse. La voy a llevar a Londres para comprarle alguna ropa.

La asistente, una persona fuerte y dispuesta, entró en la cocina para conocerme, y me miró fijamente unos momentos antes de hablar.

—Hola, Doreen. Yo soy la señora Hill, la asistente. Espero que seamos buenas amigas —dijo, guiñándome un ojo.

Sólo supe poner una mueca de lo que consideré la mejor educación.

La señora Hill había estado ayudando en esa casa por mucho tiempo. Mi trabajo iba a consistir en la limpieza de los dormitorios y servir la mesa.

La dueña de la casa tenía también a su servicio una cocinera, que estaba disfrutando del fin de semana cuando llegué. Me preguntaba cómo me encontraría entre todos.

Salí con la señora para Londres en su coche grande y negro. Iba ella conduciendo mientras me hacía un montón de preguntas sobre mí misma. Parecía satisfecha con mis contestaciones, aunque un poco aturdida por ellas. Aunque la señora había llevado una vida distinta completamente, sabía que en una sirvienta la honestidad es más importante que la educación y yo había sido completamente honesta en mis contestaciones.

Pronto llegamos a Londres. El coche se detuvo en el momento de abrirse el comercio de Harrod; una señora, muy avergonzada de que viesan en ese lugar a una niña tan sucia, me llevó rápidamente al departamento de modas. La señora era muy conocida en ese comercio, de forma que hicieron todos los esfuerzos posibles por agradarle.

La señora le explicó en dos palabras la situación al jefe del departamento, que no necesitó más para ponerse en acción inmediata. Arregló las cosas de forma que no tuve necesidad de salir del mismo departamento del comercio, y así se evitaron posibles situaciones embarazosas al no tener que trasladarse de un lugar a otro en el comercio.

Me pareció como si un espíritu de Navidad se hubiera apoderado de los dependientes, en una explosión de actividad para mí. La gente corría con cajas y paquetes de todos los estilos y medidas. Camisetas, chaquetas, vestidos y otras ropas fueron traídas al probador privado. No me preocupaba en absoluto la hechura o el color que tenían, porque realmente nunca había tenido antes ropa nueva.

La misma señora se sintió contagiada de aquel espíritu, que imprimía una actividad especial al acontecimiento. El personal especializado desgranaba sonrisas, mientras daba sugerencias para mi transformación.

Mis viejas prendas fueron tiradas discretamente, mientras me puse algunas de mis nuevas ropas y mis brillantes zapatos. El resto de las compras fueron llevadas al coche. Pero la gran aventura no había terminado.

La señora me llevó entonces a un salón de belleza, donde me lavaron la cabeza y me arreglaron el pelo con estilo. Cuando terminaron, me invitaron a que me viera en un espejo. Quedé sin habla; apenas podía creer que la persona limpia y atractiva que se reflejaba en el espejo fuera yo.

—¡Qué transformación! —dijo la señora.

Quedó satisfecha con la labor de la mañana, mientras que yo estaba intranquila pensando que todo terminaría y yo aparecería de nuevo sobre un montón de abrigos sucios en Uxbridge.

Durante unos minutos fui contemplada por todos los que intervinieron en la transformación; luego, la señora y yo salimos del comercio, siendo despedidas por todos.

El viaje de regreso a casa fue un continuo dar las gracias a la señora, que ya estaba empachada por una gratitud semejante. Para asegurarme bien de que tenía todas las cosas, continuamente volvía la cabeza para ver los paquetes en el asiento trasero del coche, mientras tocaba con mi mano el nuevo abrigo. Sí, eran reales, no era un sueño, la vida no iba a ser tan mala.

De vuelta a Cowley conocí a la cocinera. Me agradó en cuanto la vi. Entre la cocinera y la señora me ayudaron a ponerme el uniforme.

Mi vida de sirvienta iba a tener sus altibajos; había momentos de dificultad en lo que se refiere a efectuar mis tareas correctamente, pero tanto la señora como la cocinera se habían propuesto hacer algo de mí y me ayudaban a superar estas dificultades.

En cierta ocasión la misma cocinera me confesó que en estos momentos de dificultades para mí no había reído nunca tanto.

Capítulo 6: Lo Extraño

UNA DE mis primeras tareas fue la de cortar el pan para la cena; era algo que podía hacer con facilidad, porque ya antes había cortado cientos de rebanadas para mis hambrientas hermanas.

Dejé de trabajar y coloqué la enorme cantidad de rebanadas de pan en el plato; la señora contempló con asombro y cierto fastidio la montaña de pan.

—¿Qué crees que es esto?

—Pan, tal y como usted pidió.

Yo no podía entender por qué la señora miraba con fastidio y no le gustaban las «saludables» rebanadas de pan que había cortado.

—Ahora, Doreen, te voy a enseñar cómo se corta el pan en condiciones. Haz por lo menos dos de cada una de esas rebanadas.

—Usted se está riendo de mí, ¿no es cierto? Mis hermanas llamarían pequeñas a esas rebanadas.

La señora me miró sorprendida, pero no dijo más. Allá en el fondo la cocinera esbozaba una sonrisa burlona, viéndome cortar de nuevo las rebanadas de pan tal y como la señora me instruía en ese arte.

Después que mi primer trabajo fracasó, yo estaba bastante nerviosa para las próximas tareas. Era rápida como un águila para aprender, pero muy difícil para dejarme enseñar.

—Coge las cosas para dar brillo —me dijo la señora. Me llevaron al vestíbulo y me enseñaron a dar brillo al suelo. Trabajando a base del principio de que cuanto más líquido abrillantador

usara tanto mejor brillaría el suelo, convertí rápidamente el vestíbulo en algo que se aproximaba mucho a una pista de patinaje, y desde luego tan peligrosa como aquélla. Pronto pudo comprobarlo, para su disgusto, la pobre señora, cuando cruzó como una centella todo el vestíbulo sobre un paño de felpa que tuvo la desgracia de pisar.

—Esto está demasiado peligroso, Doreen. Debes rasparlo todo y empezar de nuevo.

—¿Rasparlo todo? ¿Después de tanto trabajo como me costó? ¡Ni hablar! Usted lo quería brillante y ya lo tiene; si cree que lo voy a raspar todo ahora, ya puede esperar.

Un largo diálogo continuó después entre la señora y yo; en él usaba algunas palabras de los barrios bajos de Londres para expresar mis sentimientos. La cocinera vino a ver qué era todo ese alboroto, metiéndose de nuevo en la cocina, sin poder remediar una risita.

—Tienes que hacer lo que se te mande, Doreen. Ahora cuida que el piso quede totalmente raspado.

La señora se refugió en lugares más tranquilos y yo inicié mi tarea, no sin protestar continuamente con las palabras más soeces que encontraba de las aprendidas en los bajos barrios de Londres.

El jabón en polvo era también algo extraño para mí. Lo usaba abundantemente en todos los trabajos de lavado. Quise que dos toallas del té quedaran suficientemente limpias y para su lavado utilicé medio paquete de jabón en polvo y media botella de lejía. Bien pueden ustedes imaginar, primero la espuma saliendo por todas partes, y luego las dos pobres toallas...

La señora y la cocinera tenían mucha paciencia realmente, aunque en ocasiones tenía que ser difícil. En más de una vez corrí al jardín o subí a mi habitación roja de ira y deshecha en lágrimas.

Sin embargo, no todos mis trabajos eran un fracaso. La señora me preguntó si sabía encender la chimenea; sonreí pensando: «Ahora te lo demostraré».

—Deme las astillas de madera y el carbón, compañera, y se lo demostraré.

—Tienes que llamarme señora, y no compañera —dijo la señora rápidamente.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Ya lo oí! —le grité.

No había pasado mucho tiempo cuando tuve el fuego ardiendo hasta la mitad de la chimenea. La señora y la cocinera me felicitaron, aunque realmente el fuego tan alto era algo peligroso.

La vida en Cowley era entonces una mezcla de desastres, lágrimas, discusiones y algunos éxitos durante mis primeros días. Pero lo que había sido una casa tranquila y ordenada se convirtió en una especie de caos por momentos. La llegada de esta niña añadía cierto color a todas las cosas. Ni la señora, ni su esposo, ni la cocinera, ni la asistente habían encontrado jamás a nadie como a la nueva doncella, que causaba tantos choques, disgustos, frustraciones y diversiones en tan corto espacio de tiempo.

Cuando me mandaron a trabajar a otras habitaciones, tenía mucho miedo de tocar las cosas por si acaso rompía algunos de los preciosos adornos. ¿Por qué necesitarían tantas habitaciones? Para embrollarme. Mi casa de Uxbridge sólo tenía dos, que se habrían perdido dentro de una de éstas. La vida era, ciertamente, diferente aquí.

La cocinera era una buena amiga, que me ayudaba constantemente; no obstante, había momentos en que me sentía muy sola en esta gran casa. Echaba de menos a mis hermanas.

La cocinera prestaba sus servicios a esta familia desde hacía más de ocho años. Tenía un aspecto de buena cocinera, regordeta, sonrosada y siempre animosa y alegre. Comíamos las dos en la cocina. Yo nunca había estado tan bien alimentada, ya que siempre tuvo el cuidado de darme mucho de comer. Hablábamos bastante las dos, con toda libertad, y siempre se reía conmigo.

Jamás tenía los delantales sucios después de un día de trabajo en la cocina, a diferencia de los míos, que a la media hora de habérmelos puesto estaban sucios y arrugados, para disgusto permanente de la señora.

La filosofía de la cocinera era muy simple: «Mira siempre el lado bueno de las cosas; tenemos mucho por qué estar agradecidas».

Traté de tomar en consideración este sistema de vida, pero las cosas salían a veces tan mal que me desanimaba.

Hubo un nuevo intento por parte de la señora en nuevas tareas para mí; una de ellas consistía en que yo esperase en la comida

cerca de la mesa para atenderles, pero no resultó por el momento, lo que hizo desistir a la señora hasta que estuviera mejor instruida.

Abrir la puerta fue otra tarea que la señora consideró sencilla, pero yo me las ingenié para que eso tan sencillo se convirtiese en problemas continuos, por lo que también hubo de ser suspendida por el momento esta tarea.

Una tarde me anunciaron que vendrían visitas. Yo tenía que darles cortésmente la bienvenida y conducir las a la sala.

Cuando sonó el timbre fui a abrir la puerta. La cocinera estaba de pie en la cocina, con la puerta entreabierta para ver qué ocurría.

Abrí la puerta rápidamente y dije en voz muy alta:

—Pasen y se limpien los pies.

Los dos invitados me miraron asombrados y entraron con una tremenda cautela.

—Denme los abrigo y los colgaré.

Ellos me los dieron en un sepulcral silencio. Seguidamente abrí la puerta de la sala de un golpe y, con voz alta y tono de los oriundos de Londres, anuncié:

—¡Eh!, ellos ya llegaron.

Me pareció que la señora ponía una expresión muy rara. Me volví a la cocina, en donde encontré a la cocinera partida de risa; las lágrimas corrían por sus sonrosadas mejillas.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. No hice nada malo, ¿verdad?

La cocinera sólo se reía, nada más.

De pronto apareció en escena la señora. Si la cocinera pensaba que mi recibimiento era divertido, la señora opinaba lo contrario. Yo, que había hecho lo que consideraba natural, no podía comprender aquella actitud. La cocinera se subió a su habitación para reponerse de su risa, mientras la señora murmuraba por lo bajo: «¡Mira que mandarles limpiarse los pies!»

Al fin llegó el jueves y mi primer medio día libre y mi primer sueldo.

—Ahora estás libre hasta mañana por la mañana, pero debes volver antes de la diez de la noche de hoy.

—Muchas gracias, señora —dije, con palabras entrecortadas.

Los ojos me brillaban de satisfacción. Subí las escaleras corriendo para contar mi dinero: un billete completamente nuevo de

diez chelines y una brillante media corona. Nunca había tenido tanto dinero; me sentía como una duquesa.

«Caramba —pensé—, ahora volveré a Uxbridge y les mostraré cuántos éxitos tengo.»

Con mis hermosas ropas nuevas, dinero en mi bolsillo y alegría en el corazón me encaminé con orgullo a la estación del ferrocarril. El viaje en tren a Uxbridge duró unos minutos. Cuando llegué, todo me parecía diferente, como si el aire fuera más limpio, como si fuera domingo, como si hubiera pasado mucho tiempo, cuando solamente habían transcurrido cuatro días.

Compré caramelos para mis hermanas y me senté en una cafetería para descansar, mientras tomaba una taza de té. Estaba experimentando un nuevo sentido de independencia, algo raro e inesperado había entrado en mi vida.

Casi de repente pensé en el tabaco, algo que no revestía novedad para mí, ya que desde los ocho años recuerdo haber recogido colillas en los basureros y haberlas fumado cuando no había nadie a mi alrededor. En ocasiones robaba tabaco de la petaca de mi padre, llegando incluso a hacer el cigarrillo yo sola sin ayuda de nadie, simplemente recordando cómo los liaba mi padre. A todos los niños de aquel sucio lugar les gustaba el pitillo. Mientras estaba trabajando en Cowley nunca había pensado en el cigarrillo, pero ahora de nuevo en Uxbridge, posiblemente por el enlace con el pasado, se despertaron los deseos de fumar.

Compré mi primer paquete de cigarrillos en el mostrador y volví con él a la mesa, donde encendí uno. Fue una sensación agradable para mí; por otro lado, nadie se preocupaba de que una niña estuviera fumando.

«Realmente, estoy creciendo —pensé—. Ya puedo ir a donde quiera y como quiera.»

Al salir del café me dirigí al lugar donde había pasado tantos años desgraciados y solitarios. Al menos, vería de nuevo a mis hermanas, pero mis hermanas estaban en el parque jugando y no me reconocieron al principio. La verdad es que tuve que llamarlas varias veces, antes de que exclamaran:

—¡Es Dor! ¡Es Dor!

Se agarraban a mí dando gritos de alegría. Las tomé en mis brazos alborozada al verlas; sin embargo, tenían la cara sucia, sucios los vestidos y estaban despeinadas. Con todo, cuando las oí hablar a todas, mi corazón se llenó de un profundo cariño hacia ellas. Había echado de menos a aquellas cariñosas picaras, más de lo que realmente me parecía.

Encantadas de mi aspecto, me tomaron de la mano y unidas echamos calle abajo hacia mi vieja casa. A medida que el grupo avanzaba, también se incrementaba, ya que se fueron uniendo todos los críos.

Los vecinos se asomaban a las puertas para ver a la cambiada Doreen. Me paré para contarles de mi nueva vida y poco a poco fui haciéndome el centro de la atención en el barrio.

Cuando llegué a la puerta de casa, mi padre había salido. Flecha Negra quedó atónita cuando entré con mi precioso vestido y zapatos nuevos. Encontré imposible estar ahora en casa; me parecía pequeña, estrecha y oscura, de forma que salí, como hacía antes, a pasear por los alrededores con mi banda y mis hermanas.

—¿Nos llevas contigo, Doreen?

—¿Podemos ir a vivir contigo, Doreen?

Parecía como si estuviesen pensando que su viejo líder había encontrado un castillo de hadas o un baúl con un tesoro.

Al fin mi padre llegó a casa. Me di cuenta de que le amaba realmente, pero él no mostró el más pequeño interés por mí, sólo sorpresa de que yo volviera a casa. Quise preguntarle si había tenido noticias de mi verdadera madre, pero la pregunta quedó sin hacer.

Empecé a sentirme extrañamente fuera de mi lugar. A medida que las horas pasaban, las miradas parecían volverse visos de resentimiento.

—Me voy al cine —le dije a la banda de niños.

Mi regreso a casa había creado un anticlímax. Al sentarme sola en el cine, los pensamientos comenzaron a correr. Fumando cigarrillo tras cigarrillo, no prestaba atención a lo que estaban proyectando. Una y otra vez pensaba que realmente era una extraña en aquel lugar.

«No quiero pertenecer más a mi familia —pensé—. Soy una extraña.» Esta palabra me produjo un escalofrío, unida a un sentido de vacío profundo. Yo había querido dejar mi casa para ser libre, pero me daba cuenta de que esta libertad estaba condicionada por el gran vacío que había en mi interior. «Si no fuera por mis hermanas, no volvería más», pensaba.

¿Adónde iría, si realmente no conocía a nadie más?

A medida que mis pasos avanzaban hacia la estación, una voz interior me iba repitiendo: «Eres una extraña, una extraña».

Una horrible depresión me inundó mientras regresaba a la gran casa donde servía.

—¿Tuviste un buen día? —preguntó la cocinera.

Sólo pude mover la cabeza. Había sido una experiencia frustrada.

Capítulo 7: La Partida

—**E**RES muy tonta gastando tu dinero en cigarrillos —dijo la cocinera de un forma seria y poco corriente—. Si la señora te encuentra fumando en la cocina, tendrás serios problemas.

—Eso no será nuevo —dije, airadamente—, siempre estoy metida en problemas.

Aunque más tarde sólo fumaba en mi cuarto y no en otra parte de la casa, mi costumbre fue descubierta por la señora. Ni ella ni la cocinera sabían la gran depresión por la que estaba pasando; si lo hubieran sabido, posiblemente comprenderían el porqué de tanto fumar.

Los intentos de la señora por convertir en una doncella eficiente a aquel montón de andrajos que un día llegó por su puerta continuaban. Aprendía rápidamente, aunque seguía cometiendo las más horribles faltas.

También me presentaron a los niños. Desde un principio la señora había tenido mucho cuidado en tenerlos lejos de mí, para que no pudiesen aprender mis bajas expresiones, sobre todo cuando explotaba lanzando una sarta de vocablos que dejaban aturdido a cualquiera. Sin embargo, no siempre tenían éxito sus padres, ya que en algún momento murmuraba entre dientes esas expresiones lejos de su vista, pero al alcance de los oídos de los niños.

Llegué a conocerlos mejor un día en que la señora decidió dejarlos a mi cuidado, mientras salía con su esposo. La cocinera

estaba disfrutando de su medio día libre.

Los niños, tan traviesos como cualquiera de los críos de los bajos fondos, decidieron aprovecharse de la ocasión. Se quejaron de que tenían hambre y me pidieron permiso para ir a la despensa a coger alguna cosa. Les dejé ir, y realmente había mucho para escoger. Ayudados por mí, cogieron un pastel de chocolate que acababa de hacer la cocinera, algunas pasas, fruta y más de tres botellas de bebida gaseosa.

Lo pasamos muy bien juntos, hablando, riendo y tratando de conocernos mejor. Los niños sabían que coger ellos la comida estaba totalmente prohibido, pero yo lo desconocía por completo, pensando que era perfectamente correcto.

Al día siguiente, la señora y la cocinera notaron la falta de la comida en la despensa y encontraron las tres botellas de gaseosa vacías. Los niños fueron interrogados inmediatamente, remitiéndose la acusación, por lo que tuve serios problemas.

—Si los críos querían comer algo, ¿por qué no podían hacerlo? Usted no es capaz de afrontarlo, ¿verdad? —le grité, muy enfadada, a la señora.

—Supongo que tú también tomarías tu parte, Doreen —dijo la señora rápidamente.

—Bueno, y si lo hice, ¿qué? ¡Estoy harta de usted y de este maldito lugar! ¡Tiene una semana de plazo, yo me voy!

Yo tenía una lengua muy retorcida y actuaba como si fuera contra un capataz inepto. La cocinera, que no se separaba de los alrededores cuando yo andaba por ahí, se retorcía de risa mientras me regañaba. No creía que aquello pudiera tener tanta gracia, de forma que subí a mi cuarto para hacer las maletas. La cocinera me siguió, luego la señora y por fin los niños.

—No debe ser muy severa con Doreen, señora —dijo la cocinera—, tuvo una vida muy dura.

Los niños pidieron a su madre que no permitiera que me fuese. Más tarde confesaron que había sido culpa de ellos, por lo que el asunto quedó cancelado.

La señora era muy paciente conmigo. Cualquier suerte de comprensión por su parte se unía a la acogedora vida que llevaba. A menudo, no obstante, me sentía como un pájaro enjaulado y no era

de extrañar, sobre todo si se tiene en cuenta la vida de indisciplina que había llevado antes. Mis arrebatos de ira ocurrían a veces cuando menos se esperaba, como el día en que la señora entró en la cocina para darme instrucciones; yo estaba muy deprimida y me volví contra ella, gritándole:

—¡Oh, por amor de Dios! ¡Cierre su boca y salga de *mi* cocina!

La pobre señora quedó tan anonadada que no supo qué hacer. De todas formas, continuó corrigiéndome cuando lo necesitaba, como tienen que hacer los verdaderos jefes.

Una mañana, seis semanas aproximadamente después de mi ingreso en la casa, bajé y encontré a la señora con aspecto triste, haciendo el desayuno.

—¿Dónde está la cocinera? —pregunté.

No hubo contestación y repetí la pregunta.

—Doreen —dijo con mucho cariño—, la cocinera murió mientras dormía.

—¡Muerta! —miré fijamente a la señora con incredulidad—. ¡No puede estar muerta! Usted debe de estar equivocada.

La señora tuvo serias dificultades para convencerme de la verdad. Había ido al dormitorio de la cocinera al ver que no bajaba, encontrándola muerta.

—Murió mientras dormía, Doreen. Ocurrió tranquilamente.

»Ahora, Doreen —continuó la señora—, quiero que seas una niña buena, ayudándome estando muy callada. Estoy esperando al médico de un momento a otro.

—¿Por qué llamó al médico si está muerta?

No podría comprender nunca las cosas tan extrañas que hacían aquellas gentes.

Todos andábamos en silencio por la casa. No fue hasta horas más tarde cuando, quedándome sola en la cocina, comenzaron a caerme gruesas lágrimas. La horrible realidad me azotaba. Mi buena amiga la cocinera ya no volvería a estar aquí.

Todo me hacía recordar su presencia: su silla favorita, su calceta, su mandil que colgaba todavía cerca de la estufa...

La cocinera, la querida cocinera, mi buena amiga, se había ido. ¿Continuaría todo igual? El hueco dejado por ella era difícil de llenar.

La vida continuaba, como tenía que ser. La cocinera no fue sustituida, posiblemente porque la señora vio en mi rostro la pena que me produjo su falta.

Ahora la señora cocinaba, ayudada por la señora Hill y a veces por mí. Me gustaba la cocina y aprendí mucho de la tan paciente señora. Me enseñó a hacer queiques, frutas en conserva embotelladas y otras cosas útiles.

Mis medios días libres los continué pasando en Uxbridge, donde mi aspecto continuaba causando admiración entre los niños de mi edad. No obstante, no tenía amigos.

En mi deambular por la ciudad, me daba cuenta de que las personas mayores no tenían ganas de hablar, ni siquiera de sonreír; estaban muy ocupadas con sus propios problemas. A menudo pasaba mi día libre sin hablar con ningún adulto.

Una o dos veces fui a la capilla de Waterloo Road, pero aquí tampoco había comunicación, posiblemente porque en las horas que yo iba y el día de la semana no eran los momentos más oportunos para que hubiera gente por los alrededores.

A menudo, cuando los niños terminan la escuela y entran en el mundo agitado, están perdidos, absorbidos en la vorágine de su remolino. Esto me ocurrió a mí y fue una lástima. Si me hubiera visto favorecida por un preceptor cristiano o simplemente por una carta escrita ocasionalmente, ya habría sido ganada para Cristo en aquella ocasión.

Como la mayoría de las chicas de mi edad, empecé a soñar con tener un novio y casarme. ¡Sería tan maravilloso tener a alguien que realmente me quisiera!...

En un intento por conocer a jóvenes de mi edad y quizá conseguir al príncipe azul de mis sueños, comencé a ir al baile en lugar de al cine. Al principio fui un poco tímida, pero como estaba llena de vida, no me fue difícil encontrar pronto jóvenes amigos. Llegué a ser conocida como una joven simpática en el grupo.

Hombres del servicio de la base aérea de la RAF allí cercana iban al baile para conseguir alguna amiga. No eran discretos en alardear de sus «románticas» conquistas. Yo no me hacía ilusiones con las palabras de algunos hombres de la RAF, lo único que deseaba era compañía.

Cuando era aún una pequeña niña había visto y oído muchas cosas relativas a la vida sexual. Esos actos eran algo común en la vida para mí. La vecindad en la que me había criado no tenía barreras en lo que al sexo se refiere, y los casamientos eran asuntos de pura conveniencia, de forma que aprendí todo lo referente a este asunto, viéndolo yo misma.

Relaciones casuales con el sexo opuesto no era cosa nueva para mí, de forma que no conocía impedimentos. Además, había la posibilidad de que alguno de esos hombres pudiera amarme de verdad, de manera que incluso llegara a vivir con él definitivamente.

Pensé que mi búsqueda había terminado cuando conocí a un joven, guapo, amable y considerado conmigo. Por primera vez en mi vida me enamoré perdidamente.

Mi presencia se fue cambiando día a día, allí surgió la Doreen brillante, vivaracha y feliz. Toda mi soledad desapareció.

Mi romance terminó repentinamente al cabo de tres semanas, cuando mi atractivo novio me anunció que ya estaba comprometido y que iba a casarse. Yo me desmoralicé con tan dolorosa sacudida. Mi mundo completo se vino abajo y pensé que iba a morir con el corazón destrozado.

El tiempo fue el que lo curó...

¿Por qué algunas personas tienen tanto dinero y otras tan poco?, era la pregunta que me hacía ahora.

«Todo es injusto», pensé.

La amargura llenaba ahora el vacío de mi corazón. Un gran peso se apoderó de mi corazón. Pensé que consiguiendo una gran suma de dinero sería suficiente para traerme la felicidad.

Decidí pedirle aumento de sueldo a la señora. Pensé que así podría ahorrar lo suficiente para irme a Londres, en donde podría ganar mucho dinero, comprar bonitas ropas y conseguir nuevos amigos.

Todavía estaba en mi mente la petición de sueldo cuando ocurrió un incidente que fue la causa de que yo me despidiera de esta casa. Todo se centró alrededor del teléfono, un instrumento al que yo miraba con cierto respeto y miedo.

Un día la señora decidió que ya era hora de que su nueva doncella venciera el miedo. Pacientemente y con cuidado me

explicó cómo había que contestar al teléfono. Después me dijo que la próxima vez que sonara el teléfono, tendría que contestarlo yo.

Un poco más tarde sonó el teléfono y la señora me dijo:

—Vamos, Doreen, levántalo y contesta como te expliqué.

Cuidadosamente descolgué el teléfono, como si se tratara de dinamita que pudiera explotar de un momento a otro. Repetí el número del mismo, de la forma que me había indicado la señora.

—Habla la señora Winters —dijo una voz al otro lado del hilo.

Con anterioridad me había dicho la señora:

—Si es la señora Winters, dile que no estoy en casa.

De forma que interrumpí bruscamente a la señora Winters que me llamaba, para decirle:

—Bien, la señora me dijo que no estaba en casa.

Con una mezcla de alivio y confianza asombrosa colgué el teléfono ante una señora muy indignada. Estaba a punto de estallar, y sobra decir que nunca más permitió que contestara al teléfono.

Me sentí muy tonta; si hubiera tenido más cuidado, ahora podría haberle pedido el aumento de sueldo, pero en estas circunstancias no era oportuno hacerlo. Tendría que ahorrar más.

Londres era mi destino, la ciudad que debe de estar llena de oportunidades para chicas jóvenes, como yo, con ambición. De algún modo pensaba que mi llegada a Londres bastaría para mejorar mi vida. Apenas si podía esperar a que tuviera algún ahorro más.

Cuando pensé que ya tenía bastante para emprender mi viaje, hice el equipaje y me marché sin decirle nada a la señora. Tomé el tren en Uxbridge con un montón de ilusiones.

Es triste decir que la historia se repite también hoy; muchos jóvenes comprendidos entre los diez y los veinte años escapan de sus casas con el pensamiento puesto en Londres. Es más triste aún pensar que, a menudo, no tienen a nadie que se preocupe de ellos a la llegada de estos jóvenes a la gran ciudad, donde se encuentran solos, sin saber qué hacer o adónde ir.

Poco me percataba yo de lo que me esperaba al final de la línea del metro.

Capítulo 8: Calles De Paddington

LAS COSAS propias que había llevado conmigo a Paddington, Londres, eran muchas más que las que yo tenía nueve meses antes, cuando hice el camino a pie desde mi casa de Uxbridge hasta mi trabajo en Cowley. Pero esta vez no me esperaba ningún trabajo.

Además, no tenía ni cama para dormir.

Había sido educada en la incertidumbre de la escuela de los golpes; con todo, no había perdido el valor. «Lo mejor que puedo hacer —pensé— es ir a una cafetería y, con un plato de comida delante, pensar sobre todo esto.» Pero cuando terminé de comer no estaba más cerca de arreglar el problema que cuando entré en ella.

Ilusionada como siempre, pensé que Londres sería un precioso lugar. Me parecía a Dick Whittington, quien creía que las calles de Londres estaban pavimentadas con oro. Después de pararme a ver los escaparates de un importante centro comercial, vagaba calle abajo. Estaba decepcionada con lo que veía; callejones oscuros, edificios ennegrecidos, casas de muy mal aspecto en calles estrechas y sucias, se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

«Esto es peor que el barrio de Uxbridge», pensé; pero ya era tarde para retroceder. Paré a un grupo de personas que caminaban apuradas por la oscura calle, para preguntarles dónde podía encontrar lugar para dormir. Sólo una se paró a prestarme ayuda con su información, una mujer, que me dirigió a una gran casa en

una calle cercana. Se me ofreció una habitación en esa casa, después de pagar el alquiler de una semana por anticipado.

Era una habitación lóbrega, escasamente amueblada y el papel marrón con que estaba empapelada, se caía de las húmedas paredes. La comparé con la caliente y bonita habitación que yo había tenido unas horas antes y pensé que había sido un brusco descenso.

Me senté en la destartada cama y miré a mi alrededor. Había que limpiar un poco ese lugar.

«Sé bastante de esto», me dije a mí misma.

La gran casa era un enjambre de porquería. Oyendo reír en la habitación de al lado, decidí ir hasta allí. Mi llamada a la puerta fue acogida con un agradable «adelante, cariño», y más risas.

—¡Eh!, estoy buscando un cubo, jabón y un cepillo para limpiar mi habitación.

Las chicas me miraron fijamente y luego se echaron a reír entre ellas.

—Yo no me molestaría por eso, querida —dijo una de las tres chicas—. No vale la pena.

—Deja a la chica —objetó la mayor aparentemente de las tres que componían el grupo.

A juzgar por la apariencia de la habitación en que había entrado, bien podría preguntar por alguna araña, mejor que por materiales para limpieza. Para mi sorpresa, encontré por fin lo que buscaba, bastante deteriorado, pero en uso.

—Muchas gracias —les dije, y salí.

Las sentí reír de nuevo cuando regresé a mi habitación. El sonido de mi fregado debió tocarles alguna cuerda de su corazón, porque al rato entró una de ellas con una taza de té. Mi habitación tenía un aspecto mucho más limpio, pero yo estaba asquerosa.

—Aquí tienes, cariño. Te la mereces —dijo mi vecina.

—¡Caramba, gracias!, no contaba con eso.

—Eres nueva aquí, ¿verdad? Te vi llegar.

—Dejé mi último trabajo, era sirvienta.

—Bien, me llamo Brenda y aquí vivimos seis. Tú haces el número siete, afortunado séptimo. Puede que seas una suerte para alguien, Doreen.

Brenda y yo cambiamos unas palabras. Cuando le estaba contando la historia de mi vida, entraron las otras chicas en la habitación. Brenda, que tenía diez años más que yo, entró en conversación cuando terminé mi relato.

—A mí me pasa lo mismo, ¿ves?

—¿Lo mismo? —estaba sorprendida.

—Mira, nosotras vamos con amigos por las noches para ganar dinero. Se gana mucho dinero con esto. Los hombres pagan bien.

Las otras chicas hicieron un gesto de asentimiento.

—¿Quién quiere estar esclavizada con un trabajo todo el día? —dijo otra de ellas—. Somos independientes, tenemos lo que queremos.

Realmente tenían buenas ropas y joyas. Mis ojos se abrieron con asombro de par en par. No había conocido antes a ninguna prostituta de profesión. Cuidadosamente pude apreciar que ellas miraban aquel trabajo como un asunto puramente comercial. La moralidad no tenía cabida allí.

—Bien, yo sólo he sido una criada y no pienso volver a serlo más —les dije.

—Tú no tienes que volver a serlo, cariño. Eres joven, con un buen aspecto. Podrías ganar mucho dinero con nosotras en esta profesión.

—Pensaré esto, Brenda, y te daré una respuesta mañana por la mañana.

Cuando salieron de la habitación empecé a pensar en eso. «Después de todo —razoné—, eso es por lo que yo vine a Londres, para hacer dinero. Si los hombres quieren tirar su dinero por un poco de placer, ¿qué daño hay en eso? Esas chicas parecen muy felices en ese camino; además solamente ellas mostraron algún interés por mí, con lo que demuestran que no son tan malas como dicen.»

Esta es la forma en que muchas prostitutas basan sus razones para seguir en esta vida, sin darse cuenta del tremendo riesgo que corren; para ellas no hay nada más atractivo que el dinero. Disgustos, abandono de algún hombre, arrastran a mujeres por este sendero. A todo esto yo unía amargura, soledad y una inclinación de devolver todo el mal posible a la sociedad.

De este modo fue como yo también, una niña de catorce años, me uní a las filas de las mujeres de la oscuridad. Me introduje en la profesión más vergonzosa y antigua del mundo.

La noche siguiente acompañé a Brenda a las calles de Paddington. Vi con qué facilidad ella atraía a los hombres. Simplemente caminaba moviendo los labios, haciendo sonar un llavero. No tardó mucho en aproximarse un hombre. Las condiciones fueron establecidas rápidamente.

—Dos libras —oí decir a Brenda.

El hombre hizo un gesto y los dos desaparecieron.

Parecía fácil, pero yo tenía mucha menos experiencia y era muy joven. Brenda me había dado algunas sugerencias y consejos sobre lo que debería cobrar, anticonceptivos y peligros que evitar. ¿Cómo me saldría?

Por primera vez me aventuraba yo sola, aunque estaba muy nerviosa. Caminando por el borde de la acera hice sonar mis llaves. El corazón se me sobresaltaba con cada paso que daba. Puse mucho empeño en actuar como si fuese veterana en la profesión.

Mi confianza crecía a medida que las semanas pasaban. Pronto conseguí mucho dinero y ropa bonita. Lo más importante era que tenía ya muchos amigos.

Yo era la entretenedora por antonomasia, llena de vida y alegría y preparada ya para ejercitar a la perfección mi nuevo negocio. No era de extrañar que fuera una de las chicas más populares, incluso más que las antiguas de profesión en las calles de Paddington.

Muchas de esas mujeres, incluyéndome a mí misma, tenían un espíritu de alegría y amor. Tenían corazones de oro y nunca se las vería tratar mal a nadie. Darían hasta su último penique por alguien que lo necesitara realmente.

Con todo, no era feliz. Nunca les dije a las chicas las profundas depresiones que me abrumaban.

Vino por esas fechas mi primer encuentro con el Ejército de Salvación. Mientras andaba por una de mis conocidas calles, vi una reunión organizada por el comité local del Ejército de Salvación. Una chica, con su uniforme, estaba cantando sola, sin acompañamiento. Su voz tenía un sonido tan melodioso como el de un pájaro. A medida que cantaba me vi arrastrada por sus palabras.

*Mi padre es muy rico, no hay otro igual;
Los bienes del mundo en sus manos están,
Las piedras preciosas, el oro en raudal,
Ya llenan sus cofres y rica me hará.
Yo soy hija del Rey, sí, hija del Rey.
Por Cristo mi amado, yo soy hija del Rey.*

La cara serena de la cantante llamó mi atención. En seguida me di cuenta de que, con todo el dinero que yo tenía, era muy pobre a su lado. Parecía estar satisfecha de poder ponerse en pie y cantar; bien lo podía hacer, porque era hija del Rey.

—Bueno, ¿para qué me sirve esto? Ahora ya es tarde para cambiar. Ellos son gentes buenas y yo solamente una prostituta.

Continué mi camino tristemente. Como muchas personas hoy, yo pensaba también que ser cristiano era ser bueno y no la transformación que implica *el ser hecho bueno*. Seguí con mi baja profesión, pero nunca podía olvidar el himno que cantaba la joven del Ejército de Salvación. Había sido un encuentro memorable que guardaría toda la vida.

Más tarde cambié de nombre. Era más fácil cambiar el nombre que la forma de vida. Me llamaba Michelle en mis actividades profesionales, y mi cuenta en el Banco iba creciendo. Brenda y yo éramos amigas inseparables. A menudo pasábamos desde las calles de Paddington hasta otras de Londres. Mis inclinaciones a hacer mal no disminuían. En una ocasión eché jabón y tinte rojo en las fuentes de la Plaza de Trafalgar. Casi me cogen en la faena.

Por ser ilegal la prostitución, siempre tenía los ojos bien abiertos para vigilar a la policía. En poco tiempo era una experta en evadir a las patrullas, pero nunca las subestimé. Sabía adónde podía llegar si me apresaban.

No podía, sin embargo, evitar el pensar en mis hermanas en Uxbridge; tenía un sentimiento de culpa por haberlas dejado. ¿Cómo estarían ahora? ¿Habría vuelto alguna vez mi madre?

Mirando a las paredes de la habitación, a menudo descendían sobre mí, como una pesada manta que me sofocaba, estos pensamientos. Movía rápidamente la cabeza y procuraba echarlos tan lejos como me era posible.

Un día, Brenda y yo fuimos al Soho, en el extremo oeste de Londres. Soho era para mí lo último en placer y fascinación. Caminamos sin rumbo fijo por las calles, pero yo estaba preparada para divertirme.

De repente me paré para leer un anuncio colocado en el escaparate de una tienda: «Se necesita modelo. Informan en el piso».

—Vaya; mira, Brenda. ¿Vamos arriba para divertirnos?

—Yo no me atrevo, no sirvo para modelo, pero iré contigo si quieres ir.

—De acuerdo. Tendría que traer mis plumas de avestruz.

Me divertía y reía mientras subía los peldaños de las escaleras. Un anuncio igual se encontraba en la puerta; llamé con golpes fuertes y las dos contuvimos una risa tardía.

Nos recibieron dos hombres con ropas muy llamativas. Me miraron con ojos penetrantes y escudriñadores. Una entrevista siguió luego, mientras los hombres tomaron mis medidas haciendo algunas alusiones descaradas sobre mi persona.

Me pidieron que anduviera por la habitación, luego que bailara al son de un disco.

—Muévete como quieras —dijo uno de ellos, el que había puesto el disco. Mi manera fue muy ocurrente, de modo que los dos se rieron en señal de aprobación, sin burlas.

—¿Has practicado el desnudismo?

Dejé de bailar sin aliento.

—Montones de veces, depende a lo que usted se refiera.

—En un club apropiado, con música.

—No, pero ahora me doy cuenta de qué clase de modelo es a la que se refieren.

—Nos gustas, tú te mueves bien, estás llena de vida y eres descarada; exactamente como les gusta a los clientes.

—Estás en el asunto, ¿no es cierto? —preguntó el otro.

—¿Que si estoy?

—Nada, nada. Encontrarás un camino fácil para hacer dinero. El trabajo es tuyo, si lo quieres.

Les miré fijamente, atónita.

—Para decirles la verdad, sólo subí aquí por divertirme. ¿Verdad, Brenda?

—Agárrate al trabajo, tienes suerte —me dijo Brenda—. Ojalá tuviese yo esa oportunidad, pero soy un poco mayor para eso ahora.

—De acuerdo. ¿Cuándo empiezo?

—Esta noche, pero necesitas un nombre artístico, algo que te vaya bien. De cualquier forma, ¿cómo te llamas?

—Doreen.

—No, ése no es un nombre que suene mucho.

—Bien, ella es atrevida —dijo Brenda—. Si eso sirve de algo...

Usé mi imaginación.

—¿Qué les parece Daring (atrevida) Diana?

—¡Perfecto! ¡Muy bien! Te va bien Daring Diana —dijo el hombre, riendo entre dientes.

Él me explicó después que esa noche iría al club para ver la forma de actuar de las chicas del *striptease*. Bajé las escaleras con Brenda, divertida. En sólo media hora había pasado a ser una artista del *striptease*.

Había sido tan fácil como la prostitución. No era en absoluto difícil; fácil y simple. Era una caída directamente hacia una vida mucho más degradante que la que había emprendido, que ya era muy mala... ¡Qué cierto es que Satanás puede hacer ese camino demasiado fácil! Una vez que se empieza la caída, el camino sucesivo resulta tremendamente fácil.

Esa noche, en lugar de salir a buscar algún hombre por las calles, me senté en el club a ver cómo actuaba una chica. Como observadora atenta, tomé buena nota de la forma como se movía. Parecía bastante fácil.

Poco después aprendí a desnudarme al son de la música. Me enseñaron a ser tan provocativa como pudiera. De esta manera, Daring Diana entró a formar parte de la compañía de representaciones de desnudismo, trabajando sin descanso en las doce representaciones que hacíamos.

Ocho chicas trabajaban formando el equipo del club al que Daring Diana se había incorporado. Una fotografía de la nueva estrella, desnuda, fue colocada en el exterior para atraer a los hombres de la calle. Una vez dentro del club, eran persuadidos por las chicas para consumir bebidas caras.

Para esta jovenzuela, oriunda de Londres y ligera de cascos, la nueva vida era una subida como la espuma. Ganaba mucho más dinero que antes. También la prostitución me reportaba más beneficios. Dejé las calles de Paddington y alquilé un piso grande en Mayfair. Esto significaba que yo cobraba ahora más por mis servicios.

Para mí, Soho era el mejor sitio de la tierra, lleno de ropa, dinero y joyas. Tomé una sirvienta para que cuidara del piso. Ahora yo era la señora, en todo el sentido de la palabra.

—Realmente estoy subiendo en el mundo como no pensé.

La realidad era que, en lugar de subir, estaba cayendo con una tremenda rapidez.

Capítulo 9: El Camino Hacia La Prisión

¿QUÉ estoy haciendo en un pantano como éste? ¿Es esto para lo que nací?

Estas preguntas acudían a mi mente incluso en ocasiones cuando estaba en plena actuación de *striptease*. Aunque era animada por las voces de aprobación de mi auditorio y rodeada de personas, a menudo me sentía tremendamente sola. Mientras mi fama como Daring Diana se extendía por el Soho, la angustia había ido incorporándose a mi vida hasta formar parte de ella. Soho y toda la diversión habían fracasado en darme la felicidad por la que luchaba. A pesar de la gran cantidad de dinero que recibía, odiaba la vida. Pero a nadie le importaba eso, ya que mi reputación como instrumento para la diversión iba en aumento cada día, aunque mi risa fuera una risa forzada y hueca.

—¿Vienes a la fiesta esta noche, Diana?

La invitación venía de una de las chicas del club. Sus fiestas salvajes eran una buena cosa para la diversión.

—Por supuesto que iré, pero asegúrate de que habrá chicos atractivos allí.

Fui la primera en llegar al piso de mi amiga y empecé a seleccionar discos que creía buenos, del montón que había en la esquina de la habitación; la música movida y estridente era necesaria siempre para cualquier fiesta. Encontré un disco muy antiguo y

poco corriente al final de toda la pila y lo coloqué en el tocadiscos; la voz clara de un hombre empezó a cantar:

*He vivido una vida de pecado.
He olvidado cosas que no debía olvidar.
Le pregunté a un mendigo si sabía
Dónde podría encontrar la felicidad.
Felicidad verdadera y amor.
Al otro lado del puente no hay más tristeza.
Al otro lado del puente no hay más dolor.
El sol brillará al otro extremo del río,
Y no sentirás nunca más el dolor.*

Me volvía al escuchar esas viejas estrofas; viejos anhelos volvieron a mí. Un sentido de remordimiento llenó mi corazón.

Me preguntaba dónde podría estar el puente, dónde podría encontrar el río. Quería saber dónde podría encontrar la verdadera felicidad.

Sentí que había perdido el momento de conseguir la felicidad, en alguna parte, en algún tiempo. Pronto empezó la fiesta y con ella comencé a actuar como una chica alegre, con lo que dejé a un lado esos pensamientos.

A medida que pasaban las semanas me volvía más insensible y con mucha frecuencia sufría accesos de depresión fuerte. Poco a poco me convertí en una gran bebedora y fumaba más de cuarenta cigarrillos cada día.

Un día, cuando acababa de vaciar mi vaso en el bar, se acercó un hombre que se sentó al lado de mi taburete. Me era una cara vagamente familiar.

—Tienes aspecto de aburrida, hoy —dijo.

—Sí, estoy aburrida.

—Entonces, prueba uno de éstos —dijo, y me acercó un cigarrillo hecho a mano.

—No, gracias; prefiero mi cajetilla.

—Te sientes hastiada, ¿no es cierto? Esto te hará sentir mejor. Desde luego son un poco más caros, pero vale la pena. ¿Por qué no pruebas uno?

Distraídamente cogí el cigarrillo, mientras él me observaba con atención a medida que lo encendía e inhalaba su humo. Una oleada de contentamiento empezó a flotar dentro de mí a los pocos minutos.

—¿De qué es? —le pregunté.

—Es un estimulante. Te hace sentir mejor, ¿no es cierto?

—¿Puedo hacerme con alguno?

—Desde luego, con tantos como quieras. Hay muchos más en el lugar de donde vino éste.

No me interesaba su procedencia; sólo el hecho de que me hacía sentir mejor era suficiente para mí.

Fumé seis «estimulantes» y pagué al hombre quince chelines por mi primera hornada de drogas.

El hombre sonrió y salió. Era un vendedor de droga y este primer encuentro, lo mismo que su estrategia para las próximas semanas, estaba perfectamente planeado.

—Puedo ofrecerte algo mejor que los «estimulantes» —me dijo unas semanas más tarde—. Sígueme.

Me interesaba, aun cuando había un cierto misterio en ese «sígueme» que me dijo. Le seguí por un pequeño callejón y entramos en una de las muchas asquerosas librerías del Soho. Haciéndole una seña al vendedor de la librería, el hombre de las drogas me llevó a una habitación en la parte trasera.

—¿Qué misterio es éste? —pregunté.

—No queremos que nadie lo sepa, ¿sabes? No digas a nadie dónde has estado, Diana.

—Te lo prometo.

—Será solamente un pinchazo en el brazo, nada que pueda preocuparte.

—Bien, entonces hazlo rápidamente —dije, enrollándome la manga del vestido.

Volví la cara cuando me ató la goma y rápidamente me inyectó una dosis de heroína en la vena principal del brazo. En unos segundos flotaba en el firmamento. Me sentía en la cima del mundo. Sentía que poseía todo, mientras flotaba en una nube de felicidad.

—Es heroína —me dijo el hombre—. Te hace sentir aún mejor, ¿verdad?

—Sí —y sonreí estúpidamente.

Durante unas horas viví un alto grado de euforia.

«Por fin encontré la felicidad», pensé.

Pero ignoraba totalmente lo que pasaría al cabo de unas horas. Después de un tiempo de felicidad y contento, eso fue decayendo lentamente y se vio reemplazado por una intensa y fuerte depresión, mucho peor que todo lo que hubiera conocido antes. Notaba que estaba siendo empujada hacia el fondo de un profundo hoyo, triste y oscuro.

No podía entender lo que me sucedía. ¿Por qué en unos minutos había cambiado tanto? ¿Qué me estaba ocurriendo? Empecé a drogarme incontroladamente, esperando el momento en que me volviera loca y muriera.

Apenas podía caminar. Me arrastraba hasta el club, donde pensaba trabajar aquella noche. Las chicas me miraron fijamente cuando di un tropezón en el vestuario. Ellas habían visto ocurrir esto a otras chicas antes que a mí. Nadie me había prevenido del peligro de las drogas.

Había caído al suelo. Entonces hicieron una cosa incorrecta: fueron a buscar al suministrador de la droga. ¿Por qué no mandaron a buscar una ambulancia o fueron por un médico? Eso no podían hacerlo, porque así intervendría la policía y se pondría en peligro el propio club.

El suministrador fue localizado, mientras yo sollozaba histéricamente, en medio de un montón de escalofríos, tendida en el suelo. El suministrador me miró.

—Te pondrás bien, sólo necesitas un poco más de narcótico. ¿Tienes dinero?

Sólo después de asegurarse de que le pagaría, me dió otra dosis de la mortífera heroína.

Me puse eufórica inmediatamente.

De una forma tan sencilla, sin saber apenas qué estaba haciendo, me iba convirtiendo en una adicta a drogas fuertes. Simplemente una más del gran número de personas que dependen de una aguja para recuperarse cada día.

Está sucediendo en ciudades grandes y pequeñas, en todas partes. Muchos jóvenes se lanzan a la sepultura antes de tiempo,

por un primer pinchazo en el brazo, por la primera dosis de «suministro». Algunos, como yo, lo hacen ignorantes de los horribles resultados. Otros, no tan ignorantes, lo hacen aun a sabiendas de que su vida puede convertirse en un verdadero infierno. Sólo cuando es demasiado tarde para retroceder, se dan cuenta de que los resultados son terribles.

Pronto me di cuenta de que ya era demasiado tarde para mí. A medida que los días pasaban, la droga se hacía más indispensable y me encontraba más y más decepcionada.

Al principio tenía bastante dinero para pagar la droga, pero mi saldo en el Banco disminuía en la misma proporción en que veía al suministrador, quien sabía que ya estaba bajo su control, de forma que cada vez que nos veíamos me pedía un precio más elevado. Me vendió una jeringuilla y agujas y me enseñó cómo inyectarme yo sola; era un negocio sucio y peligroso.

Empecé a perder peso rápidamente y no había forma de evitar que se notara en mi aspecto. Mi largo cabello empezó a caer, mientras mi piel, antes tersa y suave, comenzó a arrugarse. Mi buen aspecto, mi única riqueza, empezó a perderse hasta desaparecer. A menudo me quedaba en cama con infección de hígado, producto de la heroína.

Un día el jefe del club me dio un ultimátum.

—O mejoras, o te vas.

Quedé totalmente desmoralizada; sabía que más que Darin Diana (atrevida Diana) parecía Deathly Diana (moribunda Diana). Luché un poco más, tratando de mejorar mi presencia, hasta que por fin me echaron del club.

Teniendo que hacer frente al problema diario de conseguir droga, volví a la prostitución baja. No fue fácil. Debía de tener un aspecto de muerta y era una fea candidata para pasar una noche con alguien.

Era algo terrible, pero ¿qué alternativa tenía? O las drogas o la muerte. Ahora tenía que volver a las calles, quisiera o no. Estaba demasiado enferma y casi no pude hacerlo.

¡Qué cuadro de máxima degradación era yo! Había caído en la vergüenza y en la miseria, sin que nadie se preocupara por mí. Todos mis amigos me habían dejado y nadie me prestaba dinero,

sabiendo muy bien que nunca se lo devolvería; ahora yo era una más en las drogas.

No era la única, encontré y vi a otras muchas como yo. Éramos simplemente sombras que deambulaban por las calles, con rostros semejantes a un barco partido por el temporal, esperando la ola que termine definitivamente con él. Son los restos del naufragio de la humanidad, arrastrados por los vientos de la desgracia y la depravación, buscando amparo y descanso de los golpes amargos y crueles que la vida les ha deparado, sin encontrarlo.

A medida que me introducía en la oscuridad de la silenciosa y solitaria calle, me preguntaba si me seguía alguien. Háganse una idea personal de este lugar y permítanme que les introduzca en él por un relato de este oscuro mundo.

Es una fría tarde de invierno. Las pocas lámparas dan una iluminación mortecina al callejón. No hay mucha gente por la calle. El frío ha llevado a algunos al interior de los bares o a alguna de las malas cafeterías.

Me paré un momento para apretar mi delgado abrigo a mi cuerpo diminuto. El abrigo no era suficientemente grueso como para resguardarme del frío penetrante, pero tenía que arreglármelas. Hacía sólo unos días que había vendido mis últimas prendas de ropa para conseguir dinero para la droga, comprar un poco de comida y pagar el alquiler de mi sucia habitación. Mis ojos habían perdido su brillo, pero ahora estaban atentos para ver si venía algún posible cliente.

Después de una eternidad un hombre apareció calle abajo. Ávidamente me aproximé a él, esperando que sería amable y generoso conmigo. Le di pena y dejó caer simplemente unos chelines como limosna.

Imagínense cómo entro ahora en uno de los bares donde hay fuego, para calentar un poco mi aterido cuerpo. Sentada de una forma poco correcta al lado de la chimenea, pienso en lo agradable que sería no tener que salir de nuevo y repetir el mismo procedimiento. Este es un perfecto cuadro de tristeza, soledad y desesperación. Había que volver a salir a la calle, porque las drogas son caras y tengo que conseguir dinero para ellas.

Un cuadro patético, ¿eh? Pero muy cierto. Esta persona podría muy bien ser su hija, su hermana, o... usted misma.

Aunque se están haciendo grandes esfuerzos para alcanzar a aquellos que están atrapados como yo lo estaba, a muchos no se les alcanzará jamás. Tampoco podremos olvidar estas escenas y decirnos que no ocurren; por el hecho de que cerremos nuestros ojos no van a desaparecer.

Estaba ya muy enferma por la prostitución noche tras noche y volví a robar en las tiendas. Cuando era niña, robar en las tiendas significaba tener o no hambre; ahora era tener droga o morir.

Lo robado en las tiendas no era tan fácil de sacar. Para eso necesitaba mi antigua confianza en mí misma y, ahora, una vez poseída de las drogas, esos reflejos habían disminuido totalmente. Cada viaje que hacía para robar dentro de un almacén, me producía escalofríos y me hacía sudar.

Odiaba vender la mercancía robada, me hacía sentirme mucho más culpable que el acto del robo en sí mismo. Los importes que recibía eran muy inferiores al valor real de los objetos robados, quizás un veinticinco por ciento de su precio. Cuando compraba heroína, su precio subía incesantemente.

Como quiera que no me habían aprehendido, consideré que era una experta en robos de tiendas. Quizás esta creencia fue el motivo de que me cogieran con las manos en la masa. Me maravillaba de que no me hubieran cogido antes, toda vez que mi aspecto debería resultar sospechoso, sobre todo cuando miraba furtivamente las cosas por encima de mi hombro.

Una mañana, saliendo de la tienda con las joyas que había robado dentro de mi bolso, no me percaté que un hombre me seguía; era el policía de la joyería. De pronto, una mano firme me agarró por el brazo.

—¿Quiere venir conmigo, señorita? Creo que lleva usted algo que no ha pagado.

Sus formas eran corteses y creo que se sentía un poco apenado por el despojo humano que había apresado. Volvimos silenciosamente al almacén y me llevaron al despacho del director, empezando a buscar dentro de mi bolso en presencia del policía.

Además de las joyas robadas, en mi bolso había una dosis de droga. Ahora tenía que afrontar problemas peores que el propio robo. Aunque yo procuré evadir sus preguntas no dándole respuestas concretas, el policía pareció satisfecho con las notas que había tomado. Me indicó la dirección del Juzgado y me recomendó que me presentara cuanto antes a la mañana siguiente, recomendándome insistentemente que no intentara escapar.

Nunca había comparecido en un Juzgado anteriormente con un cargo criminal sobre mí. Apenas pude dormir aquella noche, que pasé fumando cigarrillo tras cigarrillo, intentando descubrir las posibles alternativas que tenía. De nada me serviría escapar; la policía me localizaría por fin y sería peor.

La sala de audiencias en el Juzgado era un lugar frío y vacío. Me avisaron, antes de comparecer ante el juez, que me declarara culpable; este aviso me fue dado por un extraño que, después de hacer su cometido, desapareció. Pensé que, al entrar en la sala de audiencias, estaría ésta llena de curiosos sentados en los bancos, pero no había nadie; creo que nadie podría interesarse por una desgraciada como yo.

Ya en el banquillo de los acusados, se me enfrentó con un jurado compuesto por hombres con rostros impassibles, como si estuvieran esculpidos en piedra. Un hombre impecablemente vestido con un traje rayado se puso en pie y leyó una larga lista de acusaciones. Me sorprendí al ver cuánto conocía sobre mí la policía; muchas más cosas de las que yo había confesado en el despacho del director de la joyería.

—¿Te consideras culpable de las acusaciones que se te hacen?
—preguntó el juez.

—Sí —contesté con serenidad.

Hubo un descanso que sólo fue interrumpido por el ruido de las hojas de papel y las conversaciones de los magistrados. Este tiempo de silencio me pareció una eternidad. El tic-tac, tic-tac del reloj de pared parecía como si estuviera recordándome todas las faltas que yo había cometido.

El tribunal, por fin, iba a dictar su sentencia.

—Usted ha admitido su culpabilidad en las acusaciones que se le han formulado, aceptándolas todas, por lo que juzgamos y la

sentenciamos a tres meses de prisión, que empezarán desde este momento.

Me quedé aturdida. ¡Prisión! Esta palabra me sonaba como si hubieran dictado contra mí una sentencia de muerte.

El tribunal, el jurado y los oficiales salieron lentamente de la sala.

—Por aquí, querida —dijo una voz a mi oído, con amabilidad. La mujer policía que me llevaba tenía un aspecto apenado y triste.

Una furgoneta negra estaba en el patio del Juzgado. Se me escoltó hasta que me introduje en ella y se cerró la puerta con llave detrás de mí. Dentro de la furgoneta se había sentado conmigo otra mujer policía. No hablábamos nada.

«Condenada a tres meses de prisión —pensé—, pero a nadie le importa.»

Cuando pienso ahora en aquella época y echo una mirada retrospectiva, creo que Dios se interpuso en mi camino permitiendo que fuera a prisión. Dudo al pensar qué habría ocurrido de continuar el camino incontrolado de las drogas. Si éstas no me hubieran matado, habría terminado por echarme al Támesis. Ahora estoy segura de que Dios me preservó de una horrible muerte.

En aquel tiempo sólo pensaba en lo desaprensiva que era la gente. «A nadie le importa lo que me suceda. A nadie.»

Nadie habló durante el viaje, cuando por fin la furgoneta enfiló calle abajo hacia el portal de la prisión. ¿Mi destino? La cárcel de Holloway.

Capítulo 10: Prisión Y Pavo Frio

LA PRISIÓN de Holloway se alzó ante mi vista, severa y amenazadora, como un gran monstruo gris, dispuesto a devorar a sus víctimas. Yo temblaba de miedo, pensando en cómo sería el momento en que quedara atrapada en sus mandíbulas.

Innumerables sobresaltos me azotaron cuando traspasé sus puertas y comencé a percibir los distintos sonidos propios de una prisión, el sonido apagado del golpe de la puerta al cerrarse, el tintineo de las llaves de las puertas, el golpear de los bidones metálicos de la leche...

En silencio y con temor seguí al oficial de prisiones por los pasillos que nos condujeron a la zona baja donde estaba la recepción. Todo era impersonal y formal. Las órdenes eran dadas en tonos tajantes: ¡Báñate! Después: ¡Vístete con el uniforme de la prisión! ¡Vas a ir a reconocimiento médico!, etc.

El médico me reconoció cuidadosamente, tomando nota del aspecto de mis ojos y de las marcas de mis brazos.

—Eres una adicta, ¿no es cierto?

—Sí.

Me pregunté por qué me hacía esta pregunta, ya que tenía los síntomas a la vista.

—Te van a cuidar en el hospital durante algún tiempo.

Le dio instrucciones al oficial de la prisión, que me llevó por un laberinto de pasillos. Mis ojos estaban decaídos y tenía la impresión de que otros invisibles me vigilaban.

El golpeteo de mis tacones sobre el piso producía un extraño eco en los pasillos vacíos. Temblaba de nuevo. Las llaves sonaban cada vez que una puerta se abría y cerraba tras de mí. Por fin llegamos al hospital.

Alguien estaba quejándose. Al oír sus lamentos, un escalofrío recorrió mi columna vertebral y mis temores aumentaron.

—Por aquí.

El oficial de la prisión abrió una puerta que daba paso a una celda y me mandó que entrara.

Me quedé parada ante la puerta, aterrorizada. El oficial me empujó al interior, cerrando luego con un golpe seco la puerta, a la que pasó la llave. Quedé completamente sola.

El piso de la celda era de un pavimento irregular y tosco, sobre el que no era fácil ni caminar ni estar en pie. Allá arriba, en lo alto, rodeada de barrotes y fuera del alcance, había una pequeña ventana.

«¿Green que estoy loca o algo por el estilo? ¿Por qué tienen que ponerme aquí?», pensé.

La verdad era que me iban a quitar el hábito por las drogas sin ayuda de medicamento alguno. Fue una terrible experiencia. Recuerdo claramente los momentos que tuve que pasar a medida que me enfrentaba con el ansia de droga, completamente sola, aunque me vigilaban a través del ventanuco de la pared y del de la puerta.

Las desilusiones son una terrible realidad para los adictos en proceso de desintoxicación. En mis angustias, la presión mental me hacía concebir la celda como un monstruo espantoso que acuchillaba mis sienes y mis manos con objetos puntiagudos. Cuando la tensión se hacía insostenible y las imaginaciones alcanzaban un punto álgido, yo luchaba contra el monstruo, totalmente fuera de mí, golpeando las paredes. En estos momentos los encargados de mi vigilancia entraban en la celda para agarrarme fuertemente. Los oficiales se me representaban como dragones y luchaba desesperadamente golpeándome contra las paredes por liberarme de estas pesadillas.

Dormía muy poco y estaba permanentemente aturdida. En algún momento, cuando recobraba la lucidez, podía ver alguna cara

por el ventanuco de la puerta.

«Han venido a ver si todavía vivo», pensaba.

Gritaba, pedía a Dios llorando que me dejara morir.

—¡Déjame morir, oh Dios! ¡Déjame morir!

Dios nunca contestó. Me preguntaba si el Todopoderoso podría oírme a través de las paredes acolchadas de la celda del hospital.

Durante los tres primeros días de desintoxicación me traían la comida en un platillo de plástico. En mi comportamiento demencial, tiraba la comida, plato y bandeja y todo contra las paredes. A medida que empecé a recobrar mi lucidez me di cuenta de que la celda tenía el aspecto de una inmunda pocilga.

Comencé a llorar mientras decía: «Dios mío, qué tonta he sido. ¿De qué me sirvieron los vestidos y las joyas y las drogas que me han conducido a este estado?»

Fue una de las experiencias más horribles de mi vida. Pensaba que no saldría con vida de ella.

La Dirección de la prisión no se había enfrentado con el problema de las drogas a escala del nivel actual, y utilizaba un único método para sacarme el hábito. Aun en esta década de los setenta opinan que el «pavo frío», como llaman a este método en la prisión, es el único camino auténtico para un éxito con los drogadictos a la heroína o cocaína. No obstante, el sufrimiento que ocasionan al drogadicto es enorme. Se necesita una vigilancia constante o, de lo contrario, el enfermo puede morir.

Después de llegar a un alto grado de desintoxicación me sacaron de mi pocilga. Estaba físicamente acabada y me sentía como trastornada. Mientras caminaba por los pasillos de la prisión, me hice el firme propósito de que nunca más volvería a tocar las drogas. Nunca volveré a trabajar en un club de *striptease*, quiero llevar desde ahora una buena vida. Había aprendido la dolorosa lección.

«Debo ser buena. Tengo que portarme bien», me repetía a cada paso.

—Ojalá fuera como tú, con toda tu vida por delante, en plena juventud —me dijo una de las presas que estaba sentenciada a pasar el resto de su vida en prisión—. Tú bien puedes empezar de nuevo, pero para mí es demasiado tarde.

—Un nuevo comienzo. Sí, eso es lo que haré cuando salga de aquí. Empezar de nuevo y hacer algo positivo en mi vida.

Las palabras de la reclusa me animaron. Durante mi estancia en la prisión perdí algo de mi amargura. Allí había personas con un pasado más triste que el mío, si eso era posible.

Muchas de mis compañeras de prisión eran alcohólicas, rateras, prostitutas y jugadoras empedernidas; algunas, tan duras como el acero; otras, abatidas y tristes. Todas merecían el castigo, pero verdaderamente todas merecían compasión.

Todas sufrían la misma enfermedad que yo: la soledad. Traté de ayudarlas, animándolas, aunque yo era la que más necesitaba de ese tónico. Tenía un buen aspecto y me llamaban la animosa Dor. Parecía mentira que se repitiera en la prisión la misma historia de la niñez, cuando yo era la líder indiscutible de los niños, como lo era ahora de las compañeras de prisión. ¡Es extraño cómo se repite la historia!

Me habían permitido llevar algunas pertenencias personales al interior de la prisión, esto es, retenerlas conmigo. Tenía muy pocas cosas, porque la mayor parte de ellas las había vendido para comprar drogas.

Mi premio de la escuela dominical, el himnario *Campanas de oro*, era una de las pertenencias que nunca abandoné. En mi celda, por la noche, antes de que las luces se apagaran, leía los himnos familiares de mi niñez.

*Señor Jesús, un corderito
Necesitado soy.
En esta noche, oscura y fría,
Guarda mi corazón.*

«¿Qué pasaría si los profesores de la escuela dominical supieran dónde estoy ahora?», me preguntaba.

Los guardianes eran tenidos a menudo como enemigos, pero realmente he visto a alguno de ellos con un interés genuino por los problemas y las cosas de los presos. Muchos tomaron un especial interés por mí.

Al cabo de tres meses, mi sentencia de prisión se había cumplido. Algunas presas sintieron que me fuera, pero me dijeron

cuando me iba:

—No vuelvas, si puedes evitarlo.

«¡No vuelvas!» era la frase que mentalmente repetía mientras salía de la prisión.

Mis propios pasos me repetían el mensaje: «¡No vuelvas! ¡No vuelvas!»

Cuando estaba ya fuera, miré al monstruo gris de la prisión y me hice el firme propósito de no volver jamás, y nunca volví.

Salí para buscar una nueva vida, como me había propuesto, pero nunca la encontré. Una vez fuera de la prisión, no tenía idea de qué hacer ni adónde ir.

Mis buenas intenciones fueron lanzadas lejos de mí. Ahora comprendo que no se puede ir «solo por la vida», sin la mano amorosa de Cristo como guía; todo lo otro es volver a fracasar. Así me pasaba a mí, que no tenía entonces un Salvador amoroso que me ayudara.

Por fin decidí visitar a mis amigas del barrio del Soho y así lo hice. Al poco tiempo, Daring Diana estaba de nuevo en escena. Todavía peor, volvía a las drogas. Me dije a mí misma que controlaría la situación esta vez, pero volví al punto por el que había empezado. «Pequeña señora de la calle», me decían ya en la cara.

Era como jugar con fuego. Muchísimos jóvenes desencaminados piensan, como yo lo hice, que son más fuertes que las drogas, para encontrar después en su tristeza que estaban equivocados. Yo volvía a ser como un junquillo. El resbaladizo sendero estaba bajo mis pies de nuevo.

Durante este período de mi vida el Ejército de Salvación volvió a su trabajo en el Soho. Mandaron a jóvenes a realizar un trabajo práctico entre gente de gran necesidad. Yo era consciente de su presencia en todas las partes adonde iba. Como ellos hablaban sincera y honestamente del amor de Dios para todo el género humano, me paré a escuchar. Pero fue por poco tiempo.

¿No había oído yo todo esto en la escuela dominical? Era como si el pasado volviera a perseguirme. Por un lado, me disgustaba oír el mensaje de los salvacionistas; por otro, los envidiaba. Tenían cualidades que había deseado poseer y todos ellos parecían realmente muy felices.

«Eso no es para mí —pensaba—, es ya demasiado tarde.»

Algunas veces, después de mis representaciones en el club, me sentaba en la cama y estaba por un tiempo leyendo el himnario *Campanas de oro*.

*Dime la historia de Cristo,
Cuéntamela al corazón.
Y de su amor infinito
Dime la dulce canción.*

¡Qué sencillas eran esas palabras! Cerraba el himnario mientras me decía: «Esas palabras están bien para ellos». Recordaba sus rostros serios y agradables y me seguía diciendo: «Ellos nunca han llevado la clase de vida que yo llevo».

Puede parecer imposible que una chica de cabaret como yo, mujer de club y prostituta, estuviera leyendo himnos en las primeras horas de la mañana. Pero Dios mueve de una forma misteriosa los pasos de la vida.

Para ocultar mis verdaderos sentimientos y hacerme la simpática entre mis amigas, a menudo hacía burla del Ejército de Salvación.

—¡Ejército de Salvación, todo actividad! Allí va la hermana Ana llevando el estandarte.

Esta forma no les inmutaba a los del Ejército de Salvación. Es más, cuanto más me metía con ellos, más resueltos los notaba. Es posible que interiormente ellos supieran que esta chica había sido tocada de alguna manera por sus mensajes.

Pensando siempre en divertirme de alguna manera, mi amiga (trabajaba también en el club, y era, como yo, adicta a las drogas) y yo fuimos una noche al salón del Ejército de Salvación. Nos sentamos al fondo, riendo y hablando todo el tiempo. Uno de los oficiales nos invitó a pasar adelante y ponernos de rodillas para orar, mientras toda la congregación cantaba:

*Aunque te encuentres en oscuridad,
Podrás encontrar a Jesús.
De su comprensión hoy podrás gozar.
Aunque te encuentres en oscuridad,*

*Hoy le podrás encontrar.
En sus manos habrá marcas de clavos,
Marcas de clavos por amor de ti.*

Nosotras solíamos cantar eso en la escuela dominical. Todo aquello era demasiado para mí y traté de evitarlo; luché para apartarlo de mi mente. Mi amiga y yo habíamos entrado buscando otra clase de diversión, pero al final de la reunión tuve la impresión de que casi me encontré a Dios cara a cara.

Una mañana, muy temprano, sentí cómo me golpeaban cariñosamente en el hombro; yo me dirigía a casa después de mi trabajo en la noche en el club, cansada y muy deprimida, ya que las drogas estaban dejando de hacer efecto. Me volví para ver quién era y me tropecé con la cara tranquila de una chica del Ejército de Salvación.

—¡Déjame ya de una vez! —grité—. ¡Olvídate de mí y muérete!

La chica hizo como si no me hubiese oído.

—Jesús te ama y murió por ti.

—¡Mira —le grité—, te estoy diciendo que me dejes en paz!
¿Querrás hacerlo? ¡Piérdete de mi vista!

—Tú eres la que estás perdida —me dijo dulcemente.

Su mensaje tan sencillo me aguijoneó el corazón tan certamente como si fuera una flecha bien lanzada.

—¡Perdida! ¡Perdida! ¡Perdida!... —y desaparecí.

Corría calle abajo como un rayo, dejando a la chica del Ejército de Salvación en pie a la puerta del club. Yo sabía que ella tenía razón, estaba perdida en mi propia oscuridad, perdida en mi soledad.

Recordando aquella noche, me doy cuenta de la oportunidad tan maravillosa que se abrió ante mí, y yo la perdí.

Capítulo 11: El Imperio De Satanás

DOS CHICAS estaban de pie en la semioscuridad del club hablando en voz baja. ¿Qué tenían estas dos chicas que las hacía diferentes de las demás?

Lo había notado ya anteriormente. Siempre estaban juntas, no tenían amistad con nadie. Un lazo extraño las mantenía juntas. En efecto, nunca las vi separadas. Nadie parecía conocer mucho de ellas.

Sí, había algo distinto en ellas. La curiosidad, que fue siempre mi compañera, me incitó a investigar.

Como el club estaba siempre en penumbra, no me fue difícil colocarme detrás de ellas y escuchar su conversación. De pie, tras la puerta de su camerino, pude oír lo que ellas decían en voz baja.

Aunque pude enterarme de mucho, presté atención especial a una frase en la que mencionaron el templo de Satanás. Contuve mi respiración. No me era posible oír más, so pena de descubrir mi presencia.

Salí de mi escondite y dije con voz fuerte:

—¿Qué es todo eso del templo satanista?

Las dos chicas se quedaron cortadas.

—No podemos decirte nada sobre esto, es un secreto.

—Me lo imagino, pero me gustaría saber algo más.

Posiblemente pensaron que había oído la conversación entera; se miraron una a otra y me dijeron:

—Si prometes no decir jamás a nadie nada sobre esto...

—No diré ni una sola palabra, lo prometo.

—Nosotras somos satanistas y adoramos en el templo de Satanás.

—¿Puedo ir yo también?

Ellas se intercambiaron unas miradas y después contestaron afirmativamente.

—Estate fuera del club mañana a las seis y te llevaremos.

A la tarde siguiente estaba de pie ansiosa, en el lugar y a la hora prevista. A esa hora un elegante coche negro me recogió. Las dos chicas estaban sentadas en el asiento trasero. El conductor me mandó que subiera.

—Tendrás que vendarte los ojos, ya que ésta es la primera vez para ti. Nadie debe saber dónde está situado el templo.

No hice ninguna objeción. La verdad es que vendar los ojos sólo añadía excitación. Mi corazón latía fuertemente.

El viaje duró poco. Me condujeron a un piso alto y me desvendaron los ojos.

Lo que vi era muy misterioso.

Yo estaba en pie al fondo de un gran salón, en el que había aproximadamente unas quinientas personas. Enfrente había una plataforma cubierta de negro. En un trono que le servía de asiento se veía una figura sentada con una túnica y una capucha. Su ropaje estaba bordado con serpientes, dragones y llamas de fuego. Alrededor de él, y en semicírculo, estaban de pie trece personajes, vestidos también con túnicas negras.

Cuando vi aquello, mi primer impulso fue reírme, pero ante la expresión seria de la gente me contuve. Fue lo mejor que pude hacer, ya que de otra forma me hubiera metido en un compromiso. Las figuras que estaban alrededor eran los sacerdotes y sacerdotisas de la orden satanista.

Mi impulso siguiente fue escapar tan lejos como pudiera, pero una fuerza superior me tenía sujeta al asiento.

La ceremonia empezó. Sacerdotes y sacerdotisas cantaban un canto extraño, con un ritmo extraño, cuyo volumen aumentó más y

más al bajar de la plataforma la figura que estaba sentada en el trono central. Dos de los sacerdotes le quitaron el capuchón y todos hicieron una reverencia, adorándole postrados en el suelo. Yo estaba solamente de observadora, por lo que me quedé de pie.

—Ese es el Jefe Satanista —me dijo una de las chicas—, y tiene que ser obedecido en todo momento.

Me era imposible hablar, sólo contestaba con gestos.

—Es el representante de Satanás en la tierra —me dijo la otra con voz temblorosa y llena de temor reverente y miedo.

Poco me figuraba entonces que había entrado en la orden del satanismo más antigua del mundo.

—Mira y escucha con atención —dijo de nuevo la chica—; te iré explicando a medida que prosigue la ceremonia.

La congregación completa estaba cantando ahora oraciones al Jefe Satanista, con el mismo extraño ritmo. Los ojos de todos estaban fijos en él. Sacerdotes y sacerdotisas esperaron hasta que él besó los vasos, los cuchillos y el emblema de Satanás que habían sido tomados del altar mayor.

—Está dedicando el templo y los vasos a Satanás.

De repente las tenues luces fueron apagadas y, en su lugar, brillantes linternas se encendieron. Por primera vez vi la efigie de Satanás alrededor de las paredes. Parecía tomar vida a medida que la ceremonia continuaba.

Trajeron un gallo blanco, cuyo cuello fue cortado justamente en las escaleras que subían al trono. La sangre estaba por todas partes. Después el gallo fue ofrecido a Satanás como sacrificio con más cantos y oraciones. Todo se hacía en nombre de Satanás y los diablos, estando toda la gente muy excitada y con una seriedad que les confería un aspecto fantasmal.

Me sorprendió ver que el Jefe Satanista me miraba atentamente y de forma directa. Daba la impresión de que sus ojos estaban penetrando en el interior de mi ser. Yo temblaba.

La ceremonia completa duró dos horas, más o menos. Yo estaba aterrada; era una experiencia depravada.

El Jefe Satanista apareció en el fondo del salón con ropa de calle y se acercó a mí.

—¿Quieres unirme a nosotros? —me preguntó.

—No sé. Estoy temblando de miedo por todo lo que vi.

—No hay por qué tener miedo —dijo, sonriendo.

Yo no pude dejar de notar las miradas de interés que me dirigía.

—Espero verte de nuevo en la próxima reunión —dijo, y se fue.

—Está interesado en ti, Doreen —dijo una de las chicas.

—¿Sí? Me pregunto por qué.

Era algo extraño; me había visto y se había fijado en mí, que estaba entre quinientas personas. ¿Por qué?

Más tarde supe por qué. La búsqueda de miembros de talento y eficacia es llevada a cabo enérgicamente en esta secta. Quizá con mayor afán proselitista del que existe en las iglesias cristianas. Hay también peligro de que una persona que asiste a sus ceremonias como simple observador revele luego las prácticas de la secta, e incluso el lugar del templo, por lo que suele éste cambiarse de lugar. El secreto es una obligación de la secta.

Yo no estaba segura de si volvería allí alguna vez, hasta que un extraño poder me condujo a la reunión siguiente. Tenían que llevarme nuevamente, ya que no conocía el lugar donde se ubicaba el templo.

Presencié escenas que comprendían todas las formas del mal, mucho peores que las que había visto en la primera reunión. Me sorprendía la seriedad de todos los presentes. Aparentemente todos tenían verdadera fe en lo que practicaban. Al tiempo que la macabra reunión terminó, yo dejé también de sentir miedo.

Me sentí halagada cuando el Jefe Satanista me pidió que cenara con él. Me encontraba un poco nerviosa e intentó calmarme. No pasó mucho tiempo cuando me encontré contándole toda la historia de mi vida. No pareció sorprenderse cuando le dije que era una adicta a las drogas, prostituta y artista de *striptease*. Verdaderamente me daba la impresión de que sabía todo lo referente a mi vida. Posiblemente alguna de las chicas del club le había contado mi verdadera historia antes de que yo lo hiciera.

—Cualquier persona puede ser satanista —me dijo el jefe—. Desde los más altos a los más bajos, banqueros, tenderos, profesores, enfermeras, prostitutas, adictas a las drogas. No hay diferencia para nosotros; nuestro objetivo es promover el servicio y adoración de Satanás en la tierra cuando y como podamos.

Tenía una fuerte personalidad y una palabra altamente convincente, de forma que no tuvo mucho que argumentar para convencerme de la necesidad de hacerme satanista. Me iban enseñando que, a diferencia de la creencia de todas las personas, el mal no es malo, sino que las malas acciones son buenas. Poco a poco empecé a aceptarlo íntimamente.

Los satanistas retorcían todo, tergiversaban todo, aseguraban que una mentira era la verdad perfecta. Todo era muy confuso, pero incluso gente intelectual aceptaba esto. Al final yo era una persona que había pasado por un auténtico lavado de cerebro. Si les dicen a ustedes una y otra vez la misma cosa, de forma insistente, terminarán por creerla, no importa la estupidez que sea.

Mi amistad con el Jefe Satanista creció. Ya podía acudir a todas las reuniones del templo sin taparme los ojos; conocía perfectamente el lugar y no había secretos para mí. Poco a poco llegué a convertirme en una vehemente seguidora de Satanás.

El llegar a este paso no es cosa fácil, ya que tuve que aceptar y aprenderme las normas del satanismo y creer firmemente en ellas. Estas eran las reglas que tuve que aceptar y aprender:

1. El secreto es la clave para todos los satanistas. Nunca pueden revelar en dónde se encuentran los templos a un extraño, ni decir jamás a nadie lo que se hace dentro de ellos.

2. Las relaciones con el Jefe Satanista se han de basar en el amor, honor y obediencia estricta, como a quien es el representante de Satanás en la tierra. Los satanistas deben seguir a Satanás todos los días de su vida y no servir a nadie más que a él.

3. Los satanistas nunca deben entrar en una iglesia cristiana, a menos que sean enviados por el Jefe Satanista para espiar. Todas las ideas nuevas o cualquier acontecimiento que surja en la vida de un satanista ha de ser contado al Jefe Satanista en el templo de Satanás.

4. Los satanistas no leerán jamás la Santa Biblia para su edificación, sino para buscar cómo destruirla.

5. Las Sagradas Escrituras deben ser mofadas y escarnecidas, siendo quemadas en el templo satanista, así como los himnarios y libros de oraciones; cualquier literatura cristiana ha de desaparecer. Sólo deben ser conservados cuidadosamente los escritos de los

antiguos satanistas. Revelaciones del Infierno, demonios y dioses, se leen en el ritual de adoración de los templos satanistas.

6. Nadie debe llegar tarde al templo. A los que lleguen tarde se les impondrá el castigo de azotes, que será aplicado por el Jefe Satanista en presencia de toda la congregación.

7. Lucifer ha de ser estimado con todas las fuerzas y en todas las circunstancias, incluso en el trabajo y en la vida privada. Lucifer lo ve, ya que él está con los satanistas siempre y tiene que ser obedecido. La mentira, engaño, juramentos falsos, codicia, libertinaje e incluso el asesinato, no son condenables.

8. La oración a Lucifer debe ser diaria.

Hay muchas más normas, aunque éstas son las principales y todos aquellos que no las obedezcan serán azotados como castigo delante de todos los satanistas en el templo. Los azotes son dados personalmente por el mismo jefe.

Pronto aprendí las normas. Por otro lado, las creía firmemente.

El Jefe Satanista era ahora un asiduo visitante al club en que yo trabajaba. Me había convertido en su amante. Me traía el suministro de heroína sin tener que pagar nada por ella.

—Es un regalo —me decía cada vez que me la daba.

Mi necesidad por las drogas, un auténtico billete de primera clase para el infierno, la prostitución y los demás vicios que tenía, no podían compararse en intensidad con la práctica de la adoración a Satanás. Todo parecía descolorido al compararlo con ella.

Nunca pregunté la procedencia de las drogas. Aunque era su amante, seguía practicando la prostitución, y esto no le importaba al Jefe Satanista. El creía que cuanto más pecado pudiera acumular sobre las personas en la tierra, mayor sería su recompensa en el infierno. Aseguraba que allí sería el jefe de una legión de demonios, así que cuanto mayor mal pudiera hacer, mejor para él.

Un día me dijo:

—Ya estás en condiciones de dedicar todo tu tiempo al servicio de Satanás.

La ceremonia de consagración sería larga y complicada. El templo acogería a unos ochocientos satanistas que llegaron para esto de varias partes de Inglaterra, todos puntuales, ya que ningún satanista llega tarde jamás al templo.

Me vistieron con una túnica negra y floja, mientras se cantaban himnos y se hacían oraciones en las que se aludía al gran día de la oscuridad, muerte y misterio. Las antorchas enviaban luces llameantes y sombras que recorrían las paredes y el techo. Los vasos de plata del altar mayor fueron dedicados uno por uno y besados también cada uno de los cuchillos.

El Jefe Satanista se levantó de su trono y alzó las manos, momento en el que todos caímos de rodillas y le adoramos. Dos sacerdotes aparecieron tras las cortinas del fondo de la plataforma, portando en sus manos el gallo ritual blanco. Su pescuezo fue abierto en canal y su sangre se recogió en una taza de plata. Siguieron más cánticos y oraciones a Satanás. El aire estaba impregnado de maldad.

El Jefe Satanista se acercó a mí y efectuó una incisión en mi brazo izquierdo. La sangre de mi brazo se unió a la que estaba en la copa, vertida por el gallo blanco. Entonces yo bebí una poca de esta mezcla de sangres, haciendo mis votos a Satanás.

Después metí mi dedo en la copa y con la sangre firmé un pacto en el que daba mi alma a Satanás para ser su esclava para siempre. Ya era, así, una verdadera satanista, y todos se regocijaron de que una nueva hija de Satanás hubiera nacido.

La gente se volvió como histérica, dedicándose a todo tipo de perversidades, hasta bien entrada la noche.

Para mi sorpresa, fui encumbrada al puesto de Alta Sacerdotisa de Satanás. Yo quise oponerme, alegando que no estaba preparada para ocupar un lugar de tan alto honor, pero el Jefe Satanista dijo que era una orden del mismo Lucifer y que tenía que ser obedecida.

Desde este lugar podría servir mejor a mi maestro. Se me especializó para sostener los vasos sagrados y esperar así durante las ceremonias en el altar mayor. Se me conocía como la gran sacerdotisa Diana. Me sentía muy importante.

Como consecuencia de una conversación en el club, me había convertido en una líder del satanismo, y Satanás era mi verdadero maestro. En alguna ocasión pude oír su voz de forma audible, e incluso ver su figura delante de mí.

En más de una ocasión Satanás se hizo visible en una forma negra, delante de todos los satanistas en el templo. Nadie dudaba

que era él; oíamos su voz hablándonos a la congregación entera.

Sabíamos que era él quien estaba diciendo:

—Yo soy Lucifer, vuestro maestro. Os estoy hablando con mis propios labios. Obedeced mi voz, hijos míos. Haced todo el mal que queráis. No tengáis nunca miedo. Yo os protegeré en todo momento. Gozaos en vuestra libertad y desenfreno esta noche. Es agradable a mis ojos.

Obedecimos todos sin preguntar.

Antiguamente, uno o dos jefes tenían poder para hacer operaciones en ellos mismos y en los otros, sin usar anestésicos, y no quedaba cicatriz donde se hacía la incisión.

El poder para entrar en trance profundo se practica todavía hoy. Yo también podía entrar en trance y contemplar la actividad poderosa que se desarrolla en la esfera diabólica. La percepción extrasensorial era uno de mis poderes. Podía leer la mente de las personas con facilidad y saber lo que querían decir o hacer.

Los lectores se preguntarán si es realmente posible que una persona tan metida en el mundo diabólico, tan sumida en el mal, pueda ser alcanzada, salvada y cambiada por el Señor Jesucristo; ya lo creo que sí es posible; ésta es mi experiencia. La Biblia dice que Jesús murió por todo el mundo para salvar al perdido. El murió también para alcanzar y salvar a los satanistas.

Tiempo iba a llegar en que yo dejaría de servir a estos maestros, para servir al más grande de todos. Pero este tiempo no había llegado aún.

Capítulo 12: Reina De Las Brujas Negras

A MEDIDA que los meses pasaban, mi conocimiento en el reino del mal aumentaba. La práctica de la adoración diabólica y mi papel como gran sacerdotisa, eran las cosas más importantes de mi vida. La verdad es que no pensaba en mucho más.

Aun fuera del templo, la presencia de Satanás era muy real. Era como si una mano invisible me empujara más y más al interior de los antros de oscuridad; por ejemplo, ahora necesitaba muchas menos horas de sueño, pero mi vitalidad había aumentado pese al poco descanso. Yo era una esclava de Satanás y mantenía mis votos firmemente.

De todas formas, aún conservaba mi himnario *Campanas de oro*. Según todas las normas satanistas, yo debía haber destruido ese libro hacía ya mucho tiempo, pero no pude hacer tal cosa; era un regalo que conservaba desde mi niñez.

Desde hacía ya mucho tiempo no había vuelto a leer ninguno de los himnos, casi me había olvidado que poseía el libro, pues lo tenía cuidadosamente escondido de la vista. Muchas personas venían a mi dormitorio; el Jefe Satanista estaba, desde luego, en él siempre que podía.

Un día estaba tomando una copa con mi amante y maestro cuando éste quiso impresionarme.

—Soy un brujo negro, Diana, y practico la magia negra.

Casi me atraganté con la bebida, y después rompí a reír.

—No tiene gracia —dijo, con sus ojos chispeantes puestos en mí.

—Lo siento, me pareció gracioso —dije, riendo.

Mi idea de una bruja era la de una mujer con nariz aguileña, montada en una escoba, reflejada contra la cara luminosa de la luna. Pronto descubrí que nada podía estar más lejos de la realidad.

La brujería llamada negra no está muy lejos del satanismo. La principal diferencia entre las dos es que los satanistas adoran al demonio en el templo de Satanás, mientras que las brujas acuden a reuniones de trece brujas en la que una de ellas es el jefe. No necesitan templo.

La brujería puede practicarse en cualquier sitio, pero preferiblemente se practica en un sitio tranquilo, remoto, tal como una casa desierta, una playa solitaria o un monte. La hora preferida para la brujería es también la de la medianoche y sus actividades se llevan a cabo bajo la luz de la luna. «Hechicera» es el nombre correcto para una persona normalmente llamada bruja.

Las brujas negras tienen un gran poder y no se las debe tomar a la ligera. Pueden llamar a los poderes de las tinieblas para que vengan en su ayuda.

A menudo, abren tumbas recientes, desenterrando a los cadáveres para ofrecerlos como un sacrificio a Satanás. Siempre que pueden, entran en las iglesias para destruir y quemar los libros de culto, especialmente las Biblias y libros de oraciones. En cualquier parte que el suelo de un cementerio es profanado, un emblema de la brujería es dejado allí: la sangre de la cabra es rociada sobre las lápidas de los sepulcros.

Para ellas no existe nada sagrado y no se detienen ante nada para conseguir sus objetivos. ¡Nada las detiene!

Las brujas negras tienen poder para maldecir a las personas y sus maldiciones se cumplen. Se conoce gente que murió a consecuencia de las maldiciones o del maleficio de una bruja negra. Los ritos de desnudismo es otra de las actividades normales de la brujería negra.

Todo esto puede parecer algo inadmisibles y como un poco de leyenda para los lectores que no conocen personalmente o no han

estado en contacto con la brujería, así que vale la pena explicarlo. Las brujas negras y los satanistas creen que, en la última batalla entre el mal y el bien, el mal triunfará sobre el bien. Creen que un día Lucifer triunfará sobre Cristo y recuperará lo que ellos llaman su lugar justo. Afirman que entonces Satanás regirá sobre el mar, los cielos y la tierra.

El infierno, para una bruja de la clase negra, no es un lugar de tormento, sino de placer ilimitado, colmado de toda clase de placeres lujuriosos.

Cuanto mayor sea el mal, cuanto más se peque, mejor será la recompensa para una bruja negra y satanista.

Sepan bien esto: Aquellos que caminan hacia abajo en la calle oscura de la brujería, pierden su razón y a menudo se vuelven locos de remate. Al bien se le llama el mal, las mentes se oprimen y retuercen.

La larga discusión con el Jefe Satanista sobre la brujería terminó.

—Serás una buena bruja, Diana; tú tienes un gran poder natural.

Yo había conocido y sentido ese poder y sabía que no era un poder natural, sino algo sobrenatural que obraba en mí. No había nacido con él. Ese poder no era mío, era de Satanás que estaba en mí.

Me sorprendieron las palabras del Jefe Satanista. Sus ojos chispeaban mientras hablaba y casi me hipnotizaban. Su cara brillaba con una luminosidad extraña, aterradora, que no había visto nunca antes en él. Durante un instante pensé en escapar, pero poco a poco me fui serenando y acepté acompañarlo a las reuniones de brujería.

«No puede ser peor que el satanismo», pensé.

Siempre obedecía a mi maestro, el Jefe Satanista y, naturalmente, me convertí en una bruja. Mi consagración como tal se llevó a cabo untando mi cuerpo totalmente desnudo con sangre de cabra. Las cosas que siguieron luego son demasiado terribles y pecaminosas para contarlas o simplemente traerlas al pensamiento.

Todas las reuniones incluían escenas de actos sexuales degradantes y degenerados; estos juegos sexuales son parte importante

en la brujería y sus prácticas. Muchas brujas negras eran lesbianas u homosexuales.

El sadismo era practicado corrientemente. Algunos incluso se cortaban a sí mismos con cuchillos sin sentir dolor. Otros tomaban venenos y no sufrían daño alguno.

Imagínense a más de cien brujas tomando parte en todas estas perversidades al mismo tiempo; pues esto sucede aún hoy.

Mis poderes como bruja negra eran muy grandes y yo les añadía las maldades que iba aprendiendo diariamente. Mi poder para elevarme cuatro o cinco pies del suelo era normal. No había ningún engaño en esto; los demonios me ayudaban para poder hacerlo.

Matar los pájaros al vuelo, después de que hubieran sido puestos en libertad de una jaula, era otro de los actos que yo podía realizar como bruja. Podía hacer que las cosas aparecieran y desaparecieran.

Tomaba parte en todo lo que podía hacer una bruja negra, sin dejar nada atrás. Practicaba yo más mal en una semana que el que hubieran hecho muchos en toda su vida.

No me sorprendió cuando el Jefe Satanista me dijo que avanzaba mucho en la brujería.

—Deberías ser un día la reina de las brujas, Diana.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, presentaré tu nombre para ese puesto, pero sigue practicando con tus poderes, para que estés bien preparada en la prueba que sufrirás.

El test de poder al que se refería el Jefe Satanista se iba a celebrar en Dartmoor, en Devon, centro de dos grandes y activos grupos de brujas. Sin ser acompañada de mi maestro, cosa poco corriente, exhibí mis poderes de forma realmente notable una noche a la luz de la luna; con ello me confirmaba prácticamente como la reina de las brujas y señalaba el conflicto entre el bien y el mal.

Fue a medianoche, una noche brillante, sin nubes, excelente para practicar la brujería. Las componentes del grupo de brujas, totalmente desnudas, estaban efectuando sus ritos. Yo estaba entre ellas. De repente vi a tres hombres aproximarse por la cima de la colina. Aunque aquellos intrusos no nos habían visto aún, de seguro

nos descubrirían inmediatamente, ya que ni siquiera había árboles o rocas donde ocultarnos.

—¿Qué haremos? —preguntaron las brujas, ansiosas—. No tenemos dónde escondernos.

—No os preocupéis —dije yo—, puedo hacerme invisible.

—¿Y nosotras?

—Si os ponéis en mis manos, también os haré invisibles.

No había tiempo que perder. Rápidamente las otras hicieron lo que yo les dije. Nos quedamos de pie, formando un círculo perfecto y extendimos las manos hasta que se tocaron.

Llamé a los poderes de la oscuridad, invocando desde los demonios hasta al mismo Satanás. En unos segundos un torbellino de niebla verdosa nos envolvió. Casi no podíamos vernos unas a otras cuando los tres hombres pasaron a nuestro lado. Pude fácilmente haber estirado mi brazo y haberlos tocado; aún más, uno de ellos pasó por debajo de nuestros brazos extendidos y por en medio del círculo que formábamos. Mis poderes habían funcionado.

Lo que estoy contando es totalmente cierto. Todo el grupo de brujas nos hicimos perfectamente invisibles a los tres hombres, quienes ni siquiera se dieron cuenta de la niebla verdosa que nos envolvió. No habían visto nada.

—Vámonos a casa —oí decir a uno de ellos—. Aquí no hay brujas, estamos perdiendo el tiempo.

Cuando se marcharon los tres intrusos la niebla desapareció lentamente.

La presencia de aquellos tres hombres quedó explicada cuando leí las páginas centrales del diario al día siguiente. Un artículo se titulaba: *No hay brujas en Dartmoor*. Relataba que un predicador local había llevado a dos periodistas a Dartmoor la noche anterior para investigar un rumor que decía que las brujas se presentarían allí.

La búsqueda había resultado infructuosa en todos los conceptos. Sin embargo, el predicador no quedó convencido de que las brujas no habían estado en esa zona. Desde luego tenía razón. Había estado, sin saberlo, a unas pulgadas de ellas.

Todas nos divertimos muchísimo. La historia se fue contando en otras reuniones de brujas y mi fama saltó al extranjero. Algunos

pueden pensar que es extraño que Jesús no permitiese al predicador ver a las brujas. Sin hacer preguntas o indagar sobre la voluntad del Señor, podemos estar seguros de que Él tenía su propósito al no permitir que su siervo nos viera. También le protegió, ya que yo intenté echarle un maleficio que no fue cumplido. Me di cuenta entonces de que había una barrera entre mi poder y el predicador, infranqueable para mí, que no le afectaba con mis maldiciones. Era un hombre de gran fe y valor.

Me extrañaba; mis poderes no habían fallado nunca anteriormente. Empecé a preocuparme, ya que me di cuenta de que un poder mayor que el de Satanás estaba protegiendo a ese hombre. El alto poder del Señor Jesucristo, el vencedor de la muerte, del infierno y de Satanás, en un lugar llamado Calvario.

Aunque el acontecimiento de Dartmoor nos enseñó en primer lugar el poder de la brujería y de Satanás, la lección fue mucho mayor, al revelarnos un poder infinitamente superior: el poder de Cristo.

El escenario para la elección de la nueva Reina de las Brujas se había preparado con detalle. Brujas negras de todas las partes de Inglaterra, juntamente con algunas de Holanda, Alemania y Francia, se reunieron para esta ocasión. Llegaron antes de la consagración, cuando había una gran actividad en Dartmoor. La afluencia de visitantes en Plymouth incluyó, por supuesto, a muchas brujas negras.

Llegaban en coches elegantes y no en escobas voladoras, reservaban hoteles de lujo y daban la impresión de ser importantes hombres de negocios acompañados de sus mujeres; algunos sí que lo eran en realidad. Esta era la nueva forma de brujería, próspera, respetable, como un disfraz que ocultaba bajo él las más tremendas formas del mal.

Tomando algunas drogas antes de la ceremonia mis nervios se templaron para afrontar la misma.

Esta comenzó con cantos a los dioses antiguos y a los demonios. Por razones obvias la diosa de la luna, Diana, era mi favorita.

Después de las ceremonias rituales empezó el gran test de poder. Siete brujas, incluida yo misma, iban a competir por el título de Reina Universal de las Brujas. El éxito no sería conseguido

fácilmente, ya que todas ellas tenían unos grandes poderes personales.

Un pájaro fue puesto en libertad; inmediatamente lo maté mientras volaba. Eran cosas que había hecho antes, pero ninguna de las otras lo consiguió. Otras demostraciones sobrenaturales fueron hechas aquella noche en Dartmoor, pero iba a terminar con la prueba más tremenda: caminar por el fuego.

Esta prueba consistía en caminar a través de una gran hoguera, noten bien esto; no era un simple círculo de fuego, era una gran llamarada avivada intensamente. La candidata que venciera, encontraría a Lucifer en el fuego, en el centro de las llamas, y Lucifer sería visto por la asamblea presente, mientras tomaba de la mano a la bruja elegida y la conducía a través de las llamas de forma que saliera totalmente ilesa.

Caminé confiadamente al interior de las llamas, que alcanzaban siete pies de altura, o tal vez algo más, mientras llamaba todo el tiempo a mi maestro el Diablo. De repente le vi materializarse delante de mí, una gran figura negra. Tomé su mano y caminé con él hasta el centro de la gran hoguera. Allí me paré, las grandes llamas ardían a mi alrededor.

Solamente cuando salí por la otra parte de la hoguera mi maestro el Diablo desapareció. Ni tan sólo el olor a fuego había quedado en mi túnica floja, de bruja; mi pelo, largo y suelto, no había sido quemado en absoluto.

Todo el mundo se postró en el suelo, mientras se elevaba un tremendo grito de la garganta de más de mil brujas:

—¡Salve, Diana, Reina de las Brujas Negras!

Una corona de oro puro fue colocada en mi cabeza, y un hermoso manto bordado en oro fue puesto sobre mis hombros, mientras mi mano izquierda sujetaba fuertemente un cetro del mismo metal. Me senté en el trono preparado al efecto para la ceremonia. Estos y otros objetos, todos de gran valor, se guardaban celosamente para ser transferidos de una reina a otra.

Siguieron otras celebraciones salvajes y frenéticas: bailes desnudos, placeres sensuales y drogas, juntamente con bebida hasta la borrachera. Diana, la nueva reina, era sin duda el centro de toda la atención de aquella noche. Mi maestro y amante, el Jefe

Satanista, me miraba con ojos orgullosos; después de todo, yo era su protegida, él me había enseñado.

Cualquier persona que se hubiera aventurado a entrar en el páramo aquella noche, habría podido darse cuenta de que algo raro estaba ocurriendo. Las llamas inmensas de la hoguera tenían que verse a mucha distancia, pero esta reunión no fue interrumpida por nadie. Quizás hubo alguien que pudo percatarse de que algo malo se estaba haciendo, pero se mantuvo a distancia. Yo no lo culpo.

Uno podrá reírse de las leyendas de brujería cuando las experiencias y pruebas del mal no están al alcance de la mano, o bien no pudo ser testigo de sus rituales. Si alguien hubiera presenciado lo que pasó en el páramo aquella noche, no volvería a reírse jamás de las brujas negras.

Yo sé ciertamente que la brujería es algo real y tremendo. ¿Acaso no tendré razón para asegurarlo yo, que había llegado a la cumbre más alta de la brujería negra, yo que fui la Reina de las Brujas?

Capítulo 13: Sin Salida

«**R**EINA de las Brujas Negras.» Era un título muy estimado, me situaba en una alta posición de gran importancia. Fui envidiada no poco por otras muchas brujas que tenían un gran poder. Este título me permitió ir a estudiar, trabajar y viajar.

Viajé con un gran lujo, acompañada del Jefe Satanista, que también era un brujo negro. Holanda, Alemania y Francia fueron algunos de los países que visité. Brujas extranjeras nos agasajaban, como dos honorables invitados, con la más alta consideración, opulentamente. Solamente parábamos en los mejores hoteles o en mansiones situadas en zonas maravillosas, que eran, desde luego, propiedad de otras brujas.

Los viajes podían muy bien llamarse excursiones de pecado.

No había barreras idiomáticas; cuando me encontraba con esta dificultad, llamaba en mi ayuda a Lucifer y no pasaba mucho tiempo sin que pudiera entender perfectamente la lengua y expresarme en ella fluidamente. El viejo refrán «El demonio cuida bien de lo suyo», fue muy real en mi vida, sobre todo cuando le convenía ayudar a un instrumento del mal como yo era.

Sostuvimos amplias discusiones sobre cómo incrementar el número de practicantes de la brujería. Muchas personas, especialmente jóvenes, estaban empezando a interesarse por el ocultismo. Era importante dar un nuevo aspecto o perspectiva a la brujería, mejor dicho, dotarla de una nueva imagen; por ello nos propusimos actuar de esta forma:

No asustar nunca a nadie. Ofrecer un nuevo panorama de misterio y placer a los que se interesasen, con nuevas formas de excitación. Hacer menos siniestra la práctica de la brujería, hasta llegar a una práctica como de aventura natural e inocente. (Todo el mundo es atraído por la aventura y el misterio.) Encubrir el mal con envoltura de piedad.

Si el mal había de conquistar al mundo, necesitábamos de nuevos soldados. El tiempo era corto. Era preciso atrapar con engaños a la gente. Una vez que estuvieran involucrados en la brujería, entonces ya no habría forma de salir para ellos. Aun cuando lo desearan, el miedo podría retener a muchos en su deseo de dejarla. No había salida.

Las brujas éramos muy constantes en nuestra fe, de manera que estas reuniones se prolongaban por horas y horas. No escatimábamos el tiempo. En mi apretado programa en el extranjero, había siempre alguna experiencia de poder compartida, demostraciones de poderes ocultos y visitas a reuniones de brujas.

Cuando volví a Inglaterra mi actividad principal se centraba en asistir a reuniones de brujas. Muchas nuevas se estaban levantando y era preciso darles ánimos, demostrando la importancia que tenían como nuevos miembros. Las brujas blancas estaban engrosando sus filas y nosotros teníamos que hacer lo mismo. Nunca mencionábamos el sacrificio y la sangre, porque podría haber asustado a los nuevos miembros.

Las brujas blancas unieron sus filas a las nuestras y también aprendimos cosas de ellas. Debo decir que, aunque las brujas blancas piden que no se haga daño a nadie, conocí a alguna que sí lo hacía. Las prácticas de brujería seguidas por nosotras fueron adoptadas por las brujas blancas. Estas usaban un muñeco, hecho de arcilla, con la imagen de la persona a la que se quería hacer algún daño. Ponen en ella un alfiler para sellar los labios de la persona representada. Atan un cordel en la pierna de la imagen, para producir dolor en ese miembro de la persona. Cuando alguien queda mudo o comienza a padecer fuertes dolores en alguna parte de su cuerpo, o sufre tanto que no puede andar, ha sido alcanzado por el maleficio.

Fui reina de las brujas negras durante un año entero. Después dejé gustosamente mi sitio para que alguien más joven tomara el título, si bien habría podido retenerlo si hubiera querido. Tan pronto como dejé mi título, el Jefe Satanista dejó de ser mi amante para serlo de la nueva reina. Al principio me sentí herida, pero, después de todo, él era el Jefe Satanista y nadie podía pedirle explicaciones. Lo mejor era aceptarlo y vivir en paz.

Dejé Londres y me fui de la ciudad a un pueblo durante algún tiempo. Ahora visitaba Londres para conseguir mis drogas en el templo de Satanás. La vida era un poco menos febril, pero seguía siendo tan oscura como una sepultura. Si mi dinero disminuía, podía volver a practicar la prostitución. Como reina de las brujas, había vivido una vida de lujos y había sido algo más que una simple joven de la vida.

Posiblemente, mi mayor habilidad era el poder que tenía para engañar a los demás. Nadie sino los satanistas sabían de mis actividades por las tardes al oscurecer, ni tan siquiera el hombre con el que vivía.

Yo me las arreglaba para salir de cualquier cosa con la mentira, y nadie ponía en duda mis palabras. Era tal el efecto que llegó a producirme la costumbre de mentir, que incluso yo misma pensaba que nadie podría creerme si dijera la verdad. Mis mentiras se aceptaban con mucha mayor facilidad.

Aquellos fueron años de desasosiego para mí. Tenía un miedo tremendo, miedo a envejecer y miedo a morir. A medida que el miedo crecía, había preguntas que venían a mi mente: ¿Era el infierno ese lugar maravilloso en el que me habían hecho creer? ¿No sería todo lo contrario? Si era así, ¿entonces, qué?

Como las dudas persistían, intenté romper con la brujería y el satanismo. Tendría que tener mucho cuidado, ir dejándolo poco a poco sin que lo notasen, porque nadie deja la brujería negra. Por lo menos, valía la pena intentarlo.

Mientras estaba en las reuniones de brujas empecé a creer que lo que hacía no era ya tan bueno para mí. El miedo y la incertidumbre me asaltaban en esos momentos. En esa confusión, me sentía atrapada en un largo y oscuro túnel. Ningún resplandor, ninguna débil o tenue luz podía ver.

En estos momentos de duda y confusión decidí visitar algunas iglesias cristianas, sólo para ver si ellas podían darme la respuesta. No quiero decir que fueran frecuentes estas visitas, lejos estaba de mí tal cosa, pero el hecho es que de todas formas fui, y eso era algo que una bruja negra no podía hacer de ninguna manera. El miedo a ser encontrada en una de estas visitas me atormentaba; constantemente me volvía a ver si me seguían, y miraba antes por encima del hombro a ver si había alguien.

«¿De qué me sirve? —pensaba—. He vendido mi alma a Satanás con mi propia sangre.»

¿Por qué tenía dudas de mi brujería? ¿Era porque no estaba en constante compañía con las demás brujas, viéndolas solamente una o dos veces por semana? ¿No sería que el Señor Jesucristo estaba causando serias dudas sobre mi brujería? Estoy segura de que era esto último.

El amado Salvador miraba hacia abajo a esta cautiva hija de la oscuridad con grande y tierna compasión. Un eslabón de la cadena que me ataba tan fuertemente estaba ahora cediendo, a punto de romperse.

Por fin decidí cambiarme a Bristol. Debido a su puerto, fue muy fácil conseguir mis drogas, después de una pequeña ayuda desde Londres, que me permitió hacer los contactos precisos. De nuevo en Bristol, Daring Diana volvía a su negocio de prostitución, preparada como siempre con una sonrisa y una canción.

Era muy conocida entre las chicas de la calle, especialmente en las zonas semioscuras de San Pablo, donde vivía. Poco podían los demás percatarse de mis sentimientos de soledad e incertidumbre.

La brujería negra se practica mucho en la parte oeste del país y no tardé mucho tiempo en encontrar las reuniones de las brujas. Algunas de ellas se acordaban de mí, ya que habían estado en Dartmoor el día de mi proclamación cuando fui coronada su reina. Me pusieron al cargo de dos congregaciones de brujas en Bristol.

Las dudas persistían. Mi vida continuaba de la misma sórdida forma. Había rechazado definitivamente la idea de salir de la brujería. Sabía que era inútil intentarlo. No hay salida.

Bristol es una ciudad de iglesias, como descubrí. Parecía como si hubiera una en cada esquina. Visité algunas, pero mis visitas eran

extremadamente cortas. La verdad es que nunca asistía a un servicio completo. No puedo recordar lo que se hacía o decía allí.

En mis idas y venidas dejé de buscar la verdad. En lugar de eso me volví contra todas las iglesias, como hacen los satanistas, empezando a considerar a las gentes que se congregaban como un grupo de hipócritas. En este punto, la simple vista de una iglesia cristiana me ponía furiosa.

Me fijé en el nombre del predicador que se anunciaba en la puerta de una de las iglesias. ¿No era el mismo predicador que en Dartmoor había intentado descubrir a las brujas para denunciar su presencia? Yo le había maldecido en aquella ocasión, pero mis maleficios no surtieron efecto. Ahora, él mismo venía a Bristol.

Me di prisa, era realmente un misterio. Por mucho que lo intentaba, ya no podía olvidar su nombre. Dios seguía moviéndose por senderos misteriosos para conmigo.

Una tarde de verano salí en la forma de costumbre, acompañada por otras dos amigas mías, también prostitutas. De repente me paré ante la vista de otro anuncio en la parte exterior de una iglesia; anunciaba en grandes letras de imprenta:

«Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.»

El texto me afectó extrañamente. Fue la palabra *limpio* la que parecía ponerme fuera de su alcance. El enfado y el resentimiento me invadieron.

«Yo no soy pura, de forma que nunca veré a Dios, si es que hay Dios.»

De que hubiera Dios no me encontraba muy segura.

Llena de ira me dirigí velozmente al tablero y, tomando el texto, lo arranqué con fuerza, pensando que se rompería inmediatamente, pero no fue así; se soltó entero, e intacto quedó en mis manos. Lo tiré rápidamente y me fui.

—¡Atajo de hipócritas! —dije.

—¡Bien, vieja Diana! —exclamaron las chicas—. ¡Vuelves a estar en forma!

Ellas se estaban divirtiendo mucho, pero yo no sólo no me divertía, sino que estaba furiosa. La verdad es que la conciencia me estaba remordiendo, Dios estaba cercándome.

Este incidente era un paso en el camino que seguiría, aunque, como se puede comprender, yo no lo entendía así.

Unos meses después me encontraba paseando por el centro de Bristol. Era un domingo por la mañana, una extraña hora para que yo estuviera en la calle; como siempre, me acompañaban las de mi propia clase, vagando sin rumbo por las calles.

Me fijé en muchos carteles que estaban situados estratégicamente, carteles poco comunes.

«Vengan a oír a Eric Hutchings en la gran capilla de Colston», leí en uno; «Miles lo escuchan. Venga a oírlo usted también», decía otro.

Los carteles no decían quién era Eric Hutchings o por qué venía a Bristol. Sólo había una fotografía suya.

A primera vista me parecía un atleta profesional. Me llamó la atención y me dirigí, juntamente con mis amigas, a la oficina de información.

—¿Quién es Eric Hutchings? —le pregunté a la mujer que estaba tras el mostrador.

—No tengo la más remota idea —contestó.

—Alguien debe saberlo —insistí, explicando que lo había visto en el cartel.

—Creo que es algún tipo de evangelista o predicador —terció una tercera persona.

Casi me desmayo; no podía escapar de ellos.

—Como si no hubiera predicadores suficientes en Bristol, que tengan que traer a otro —dije.

Estaba enfadada y levanté la voz en señal de protesta. Tenía un aspecto autoritario que sorprendió a las chicas, sobre todo por mi explosión, pero también las divertía.

—Vamos, niñas, salgamos de aquí.

Ellas me siguieron, muertas de risa.

Como estaba pendiente de lo que pudieran pensar mis divertidas amigas, me dediqué a arrancar cuantos carteles pude. Estaba llevando a cabo una auténtica campaña de limpieza de carteles de Eric Hutchings.

—¿Se han vuelto locos todos en esta ciudad de tantas iglesias? ¿Les ha dado a todos la manía de la religión? —decía yo.

Para mi mayor sorpresa, algunos días después fueron colocados todavía un mayor número de carteles. Daba la impresión de que por cada uno que había quitado se habían colocado seis. Me puse nuevamente furiosa, pero cambié de táctica.

En lugar de arrancar los carteles me dediqué a pintarle una enorme barba y un gran bigote, para regocijo de mis amigas.

Billy Graham era noticia al mismo tiempo. Por consiguiente, los llamaba en esos días a los dos predicadores un par de hipócritas del bien hacer. Cada vez sorprendía más a mis amigas con mi sañudo comportamiento.

—¿Por qué haces todo esto, Diana? Ellos no te han hecho ningún daño.

—Tampoco me han hecho ningún bien —les contesté en un arranque de furia.

Sinceramente, mi corazón estaba lleno de odio hacia cualquier cosa cristiana.

Lucifer, mi amo y maestro, no estaba en absoluto contento de que la antigua historia del Evangelio fuera predicada en Bristol. Se planeaba celebrar una campaña, no en una iglesia, sino en un gran salón en el centro de Bristol.

Ya les he relatado cómo fui atrapada en mi vida por los lazos del mal, y no había salida para mí. Ahora iba a oír el único camino de salida: a través del amor y de la obra del Señor Jesús.

Sin presentir lo que tenía por delante, continué en mi vergonzoso camino, cuyo sistema era la única forma de vida que conocía.

Capítulo 14: El Primer Paso A La Libertad

ERA UNA hermosa tarde de verano en junio de 1964. Habían pasado tres semanas desde que yo me había dedicado a arrancar los carteles que anunciaban la llegada de Eric Hutchings. Ya me había olvidado completamente de él. Era sábado, y yo tenía en mi mente la tarea que, como prostituta, tenía que realizar aquel día.

Daring Diana, vestida de acuerdo con su profesión, estaba esperando por algún cliente. Me iba inquietando más a medida que transcurría el tiempo, ya que la persona que confiaba encontrar no venía. Cada vez consumía más drogas, y me había dedicado a la bebida.

Cuando ya iba a marcharme del lugar me sorprendió ver una gran cantidad de personas que seguían todos la misma dirección. Curiosa como de costumbre, me preguntaba qué hacía tanta gente en el centro de Bristol tan temprano. Entonces vi que algunos llevaban en su mano la Biblia.

—Ahí van los hipócritas religiosos a la conferencia de Hutchings —murmuré.

Seguí los pasos detrás de un pequeño grupo. Me paré junto al gran salón de Colston, pero no por mucho tiempo.

«Le demostraré lo que creo de él y de su reunión», me dije.

No estaba de muy buen humor. Deseaba tener a mi lado alguna de mis amigas, para que me ayudaran. Me abrí camino entre la gran multitud a la puerta del salón. Tenía en mi mente un solo propósito: desbaratar a Eric, darle en las narices.

Por fin un acomodador, que desconocía mis intenciones, me indicó un sitio libre al final de un grupo de bancos. Mi entrada causó incomodidad, ya que tuvieron que levantarse un gran número de personas para que yo pudiera pasar.

Yo iba vestida con un vestido de raso negro, barato; mi cara, completamente pintada por el maquillaje, y lucía un conjunto de joyería barata. Pude notar la mirada curiosa de los allí reunidos.

Dirigí la mirada hacia el púlpito; allí había una fila de ministros de Dios y detrás de ellos un enorme coro vestido de blanco. Estaba empezando a sentir una incomodidad interior tremenda. La gente que estaba sentada delante de mí, se volvía de vez en cuando para echarme miradas furtivas; se volvía para ver a la decorativa Doreen.

«¡Que miren! —pensé—. ¡Hacen bien!»

Como respuesta les devolvía la mirada más feroz de que era capaz.

La reunión empezó con un himno muy animoso, pero yo no cantaba, estaba pensando en la forma de hacer una salida sin atraer demasiado la atención; ya había sido bastante incorrecta cuando entré.

Cuando el himno terminó todos se sentaron, todos excepto yo, porque veía la oportunidad de salir precipitadamente.

En ese preciso momento un silencio llenó la amplia congregación, cuando una mujer con voz dulce comenzó a cantar un himno, llenando el aire con una maravillosa música. Me hizo parar y escuchar lo que decían las palabras del himno.

*Yo quisiera hablarte del amor de Cristo,
Pues en El hallé un amigo fuerte y fiel.
Con su amor El transformó mi vida entera,
El solo hizo lo que nadie pudo hacer.
Llena estaba mi alma de negra miseria,
Llena estaba de tristezas y dolor,
Con su paz cambió por siempre mi alma entera,
Y me guió por un sendero de amor.*

*Nadie pudo amarme como Cristo,
Es incomparable su amor,
Sólo Él pudo transformar mi vida entera
Con su gracia y con su amor.*

Algo maravilloso, pero inexplicable, estaba ocurriendo en lo más profundo de mi ser, algo que no había experimentado nunca antes. Mi vida entera estaba pasando por mi mente como si la estuvieran proyectando en una pantalla cinematográfica. Por primera vez mi mente estaba auténticamente clara y mi sentido cuerdo.

Me vi a mí misma como una niña pequeña en la escuela dominical, y oí decir al profesor: ¿Por qué no dejas que Cristo entre en tu corazón?

Vi a la muchacha del Ejército de Salvación cantando en las calles de Paddington. También vi las habitaciones vergonzosas y las reuniones de brujas a las que asistía.

A medida que escuchaba las estrofas me acudían a la mente las escenas que reproducían algún momento de mi vida en consonancia con las estrofas del himno. Una tremenda realidad me apuntaba al interior de mi negro y pobre corazón; había alguien que me amaba realmente; nadie me amó nunca así, ni los hombres de las calles, ni los de los bares, ni los satanistas, ni las brujas. Todavía sonaban las palabras de la cantante anunciando que Jesús tenía cuidado de los pecadores, que Jesús podía quitar el pecado y la horrible oscuridad.

¿Podría ser verdad? ¿Podría ser auténtica verdad que este Jesús vivía ciertamente y podía tener cuidado del hombre? ¿Podría aceptarme a mí, una prostituta común, adicta a las drogas y bruja negra? ¡Oh, si fuera verdad!, estoy segura de que podría amarle en compensación por su amor. ¿Cómo podría haber perdido esta bendición durante tantos años?

Después de dos años de la más profunda de las vergüenzas como forma de vida, alguien se acercaba a mí con cariño y comprensión, Jesús, el tierno Salvador que murió en mi lugar. Por primera vez en mi vida me sentí auténticamente sucia y realmente avergonzada de la vida que estaba llevando.

Me había olvidado de que estaba de pie aún en el salón. Sentí que el himno hubiera terminado. Ojalá hubiera tenido cincuenta estrofas. La cara de la cantante Betty-Lou Mills brillaba con un resplandor interior; era una belleza que no podría haberse conseguido con cosméticos.

Si la visión de una mujer de mala vida, puesta en pie y escuchando tan atentamente el canto de un himno, hizo o no efecto en los que me veían, no lo sé. Me tenía sin cuidado cualquier cosa que pasara o que pensarán; solamente prestaba atención a la cantante y a su maravilloso mensaje de esperanza. Me senté humillada y estremecida. Eric Hutchings comenzó su sermón:

—Si no conoces al Señor Jesucristo como tu Salvador personal, estás perdido. Estás muerto en delitos y pecados. La Biblia dice que estás esclavizado...

Había hecho tal énfasis en la palabra esclavizado, que casi caí de mi asiento con el susto. Él tenía razón y yo lo sabía.

De un salto me puse en pie y grité:

—¡Él tiene razón, estoy esclavizada!

Un silencio sobrecogedor se hizo en la congregación, sin mencionar al propio predicador, que durante unos minutos no pudo hablar.

Cuando pudo seguir, lo hizo con una fuerza mucho mayor.

—Si vas a la iglesia cada domingo y no conoces al Señor Jesucristo como tu Salvador, estás perdido.

Mi conciencia me aguijoneaba por estas advertencias; me hubiera gustado volver a gritarle: ¡Eso también es verdad!, pero me di cuenta de la gente que me miraba y me contuve.

«Está hablando para los que vienen a la iglesia —pensé—, de forma que esto no es tan malo como pensaba.»

Eric Hutchings continuó su mensaje, diciendo en un momento del mismo:

—Jesús murió por todo el mundo, y si os volvéis a Él os hará ciertamente libres de las ligaduras con que Satanás os tiene esclavizados.

Mi corazón latía violentamente. ¿Podría Cristo libertarme a mí?

No recuerdo más de aquella predicación poderosa. Al final el evangelista hizo un llamado:

—Ve a Cristo esta noche. Si deseas que ore por ti, no dudes, deja tu sitio y ven aquí adelante. Cristo quiere recibirte y hacerte libre de la esclavitud del pecado y del vicio. Esta es tu oportunidad, no la desprecies, acude a Jesús y hazlo ahora.

La gente empezó a acercarse al frente mientras el coro cantaba:

*Tal como soy, sin una sola excusa,
Porque tu sangre diste en mi provecho,
Porque me mandas que a tu seno vuelle,
¡Oh Cordero de Dios!, acudo, vengo.
Tal como soy, de penas combatido,
De torpes dudas, de conflictos lleno,
De luchas y temores rodeado,
¡Oh Cordero de Dios!, acudo, vengo.
Tal como soy, tu amor desconocido,
Toda barrera rompió en mi provecho,
Y para ser tuyo y tuyo solo ahora,
¡Oh Cordero de Dios!, acudo, vengo.*

Una invisible cadena parecía aferrarme al asiento, mientras que la voz audible para mí del Diablo me decía muy claramente:

—Tú eres mía, tú no puedes ir. Es demasiado tarde para ti. Tú eres y serás siempre *mía*.

Estaba temblando de pies a cabeza. Una gran batalla se estaba desencadenando, una batalla con los poderes de las tinieblas, y Satanás, mi maestro del mal, estaba luchando tenazmente para retenerme.

El coro volvía a cantar la estrofa que decía:

*Tal como soy, de penas combatido,
De torpes dudas, de conflictos lleno,
De luchas y temores rodeado,
¡Oh, Cordero de Dios!, acudo, vengo.*

Por un tremendo milagro me levanté y comencé a caminar hacia el frente; me daba perfecta cuenta de que todos los poderes

de la oscuridad estaban luchando por retenerme, pero también noté que alguien mucho más fuerte que ellos había venido en mi ayuda.

Satanás había comenzado a perder la batalla. Satanás estaba perdiendo a su esclava. Jesús sí cuidaría de mí; aun con un corazón tan negro, sucio y lleno de pecado, notaba que él estaba ganándolo poco a poco.

Ahora estaba ya en el frente, de pie, junto con otras muchas personas; las lágrimas estaban cayendo por mis mejillas y borrando mi maquillaje.

—¡Vengo a Jesús! —dije humildemente—. Por favor, Dios, quita la oscuridad.

No tenía conocimientos para hacer una oración, ni cómo hacerla tan siquiera, pero ¿lo necesitaba realmente? El Salvador oyó el grito de mi corazón y me aceptó tal como era. ¡Qué regocijo debía de haber en el cielo aquella noche!

Cuando nos pasamos a un cuartito en la parte trasera de la iglesia la cosa cambió bastante; no fue fácil para mí aceptar los consejos que me daban; tenía grandes dudas y mis temores flotaban en aquella atmósfera.

Aún oí una vez más la voz de Satanás, que me decía:

—No podrás cambiar, eres *mía*.

Una fuerte lucha continuaba. ¿Y mi forma de vida? ¿Cómo podría vivir sin las drogas? ¿Cómo podría dejar todo aquello definitivamente?

Varias personas me hablaron y me enseñaron algunos textos de la Biblia que yo no pude aprenderme en aquella ocasión. Me presentaron el abecé de la salvación, pero yo notaba que había algo que todavía faltaba y que no era capaz de mencionar. Aquellos versículos iban dirigidos a alguien que estuviera buscando a Cristo, y aunque me apelaban, no eran todo para mí.

Tenía miedo en revelar la verdad completa sobre mi persona y mi vida, miedo de que me dieran la espalda cuando supieran que yo era una bruja negra, prostituta, drogadicta, artista de *striptease*. Lo único que conseguí articular fue:

—Yo soy una adicta a las drogas.

Noté que ninguno de ellos me dio la espalda ante mi confesión.

Me decían:

—Si dejas que Cristo tome tu vida, todo lo demás caerá por su propio peso.

No pensaba que todo pudiera ser tan fácil. Asentí a orar y lo hice procurando creer firmemente que lo que ellos me decían era verdad.

«Quizá tengan razón; posiblemente mañana por la mañana, cuando me despierte, podré probarme que era cierto lo que me decían.»

Con todo, seguía echando algo en falta.

Una mujer consejera me habló nuevamente; era la señora María Hutchings, aunque entonces no la conocía.

—Oraré por usted, querida.

Era cariñosa y amable; sinceramente, me encantó.

Por fin salí de la capilla, agarrando fuertemente entre mis manos un ejemplar del Evangelio de San Juan y un pequeño libro que se titulaba *Primeros pasos con Cristo*. Era muy tarde, pasaba ya de la medianoche. Todos se habían marchado ya hacía mucho tiempo.

Un grupo de mujeres de mala vida estaban de pie en la esquina esperándome.

—¡Hola, Diana! ¿Dónde has estado? Te estuvimos buscando.

—Acabo de ser salva en la capilla de Colston.

Se miraron incrédulas, pensaron que les estaba contando algún chiste, y cuchichearon entre ellas con sonrisas.

—No estoy de broma —les dije—. He entregado mi corazón a Jesús en la capilla de Colston.

—Vuelve en ti, Diana; nosotras somos tus amigas.

—Me doy perfecta cuenta de eso. Pero es verdad lo que os digo. Ahora me voy a casa a leer mi Biblia.

Les enseñé el Evangelio de San Juan.

—Buenas noches, chicas —y me fui a casa.

Aunque no me percaté de ello, había hecho una cosa asombrosa: había confesado con mi boca al Señor Jesús. Nadie me había dicho que declarara eso. Aunque no lo sabía entonces, estaba en el camino de ser un testigo del Evangelio. Tampoco sabía nada de la amarga lucha que iba a seguir después.

Había sido colocada por Cristo en el camino recto. Jesús iba a hacer el resto, yo sólo había decidido darle el corazón, pedirle que entrara en mi vida y tomara el rumbo de ella. Cristo iba a vigilar mis pasos, protegiéndome hasta el final en que obtendría mi gran entrega. Mis pies caminaban ya por el camino estrecho.

Yo había dado el primer paso hacia la libertad.

Capítulo 15: Búsqueda Para La Liberación

CUANDO desperté a la mañana siguiente los acontecimientos de la tarde anterior volvieron lentamente a mi mente. No había dormido bien. «Quizás había soñado todo aquello», pensé. Pero no era sueño, porque allí, en mi mesa de noche, estaban el Evangelio de San Juan y un ejemplar de *Primeros pasos con Cristo*.

Cumplí la promesa hecha al consejero y a las chicas la noche anterior, de leer algo de mi Biblia antes de dormirme; me había sentado en la cama y había leído el Evangelio de San Juan completo, desde el primer versículo hasta el último, no porque lo entendiera o lo recordara, sino por cumplir mi promesa.

«¿Será la vida diferente ahora? ¿Cambiarán las cosas para mí?», pensaba.

A medida que los días pasaban, las dudas llenaban mi mente. ¿Cómo podría esperar vivir alguna vez una vida cristiana auténtica? ¿Cómo podría dejar a un lado las drogas, la bebida, el tabaco y la vida tirada y sucia por las calles? Sería muy difícil. ¿Y la brujería? ¿Cómo podría salir de su círculo y desprenderme de sus garras?

Una voz, la voz audible de Satanás, me dijo:

—¡Tú no puedes salir! ¡Tú eres mía! Es demasiado tarde para ti.

«Tiene razón —pensé—; lo mejor es olvidarse de todo rápidamente.»

Metí el Evangelio de Juan en el cajón y salí para tomarme una copa en la taberna.

Cuando me senté a beber, oí interiormente la dulce voz de la cantante:

*Nadie puede amarme como Cristo,
Es incomparable su amor,
Sólo Él puede transformar mi vida entera
Con su gracia y con su amor.*

«Esto es estúpido —pensé—. ¿Por qué vuelve esa canción con tanta insistencia? ¿Por qué me persigue constantemente?»

—Olvídate de ella —dijo Lucifer nuevamente con una voz audible para mí—. Tómame otra copa y pronto la olvidarás.

Pero no podía olvidarme de ella, aun después de haber tomado varias copas. ¿Cómo podría olvidarla? Adondequiera que fuese podía oír:

—Jesús te ama, Él se cuida de ti.

Mientras caminaba por las calles en busca de algún hombre, o bebiendo en las tabernas, aun incluso mientras me inyectaba mis dosis de heroína, las notas de aquel maravilloso himno y sus palabras sonaban en mis oídos:

—Jesús te ama, Él se cuida de ti.

—No hagas caso —decía una y otra vez Satanás—. No es para ti su cuidado, ni su amor.

—Voy a volverme completamente loca —decía en voz alta.

¿Cómo podría aguantar a dos voces diciéndome cosas diferentes la una de la otra en todo momento?

Yo era el campo de batalla de una gran lucha que se había entablado entre los poderes del mal y de la oscuridad y Jesucristo, el poderoso y eterno Hijo de Dios.

Quedé muy sorprendida al recibir una carta de la esposa del consejero. Nadie me había escrito jamás. Era una carta muy cariñosa, que me decía: «Estoy orando por ti. ¿Podrás venir a la cruzada?»

Aunque la carta era muy cariñosa, no estaba segura de si volvería alguna vez a los cultos de la cruzada.

—No vayas —decía Lucifer—. ¡Tú eres mía!

Su voz era aún más temible esta vez. Mi mente era un auténtico torbellino. Pero al fin volví. Un poder dulce y cariñoso me condujo de nuevo al culto dos noches después.

Esperaba que la solista cantara nuevamente la canción que estaba sonando desde entonces en mis oídos. En su lugar cantó algo completamente diferente. Su cara era un auténtico cuadro de alegría y felicidad, y yo deseaba tener lo que ella tenía. ¡Oh, qué gozo servir por completo a Jesucristo, quedar libre de las drogas, la prostitución y la brujería!

Aquella misma noche Lucifer se puso en pie al lado de mi cama. No me confundí al verlo. Le había visto muchas veces en el pasado y había oído su voz también. No era mi imaginación, era auténticamente real.

—Tú eres mía —me dijo—, tienes que obedecerme. Apártate de los cristianos, o morirás.

Su forma y su rostro eran sinuosos; su voz, terrible, amenazadora. Sentí como unas manos grandes y vellosas que se aferraban a mi garganta. Intenté gritar, intenté orar. No valía de nada. El poder del mal era demasiado fuerte para mí. Todo era horrible, pero muy real.

«¿De qué va a servir? —pensé—. Estoy en su poder y lo he estado durante años. Nunca podré ser una cristiana pura.»

No importa cuánto quisiera el ser libertada, me sentía en las garras de Satanás. Estaba decidida a dejar a un lado cualquier idea de amar o servir a Jesús.

Pero nuevamente las palabras del himno sonaron en mis oídos y su tema me repetía incesantemente:

«Sólo Cristo puede quitar el pecado y amarme. Sólo Jesús podrá cuidarse de mí.»

Eso haría Jesús.

—Lucharé hasta que encuentre la libertad. Buscaré hasta que la consiga; necesito y quiero ser libre.

¡Qué verdad tan maravillosa es que Jesús, cuando ha empezado su obra en uno, no la deja! Jesús no iba a dejarme marchar y perderme. Ahora era su hija. Aunque la batalla sólo había empezado, Jesús me iba a hacer consciente de su presencia, y

aumentaría mi deseo de conseguir la libertad, sin dejarme flaquear y caer.

La mujer consejera vino a visitarme.

—Si realmente quieres amar y seguir a Jesús —dijo ella—, debes tener comunión con sus hijos. Unete a una iglesia evangélica.

—De acuerdo —asentí—. ¿Dónde está la iglesia evangélica y a cuál debo ir?

—No quiero decirte ninguna en particular, ve a cualquier iglesia evangélica, hay muchas por aquí.

Yo no le había dicho a ella, en ningún momento, que era una bruja negra, prostituta y artista de *striptease*. Me contuve por miedo a lo que diría de mí y a cómo actuarían luego. Que estaba realmente necesitada era todo lo que ella y algunos más sabían.

¿Cómo haría para encontrar una iglesia a la que asistiera con regularidad?

Caminando por las calles como de costumbre pasé por muchas iglesias, pero yo no vi en ninguna de ellas la palabra «Evangélica». Vi iglesias Metodistas, Iglesia Bautista, Iglesia Anglicana, y otras más, pero no apareció el de Iglesia Evangélica en ningún sitio.

La consejera me dijo que había muchas en los alrededores, pero yo no había encontrado aún ninguna, simplemente porque lo que estaba buscando era una «etiqueta», un nombre, una denominación. ¿Qué significaba el término «Evangélica» para una persona como yo? ¡Nada!

Pero yo tenía que saber más de Jesús. Estaba ansiosa en mi búsqueda; no obstante, seguía con mi forma antigua de vida. No podía cambiar, era consciente de que necesitaba de algo o de alguien que me ayudara, y decidí encontrarlo, aunque para ello tuviera que ir a buscar luz a alguna iglesia. Ahora bien, díganle ustedes a una prostituta que vaya a la iglesia, y verán cómo se ríe en sus narices.

—¿Quién? ¿Yo? —diría ella—. ¿Cuáles serían mis actividades en un lugar como ése? Allí nadie me apreciaría.

Pueden ahora imaginarse cómo me sentía. Parecía imposible que yo hubiera decidido buscar una iglesia para encontrar en ella lo que estaba buscando, si es que podía encontrarlo allí.

Nunca olvidaré la experiencia de asistir por primera vez a un culto en una iglesia. Dejando a un lado mis esfuerzos por encontrar una iglesia evangélica, un domingo por la tarde entré en la primera iglesia que vi.

Era grande, estaba llena de gente. Yo tenía una ligera excitación, un poco de nerviosismo, ante una congregación que aparentaba una gran respetabilidad. Mi primera reacción fue, también en esta ocasión, marcharme rápidamente.

No había asientos vacíos al final de la capilla; los únicos asientos libres estaban precisamente en la parte de adelante; allí había dos filas de bancos completamente libres.

Nadie me ayudó. Tuve que ir sola hacia adelante para sentarme. Estaba en una situación embarazosa y una vez más me di cuenta de que los ojos de todos estaban fijos en mí. Iba vestida de una forma muy similar a la primera vez que fui a la capilla en Colston.

«¿Por qué me mira toda la gente?», pensé.

El servicio empezó con un himno melancólico; no se parecía en nada al himno animado que se cantó la primera vez que asistí al culto en la cruzada. El ministro elevó una larga y complicada oración. Siguió otro himno, aún más monótono y difícil de cantar que el primero.

Después de esto se hizo una lectura de la Biblia. Yo tenía el Evangelio de San Juan conmigo. El ministro leyó de otra parte de la Biblia, y yo no podía encontrar esa lectura en mi pequeño Evangelio.

El ministro empezó por fin el sermón, pero yo no podía entender ni una palabra de lo que quería decir. Usaba de largas frases teológicas, que no tenían sentido alguno para mí. Nada había de simple o sencillo en el sermón. Yo quería oír algo de Jesús que pudiera entender, algo tan sencillo como lo que había oído la primera vez: «Jesús puede hacerte libre, Jesús te ama». Pero no oí nada de eso.

Me empezaba a encontrar aburrida y deseaba frenéticamente un cigarrillo. No pude quedarme ni un minuto más, me levanté y salí. Todo estaba tranquilo, mientras yo veía a la gente respetable que seguía escuchando el sermón.

Encendí un cigarrillo mientras pensaba: «Quizá no le di una oportunidad, quizá no fue suficiente, debo intentarlo otra vez».

Así que volví a entrar, para dejar a toda la congregación atónita viéndome pasar de nuevo al frente para tomar asiento en los bancos libres de la parte de adelante. Esperé pacientemente hasta que terminó, llenándose de alegría cuando el culto se despidió con una oración. Oré también; no sabía hacerlo con palabras tan perfectas como el ministro, pero estaba segura de que Jesús me había oído.

La gente estaba en pie al final, formando pequeños grupos. El ministro estaba dando la mano a los que salían y despidiendo cortésmente a la gente. Intenté pasar sin que me viera, pero no fue posible. El estaba muy serio y cortés.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa.

Me gustó su forma.

—No la habíamos visto antes, ¿verdad? —preguntó.

—No, porque no he estado antes aquí.

Con esta respuesta le dejé cortado; después de algunos segundos continuó:

—¿Qué le hizo venir esta noche?

—Bien, fui a la cruzada de Eric Hutchings en la capilla de Colston y di mi corazón a Jesús.

El rostro del ministro pareció iluminarse.

—¡Eso es maravilloso!

Ahora me di cuenta de que también él amaba a Cristo.

—¿Puedo ayudarla de alguna forma en su senda cristiana?

Pensé rápidamente: «Esta es mi oportunidad, no hay daño si lo intento».

—Mire, no sé si usted podrá hacerlo. Soy prostituta y adicta a las drogas.

Quedó perplejo y un poco pálido. Pensé que me iba a echar a un lado; la gente que estaba al lado se quedó quieta, mientras me miraban con curiosidad.

Después de recobrase, el ministro me dijo:

—Vuelva otra vez. Buenas noches.

«¿Que vuelva otra vez? —pensé—. ¿Para qué? ¿Qué le pasa a esta gente?, ¿no puede ayudarme nadie?»

Volviendo la vista al pasado, no puedo menos de sonreír, al mismo tiempo que siento cierta tristeza. Algunas de esas gentes iban a la iglesia domingo tras domingo sin que sucediera nada

extraordinario que pudiese causar una especie de disturbio en sus rutinarios cultos. Por eso, era para ellos como un sobresalto alarmante ver entrar allí a alguien como yo —una intrusa, alguien tan diferente de ellos.

Un antiguo predicador decía en cierta ocasión: «Estén preparados para cualquier cosa». Esas personas no estaban ciertamente preparadas para alguien como yo. Como resultado de aquello yo me encontré al salir de allí en un estado semejante a cuando entré — más confusa, si cabe.

—¿Adónde iré la próxima vez? ¿Dónde está la verdad en esta ciudad con tantas iglesias?

Pasaron algunas semanas. Yo aún estaba buscando. La batalla se estaba haciendo más recia cada día. Lucifer estaba reforzando sus fuerzas para conservarme condenada a esclavitud. A medida que la batalla arreciaba ocurrían otras cosas.

El predicador había dicho: «Estad preparados para cualquier cosa». Realmente ninguna de las iglesias que visitaba, estaba preparada para alguien como yo. Como resultado yo no experimentaba cambio alguno, incluso salía en ocasiones más confusa que cuando había entrado.

En mi deambular por diversas iglesias oía hablar a veces de la Sangre de Cristo. Cada vez que mencionaba esta palabra, una fuerza en mi interior me controlaba y ocurrían cosas extrañas. Yo actuaba de una forma inexplicable, diabólica, que yo misma no podía comprender. Tomaba las Biblias y las deshacía. Tiraba los himnarios por la iglesia. Empujaba a los que llevaban las bandejas con el pan o repartían la copa en el culto de comunión.

Después caía al suelo en medio de sollozos, retorciéndome como si fuera una serpiente. Entonces volvía en mí y no recordaba nada de lo que había hecho. Muy a menudo salía llorando de la iglesia.

La gente no entendía qué me pasaba o por qué causaba tales disturbios. Algunos pensaban que se trataba de un enfermo mental. Pero yo sabía que no era yo misma la que hacía todo esto. Satanás controlaba mi actuación.

Fuera de la iglesia sentía como si una mano invisible me empujara para hacer todas aquellas cosas que yo quería dejar tan

insistentemente. Antes de dar mi corazón a Cristo, el participar en actos de brujería, prostitución o drogas era algo sencillo, normal y hasta deseable para mí, pero ahora miraba todas estas cosas como algo *contra mi voluntad*. Me impulsaba a hacerlas algún poder malo que sentía en mi interior.

Estos poderes satánicos actuaban abiertamente cada vez que visitaba una iglesia, con el recuerdo de las miradas atónitas de las gentes cuando yo volvía en mí después de haber hecho alguna acción denigrante. Nadie hacía nada por mí.

Como la lucha iba en aumento, decidí apartarme de las iglesias. Quizás estaba loca y no había ayuda ni solución para mí en ninguna parte. Había llegado al punto de abandonar mi lucha en busca de la libertad.

«Buscad, y hallaréis —dice la Biblia—; llamad, y os será abierto.»

En mi desaliento, las palabras del himno sonaban más fuertes cada vez: «Jesús tiene cuidado de ti».

—¡Tengo que ser libre! ¡Quiero vivir para Jesús! —gritaba.

El Señor Jesús estaba hablándome. En medio de la oscuridad. El Espíritu Santo estaba abriéndose paso, dándome valor para luchar, para buscar, buscar hasta que encontré.

Un domingo por la mañana decidí intentar de nuevo. Resolví volver a la iglesia y orar. En el momento en que crucé la puerta los poderes del mal me controlaron. Cuando volví en mí, vi horrorizada los vasos de la comunión destrozados, el vino esparcido y las miradas aturcidas en los rostros de los hombres.

Salí corriendo, sollozando; bajé la calle corriendo, como si todos los demonios me persiguieran. Ahora estaba realmente desesperada.

—Lo mejor es terminar con todo, lo mejor para ti es morir. Morir. Morir —dijo Lucifer.

Su voz se estaba burlando de mí, mientras corría calle abajo como un animal perseguido y atormentado. Llegué a un pequeño puente. Subí al parapeto e iba a tirarme al agua, cuando un hombre me hizo bajar.

—¿Qué estás haciendo? ¿Eres tonta?

Me solté de él y corrí de nuevo sin saber adónde ir. Ciega, me metí en una cabina telefónica, temblando y sollozando durante algún tiempo.

A medida que me iba tranquilizando, vi en la pared de la cabina el nombre y el número de teléfono de un ministro de Dios, el reverendo Stanley Jobb. Lo leí de nuevo. Antes de darme cuenta estaba hablando con él por teléfono; no sé qué le dije, estaba en un estado terrible.

—Por favor, venga a la iglesia —me dijo.

Me dio la dirección. Su voz era amable y cálida. Así fue que, un poco después, estaba en la iglesia bautista de *Queen's Road*, de Bristol. Dos hombres me esperaban; uno era el ministro, el otro un evangelista llamado Dennis Clark.

Eran cariñosos y comprensivos, a medida que yo les contaba entre sollozos parte de mi triste historia. Me escucharon atentamente. Me comprendían. Yo no podía creerlo.

Me tranquilizaron un poco y oraron por mí. En esos momentos las fuerzas del mal, tomándome, intentaron luchar contra los dos ministros mientras oraban por mí. Los hombres no parecían preocuparse lo más mínimo por mis reacciones.

Me hablaron de una manera amable y cariñosa.

—Conocemos a alguien que puede ayudarle, si le deja usted. Es un ministro de la Iglesia Bautista en Burn-on-Sea. Su nombre es Arthur Neil. Sabemos que puede ayudarle a usted. La pondremos en contacto con él y le diremos cuándo puede verle.

Se prepararon las cosas para que pudiera ver al reverendo Arthur Neil. Por fin estaba en el camino hacia la libertad.

Esta es la historia cierta de mi larga búsqueda por la libertad.

Capítulo 16: El Dedo De Dios

EL REVERENDO ARTHUR Neil llegó la tarde siguiente con el pastor bautista reverendo Stanley Jobb. Los vi cuando entraron por la puerta central para dirigirse a mi propia puerta.

De repente, una voz me dijo:

—No abras la puerta. No tengas que ver con ellos.

Aunque estaba asustada, era consciente de que los poderes de las tinieblas que estaban conmigo tenían aún más temor que yo misma. En cierta manera, era consciente de que el señor Neil era un hombre que podía ayudarme, así que, aunque con miedo, abrí la puerta y los dejé entrar.

El señor Neil era totalmente extraño para mí, pero instintivamente comprendí que era un hombre de Dios, que vivía cerca de él. En su presencia me sentía tan negra e impura como el mismo demonio.

Rápidamente trató de confortarme. Fue muy bueno y cariñoso, mientras en sus ojos parecía brillar una llama de amor auténtico y genuino. Yo tuve que bajar la vista ante su mirada. Había algo oscuro en mi interior que se revelaba contra él, aunque me daba cuenta de que no era yo misma en modo alguno.

—¿Tienen nombre esas voces que oye?

—No.

—¿Son espíritus inmundos?

En ese mismo instante noté que los espíritus dominaban mi cuerpo y moraban en él. El espíritu del mal me habló de nuevo, pero

sólo a mí.

—¡No le digas nada, nada!

Yo no era un personaje extraño a los demonios. ¿No les había llamado a menudo para que me asistieran en mis ritos y acciones como bruja y satanista? Por primera vez supe que estos demonios estaban dentro de mí y no fuera, como me había supuesto. Fue una revelación espantosa.

No dije nada sobre la brujería, satanismo y otras cosas; nada en absoluto.

No era necesario, pues el señor Neil sabía que yo era una poseída del demonio, aunque no conociese nada más de mí. Me señaló con su dedo directamente, aunque no lo apuntaba a mi persona, sino a los demonios que había en mi interior. Habló en una larga oración, que los demonios comprendieron inmediatamente, mientras les ordenaba que salieran en el nombre de Jesús.

Me senté en una silla, aterrorizada.

Los demonios que tenía en mi interior tenían todavía más miedo. El señor Neil puso sus manos sobre mi cabeza, como lo había hecho Dennis Clark la tarde anterior. No hice intento de atacar al señor Neil. Era completamente consciente de lo que estaba ocurriendo. Sabía con seguridad que el gran reino de las tinieblas que había en mí había sido verdaderamente sacudido.

Más tarde el señor Neil me explicó que había increpado a los demonios con toda la autoridad que el Señor le había dado.

Me sentía mucho más a gusto; sabía, en cierto modo, que ahora todo iba a salir bien.

Después de una hora, más o menos, los dos ministros salieron, pero el señor Neil había empezado un ministerio que iba a ser de un trabajo profundo conmigo; este trabajo sólo había comenzado. Él tenía mucha razón cuando lo dijo así a su compañero.

Si yo me sentía aliviada después de este primer encuentro con ese hombre de Dios, no iba a durar mucho tiempo. Tuve la noche más horripilante.

En las primeras horas de la mañana desperté llena de temores, tremendos temores, estaba rodeada de poderes del mal; oí sus voces, pero en esta ocasión también me dieron sus nombres.

Estaba temblando, hecha trizas, como si alguien me hubiera cortado en pedazos.

Sacudiéndome realmente de un lado para otro, como si todos los demonios que había en mí se dispusieran a atormentarme y retorcerme, oí que me decían:

—No tengas nada que ver con Neil. Yo soy Duda e Incredulidad y no voy a salir de ti.

Entonces muchas voces gritaban en mi interior, todas al mismo tiempo:

—Ni yo, ni yo, ni yo...

Parecía como si en mi interior hubiera un poderoso coro que iba aumentando de volumen más y más. Yo estaba sudando. Las ropas de la cama estaban goteando, mientras mi cuerpo temblaba sacudido por los demonios.

Oí nuevas voces que decían:

—Soy la Lujuria. Soy un espíritu inmundo. No voy a salir. He estado aquí durante años.

—Yo soy la Mentira. Tampoco voy a salir.

—Yo soy la Brujería —dijo otro demonio muy poderoso.

—Yo soy el Orgullo, y no saldré.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

Los demonios hablaron uno tras otro. Pensé que me volvía loca. Yo no estaba loca, pero sabía que estos demonios que no habían sido expulsados estaban tratando de volverme loca.

Me preguntaba dónde estaba Jesús, dónde estaba la luz. Mi alma no percibía ni un rayo luminoso; era como si la oscuridad del infierno hubiera caído sobre mí.

Cuando al final me levanté, oí una voz que me decía:

—Llama al pastor de la iglesia bautista. Dile que no venga a casa.

Telefoneé como me dijo la voz, aunque yo esperaba que el reverendo Jobb me llamara para interesarse por mi estado; me contestó su esposa y me dijo que ya había salido para mi casa.

Le esperé fumando cigarrillo tras cigarrillo; el desasosiego no me permitía ni estar sentada. A las 11 de la mañana oí un golpe

suave en mi puerta. Era el pastor. Estaba tan amable como de costumbre.

Le dije los nombres que había oído a los demonios.

—No se desespere —me dijo—. Le pondré en contacto con el señor Neil inmediatamente.

Sentí miedo, aunque ya sabía que no era yo misma, sino los demonios que moraban en mí los que realmente lo tenían.

El reverendo Jobb me explicó que, debido a que el señor Neil no vivía en Bristol, sino en Burnham-on-Sea, no podíamos verle inmediatamente.

—Le comunicaré cuándo podemos ver de nuevo al señor Neil; mientras tanto, tranquilícese. Yo oraré por usted.

Ocurrió algunos días antes de que el señor Neil pudiera verme, ya que había estado todo ese tiempo ocupado con un ministerio de predicación. Aquellos días de espera me parecieron largos años. Visité las antiguas guaridas, tabernas, cines, reuniones de brujas, pero sentía que era empujada a esos lugares por los poderes que vivían en mí.

Bebí y fumé más que nunca. En ocasiones no recordaba nada de lo que había hecho o dónde había estado en mis horas de vagar de un lado para otro. Me sentía impulsada a caminar por calles oscuras, cuanto más oscuras mejor y vestida siempre de ropas negras.

En esos pocos momentos de normalidad, cuando estaba en mi pleno sentido común, mi corazón anhelaba estar cerca de Jesús, ser libre y vivir una vida pura y honesta, ser completamente feliz y alegre.

Sabía que no estaba ni enferma ni loca, pero sí poseída por espíritus del mal y constantemente estaba obedeciendo sus órdenes.

Un viernes por la mañana tuve noticia de que el señor Neil me vería aquella misma tarde. Me dijeron que mi consejera de la cruzada y su esposo me llevarían en el coche a la iglesia bautista de *Queen's Road*, la iglesia del reverendo Jobb.

Con esa noticia todo el poder maligno que había en mi interior tembló, haciéndome temblar a mí de pies a cabeza.

—Apártate de Neil —ordenaron los demonios—; él es un santo, demasiado para nosotros. Apártate de él, no vayas a la iglesia.

Mil veces, como martillos dentro de mí, repetían el mensaje.

Por fin me encontré con el señor Neil; su presencia me enervó. Quería escapar, pero no podía. El señor Neil me sonrió y eso facilitó un poco las cosas. Me di cuenta de que no podía mirarle a los ojos. Parecía como si su mirada penetrara en mi interior. Podía sentir su calma y también su poder, el poder que Cristo daba a su siervo. Ese poder era lo que más me molestaba.

«Este hombre puede saber de mí más de lo que yo puedo decirle», pensaba.

Se daba cuenta de lo que me estaba pasando. Me pidió que le dijera los nombres de los demonios que había oído. Puse de mi parte todo el interés por recordarlos y decirle cuáles eran. A medida que iba hablando, mi pensamiento iba alterándose y sacándome fuera de mí; estaba de nuevo siendo azotada por los demonios. El señor Neil se dio pronto cuenta de lo que estaba sucediendo.

Noté que comenzó a hablar fuertemente, señalándome con su dedo de forma autoritaria. Luego, no recuerdo qué pasó, porque, como en otras ocasiones, los demonios se apoderaron de mi control, arrojándome al suelo.

No fue hasta tiempo después, cuando quedé libre de todos los demonios, que el señor Neil me contó lo que pasó aquella noche. Ellos se expresaron por medio de mi voz, de forma individual.

El jefe de todos los espíritus que había en mi interior era la Duda e Incredulidad. Era el más obstinado y violento. Por lo visto, tuvieron que sostenerme dos creyentes mientras era expulsado de mí.

Citando el texto de Lucas 11:20, dijo:

—Si por el dedo de Dios echo fuera los demonios, no hay duda de que el Reino de Dios llega para Doreen.

Seguidamente ordenó que el demonio saliera de mí y se fuera al infierno.

La tremenda lucha que siguió puede ser descrita por los versículos de Efesios capítulo 6, sobre todo del versículo 12: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este

siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes».

Lucha a brazo partido es la descripción más exacta de aquella batalla. El demonio no quería dejar mi cuerpo y mucho menos irse al infierno, pero por fin salió con un gran gemido.

Esta lucha duró por tres o cuatro horas. En este tiempo el demonio Engaño y los de Lujuria, Mentira, Orgullo y Brujería fueron enviados al infierno.

El demonio Brujería era el más ruidoso, según me contó el señor Neil.

—Intentó hechizarme —dijo el señor Neil—, pero le resistí con la autoridad de Jesús, consignándole al infierno.

—¡Allí no, allí no! —gritaba el espíritu Brujería—. Debo tener su cuerpo. No lo dejaré. Necesito un cuerpo. No quiero ir al infierno. ¡Al infierno no!

—No vas a poseer su cuerpo ni el de nadie —dijo el señor Neil—. Te ordeno salir de su cuerpo e ir al infierno, en el nombre de Jesucristo.

Pero el demonio Brujería era muy obstinado, hasta que por fin el señor Neil, con un fuerte grito y la autoridad de Dios en él, le ordenó salir de mí.

Salió con gritos tremendos y dijo al salir:

—Está bien, voy al infierno ya.

Caí al suelo como muerta. Cuando volví en mí no recordaba nada de lo que había pasado. Sólo sabía que estaba libre de esos demonios. Habían sido expulsados y salieron de mí para siempre.

Oré y di gracias al Señor por haberme librado de ellos.

Estaba verdaderamente cansada. Mi garganta y mis costillas estaban como magulladas, pero los seis demonios se habían ido. El señor Neil oró por mí y se fue a casa.

Me sentía feliz y libre. Era maravilloso. Aquella noche dormí como un bebé, la noche que mejor había dormido desde hacía mucho tiempo.

Pero al cabo de poco tiempo otros demonios comenzaron a revelarse de nuevo en mí. Algunos dieron sus nombres, pero otros los guardaron secretamente.

Estaba desesperada. Pensaba que habían salido todos los demonios, pero ahora me daba cuenta de que algunos habían quedado, bien ocultos y callados para que yo no lo supiera al principio.

Yo estaba confusa, pero el señor Neil no lo estaba en absoluto. Él sabía que había expulsado a algunos de los que tenía y no a todos. Un comienzo había sido hecho, el resto se haría de la misma manera que la primera vez y en el mismo lugar. No se podía hacer todo en el mismo momento; al menos, éste era mi caso.

Este era un misterio profundo y preocupante. Es triste decirlo, pero nunca se le da verdadera importancia al misterio que representa la presencia en un hombre de espíritus del mal que hay que expulsar; a veces pensamos que eso sólo ocurría en tiempos de Cristo o de sus apóstoles, pero yo puedo atestiguar que hoy está pasando, tal vez contigo mismo.

Mi vida había sido una puerta abierta a la presión del demonio. Había sido progresivamente que en mi vida entraron por mi propia voluntad y mi invitación los demonios, demonios que ahora había que expulsar para quedar totalmente libre. No quiero decir que el Señor Jesucristo no hubiera podido haber hecho salir a todos en el mismo momento y juntos. Él podía. Pero para su mayor gloria quiso que en mí fuera de esta manera; sólo Él podría guardarme de no ser despedazada por la salida de los espíritus del mal.

Indudablemente, Cristo tenía un propósito especial. Los ministros y otros cristianos debían estar instruidos sobre la posesión diabólica. Creo que el señor Neil iba a enseñar a otros cómo tratar con el demonio. Yo también tendría que aprender muchas cosas con esta experiencia.

Un verdadero trabajo se estaba haciendo en mi corazón.

Capítulo 17: ¡Jesús Es Vencedor!

¡TIEMPO!, fue algo que a mí siempre me sobró mientras que al señor Neil le faltaba.

Yo no estaba tan ocupada. El viejo refrán dice que el demonio encuentra trabajo para las manos que están ociosas, y es verdad. Ciertamente encontró mucho trabajo para mis manos.

Habían sido expulsados de mí algunos demonios y no había de pasar mucho tiempo sin que fueran expulsados otros más; los demonios restantes, en peligro de perder su residencia que habían ocupado durante años, estaban en una constante actividad, sabiendo que su tiempo tocaba a su fin.

Este proceso fue realmente largo y fatigoso; fue hecho a intervalos. El señor Neil oraba y ayunaba antes de cada ministerio. Sabía que iba a estar en contacto con los poderes de las tinieblas; por ello era tan importante para él orar y ayunar.

El demonio Atormentador fue el siguiente en salir. Se reveló a sí mismo de una forma muy similar a como lo habían hecho los otros. Era realmente un continuo tormento que me hacía sufrir casi constantemente, tanto de día como de noche.

Me hizo experimentar horribles sueños, sueños reales, vividos y terribles. Animales feos y velludos me alcanzaban en un oscuro pozo sin fondo, manos que se clavaban en mi cuerpo, que atena-

zaban mi garganta, marcas que se notaban realmente en mi cuerpo cuando me despertaba.

También me atormentaba durante el día, sintiendo cómo me impulsaba a vagar por horas enteras, adonde yo no sabía, regresando luego a casa totalmente extenuada, sólo para experimentar sueños más horribles que antes.

Se concertó otra cita con el señor Neil. Ahora el demonio me atormentaba constantemente.

—Coge un cuchillo y mata a Neil —me ordenó.
Obediente, coloqué el cuchillo en mi bolso.
—Mata, mata —me ordenaba.

Tan pronto como entré en la iglesia, el demonio se desató dentro de mí.

Ahora aprendí algo más sobre los demonios. Ellos solamente veían al señor Neil cuando yo lo veía; es decir, lo veían a través de mí. Ellos tenían *mis* ojos para ver por ellos. El que ellos dependieran de mi demuestra su poder limitado.

—¡Mata, mata! —me ordenó.

No recuerdo más de lo que sucedió hasta que el demonio salió.

El señor Neil me contó después que yo había blandido un enorme cuchillo con el propósito expreso de vaciarle los ojos; sin embargo, me lo arrebató a tiempo.

Aparentemente este demonio era tremendamente fuerte. Tuve que ser sujeta por diez hombres fuertes hasta que salió de mí.

Fue una gran batalla la librada hasta que también el demonio Tormento salió de mí, dando grandes alaridos.

—¡Jesús es vencedor! —dijo el señor Neil—. ¡Jesús es vencedor!

Todos estos espíritus del mal habían salido para siempre de mí. Fue un pequeño descanso antes de que el resto fuera también expulsado.

Cuando los demonios revelaban su nombre y su actividad, eran expulsados, no sin tener una gran lucha; todos odiaban al señor Neil y también al infierno. Sabían que el infierno era el fin de ellos y de su actividad en mí.

—No nos envíes al infierno —rogaban.

No obstante, el señor Neil insistía en que en el infierno no atormentarían ya a ningún hombre ni a ninguna bestia.

Muchos de los demonios citaban textos de las Escrituras, muchos mencionaban pasajes de la Biblia. En estas batallas se reveló que algunos de ellos habían tomado posesión de mi cuerpo por más de quince años; otros habían venido hacía menos tiempo.

—No voy a salir de su cuerpo —dijo un espíritu malo—. He estado aquí por muchos años y no voy a salir ahora.

Solicitador era otro espíritu que dio su nombre, y según me contó posteriormente el señor Neil, había entrado en mi cuerpo cuando yo tenía quince años, cuando decidí prostituirme en las calles de Paddington.

Este demonio salió de mí juntamente con otro, llamado Tentador Oscuro, y ambos lo hicieron sollozando. Este último tenía un nombre muy elegante y trabajaba con un sistema muy distinto también. Incluso quiso seducir a los ministros del Señor en más de una ocasión, pero el poderoso nombre de Jesús lo desterró de mí.

Otros espíritus inmundos, como Seductor, Desnudismo, Corrupción y Lascivia, fueron expulsados al infierno. Este último fue uno de los que más se resistió a salir de mí. Me contaba el señor Neil que hablaba con una voz muy distinta y diferente en expresión a la mía; hablaba con los modos de gente refinada de la alta sociedad.

Durante esta ocasión el señor Neil mencionó el nombre de María Magdalena, de la que habían salido siete demonios; inmediatamente que lo hizo, el demonio dijo:

—¡No la menciones! ¡No menciones a María Magdalena! ¡Traidora! ¡Traidora! ¡No hables de ella!

El señor Neil mencionó también el Calvario, donde Satanás y sus demonios fueron vencidos y derrotados por Cristo.

—No menciones el Calvario. Yo estaba allí, yo estaba allí. Hace muchísimos años, mucho antes de que tomara posesión de este cuerpo. Yo estuve allí. No me hables del Calvario —dijo el demonio, cortando la oración del señor Neil.

—¡Jesús es Vencedor! —dijo el señor Neil—. ¡Jesús es Vencedor!

Después de cada reunión, cuando los demonios iban saliendo, yo oraba, dándole gracias al Señor Jesús por la liberación que se iba realizando en mí.

Muy a menudo el señor Neil me citaba estas palabras que no olvido:

—Jesús es más fuerte que Satanás y que su pecado. Satanás le debe obediencia a Jesús y no tiene más remedio que obedecerle, porque Cristo es Vencedor.

En una de estas ocasiones me pareció como si el Señor Jesús estuviera en pie detrás del señor Neil, mirándome. ¡Cómo me resultaron de maravillosos sus ojos y su tierna mirada! ¡Había amor, comprensión, profundo cariño en ella! Sabía que Él me amaba, sabía que era su hija, sabía que Él me liberaba de mis cadenas.

Nunca lo olvidaré en mi vida. Necesitaba realmente aquella maravillosa visión de Jesús, porque la batalla aún no había terminado; lejos estaba eso. Ahora sabía por experiencia la necesidad que tenía de que Cristo terminara la obra que había comenzado en mí.

Por supuesto que Satanás no se había dado por vencido e intentaba con todas sus fuerzas poner trabas a este ministerio e impedir que el señor Neil continuara.

—¡Vuelve a la brujería! —me decía Lucifer— ¡Olvídate de esta tontería!

Yo no tenía la intención de hacer semejante cosa. El demonio de la Brujería había sido expulsado y con él se fue el poder de la brujería que tenía sobre mí. Perdí mis poderes del mal y me sentía contenta y feliz.

—No —dije a Satanás—. ¡Nunca más volveré a reuniones de brujas!

De todas formas, pensé que tal vez fuera bueno que me presentara en una de las reuniones de brujas y les dijera que ya no era como ellas y que tenían que pensar en que nunca más estaría en su compañía en estas reuniones del mal.

Cuanto más lo pensaba, más me parecía que era lo que tenía que hacer. Así que fui.

Fue una insensatez, pues su respuesta fue una tremenda paliza. Me dejaron inconsciente y me llevaron en un coche a un

lugar solitario donde me tiraron, pensando que realmente estaba muerta o por lo menos próxima a morir.

Pero alguien me encontró y me trasladó a un hospital, donde estuve durante cuatro días; tal había sido la magnitud de la paliza que recibí. Sólo un milagro permitió que mi vida fuese guardada y los planes de Satanás desbaratados de nuevo. Jesús tenía su mano sobre mí, aunque yo había actuado como una tonta, de forma que Satanás fue nuevamente derrotado.

Aprendí, sin embargo, una lección: nunca volvería a una reunión de brujas.

Habían pasado aproximadamente cinco meses. Muchos demonios habían salido de mí, pero yo no estaba completamente libre de ellos. Me sentí desanimada. A veces el miedo y el tormento eran insoportables. ¿Cuándo quedaría completamente libre de ellos? ¿Cuándo saldría el último de ellos? ¿Cuándo quedaría totalmente libre?

Sí, yo estaba desanimada. Algunos cristianos también se habían cansado ya de estar presentes en las reuniones de oración que el señor Neil tenía y en las que los demonios iban dejando mi cuerpo; de forma que, sin esperar a ver el último resultado de este ministerio, fueron dejándome.

El señor Neil tenía también los mismos sentimientos que ellos; no obstante, seguía con el ministerio a mi favor pese a todo, contra viento y marea. Estoy contenta de que él siguiera; creo que no estaría viva si no fuera por este servicio. No habría escrito este libro que ustedes leen.

En estos momentos de desánimo, y entre los cultos a mi favor, Satanás vio la última oportunidad contra mí.

Yo estaba en un estado terrible una tarde. Los demonios que había aún en mí eran activos y fuertes, se burlaban de mí y me mortificaban de una manera horrorosa. Comencé a buscar al suministrador de drogas, pero no lo encontraba, de forma que dejé de buscarlo. Como ven, aún volvía a las drogas.

Nadie sabía de esto, ni aun el mismo señor Neil, si bien es cierto que él conocía que yo tenía que estar tomando cierta clase de droga. Lo que no sabía era que yo estaba tomando los desechos de la heroína.

Llorando y sollozando y en un estado de confusión, en parte producido por los síntomas típicos de una desintoxicación, me llevaron a un hospital mental. Allí me hicieron dormir durante más de una semana, lo que llamaban terapia de sueño. Intenté explicar cuando me internaron lo que me estaba pasando, pero no me escucharon. Pensaron que yo estaba solamente muy enferma. Ciertamente estaba muy enferma, pero ¿cuál era la causa de la enfermedad? No solamente era producto de la heroína.

—¿Demonios? —dijo el médico— ¡No seas tonta! No existen los demonios. Está todo en tu mente. Sólo necesitas tratamiento y entonces te pondrás bien.

Así que me hicieron dormir durante diez días y eso fue todo.

Cuando desperté me pregunté si había soñado o bien era cierto lo ocurrido. Pronto me di cuenta de que era inútil también hablar de Jesús en el hospital. Cuando hablaba de Él me decían que esas charlas eran manías religiosas.

Ahora estaba realmente fuera de la heroína nuevamente; eso era un gran avance para mí. La terapia del sueño había efectuado la cura. Pero ahora los médicos prescribían pastillas, pastillas y más pastillas. Pensé que era estúpido, pero no valía de nada decirles esto. Nadie tuvo en cuenta lo mínimo de lo que les decía.

—Mira —me dijo Satanás—, para ellos estás loca. Nunca más saldrás de aquí. Y si salieras de aquí, te volverías realmente loca.

Empezaba a creer que tal vez tenía razón.

—¡Ja, ja, ja! —se reía Satanás—. Mira ahora para qué sirves.

Los que están realmente enfermos, los auténticos enfermos mentales, actuaban casi siempre de la misma manera, pero yo no. Mi enfermedad era diferente a la de los demás, y así se lo dije a los médicos.

Nadie creía que la posesión del demonio pudiera ser real.

—No hay tal demonio, déjalos en paz de una vez —me repetían todos.

¿Iba a ser encerrada en un hospital mental para el resto de mi vida? Las cosas estaban poniéndose feas para mí.

—¿Dónde está tu Jesús ahora? —se mofaba Satanás.

Yo también me preguntaba: ¿Dónde está realmente Jesús? ¿Qué va a ser de mí?

El siguiente tratamiento fue una terapia de choque eléctrico. Sabía que también fallaría; los demonios no son expulsados así.

Hablando con una enfermera un día le dije:

—Enfermera, ¿sabe usted que antes de venir aquí yo era una prostituta, adicta a las drogas y bruja negra? Una noche fui a una reunión y allí oí de alguien llamado Jesús y de cómo me amaba. Le entregué mi corazón esa noche. ¿Cree usted en Él?

—Está usted muy enferma, querida. Jesús no existe, eso es un montón de tonterías.

—Bien, si fuera usted una prostituta, adicta a las drogas, etc., considerada mala por los demás y de pronto usted comienza a vivir una vida diferente, produciéndose un cambio por Jesús, cambio que nadie había podido conseguir, ¿le llamaría una tontería?

Ella se marchó muy contrariada. Más tarde volvió y me dijo:

—Realmente tienes razón cuando dices que eres una enferma diferente a las demás, distinta a todos los que están aquí.

Esta diferencia era también observada por los demás clínicos que me seguían muy de cerca.

Las pastillas que me hacían tomar no me producían cambio alguno; lentamente, eso sí, me iba habituando a ellas.

Por la noche no podía dormir. Así que me daban pastillas para dormir. Tomaba tres cada noche, y si a medianoche no dormía aún, me daban una más. Aunque las dosis de sedantes que tomaba eran suficientes para hacer dormir a una persona durante cuatro días, yo no conseguía dormir. Disfrutaba sólo de la agradable sensación que me producían y nada más. Solamente dormía un promedio de tres horas cada día.

No pasó mucho tiempo hasta que comencé a sentir verdadera necesidad de esas pastillas. Era la primera que me ponía en la cola para que me las facilitaran cada noche. Un día pregunté para qué eran.

—Bien, ésta es para tranquilizarla y ésta es para levantarle el ánimo.

—Pero, ¡bueno!, ¿qué están haciendo realmente conmigo? ¿Ustedes saben lo que me va a pasar con este tratamiento? ¿Qué pretenden?

Me encontraba totalmente inútil e inservible. Yo sabía lo que me pasaba. Era preciso que todos los demonios fueran expulsados de mí. Pero era inútil decir nada. Nadie me escuchaba. Manía religiosa fue el diagnóstico que me aplicaron. Estaba dispuesta ya a aceptar el diagnóstico, con tal de poder marcharme.

Me hicieron radiografías de cabeza cuando me quejaba de dolor. Los médicos encontraron en los encefalogramas que tenía el cerebro dañado; me dijeron que había sido producida la lesión por la gran cantidad de drogas que había tomado. Este nuevo diagnóstico fue un rudo golpe para mí. ¿Moriría? Satanás estaba luchando fuertemente contra mí.

Un conflicto detrás de otro, y todo porque quería ser una auténtica cristiana. ¿Valía la pena todo esto?

—Jesús es vencedor, ¿no es cierto? —se burlaba Satanás—. ¿Dónde está tu Jesús ahora? ¿Dónde está tu Vencedor?

En estos momentos, cuando más lo necesitaba, las estrofas de aquel himno tan amado para mí volvían a repetirse:

Jesús tiene cuidado de ti.

Él puede quitar el pecado y la oscuridad.

Una cosa estaba clara para mí; Jesús era la única respuesta. Los médicos no podían hacer ya nada por mí. Recordaba aquella maravillosa visión de Jesús. ¿Habría imaginado todo eso? No, realmente no, Jesús era real. El tendría cuidado de mí.

«¡Tengo que creerlo! ¡Lo creeré!», me repetía.

Me aferré a la promesa de que sólo Cristo podía tener cuidado de mí y que lo haría, sacándome de la oscuridad a su maravillosa luz. Tenía que creerlo o me volvería realmente loca.

De pronto, y para mi sorpresa, me invitaron a pasar un fin de semana fuera del hospital. Me alegré muchísimo de dejar aquella atmósfera tan deprimente.

Aquel mismo fin de semana el señor Neil fue a predicar a Bristol. El Señor lo llevó allí por mí. Fui a la iglesia a ver al señor Neil.

—Por favor, ayúdeme, señor Neil. Ore por mí. Tengo que ser libre del poder diabólico y tengo que serlo esta misma noche.

—Bien —dijo—, oraremos.

Algunos creyentes se quedaron también para acompañarnos en la oración. Debía ser ahora o nunca. Oscuridad o Luz. Satanás o Jesús. Locura o alegría.

Era ya la medianoche cuando el último demonio, dando un gran alarido, salió de mi cuerpo. Había sido una larga y dura batalla con las tinieblas.

Este último demonio se llamaba la Demencia y su trabajo consistía en dañar mi cerebro.

—¡Jesús es Vencedor! —exclamó el señor Neil.

¡Qué noche de regocijo fue aquella! Yo era por fin libre. Jesús lo había hecho. Su tremendo poder y gloria fue sentido por todos y cada uno de los presentes. Nuestros rostros brillaban con la gloria de Dios. Era verdaderamente una noche memorable.

Todo había pasado. Jesús me había libertado. Salí de la iglesia después de orar. Era una mujer libre.

Cuando llegué al hospital procedieron a hacerme el reconocimiento habitual. No encontraron daño alguno en mi cerebro. No podían creerlo. Insistieron nuevamente con radiografías y encefalogramas, pero todos eran perfectamente normales, no había ni rastro en ellos de mi daño anterior.

—Esto sólo lo explica un milagro —dijeron los médicos.

Tenían razón, era un milagro de curación de mi Señor Jesús.

¿Es Jesús un disparate o una leyenda? ¿Son los demonios unos mitos? ¿No es cierto el poder de Satanás y la posesión diabólica? Es realidad, muy real y desgraciadamente está creciendo de una forma alarmante en nuestros días.

Pero Jesús es más fuerte que Satanás. Está por encima de todo el poder del pecado y del vicio. Cristo puede derrotarlo, cambiar la vida, transformar la naturaleza y dar paz al corazón cansado, lucidez a la mente lastimada y victoria en la vida cotidiana. Hoy vive y está haciendo maravillas en la tierra. Todavía expulsa demonios. Aún cura enfermedades del cuerpo y del alma.

Sí, Jesús es real, Jesús tiene cuidado. Jesús es maravilloso. ¡Jesús es Vencedor!

Capítulo 18: Paz En Betania

DESPUÉS de aquella bendita liberación en febrero de 1965 no volví a ver al señor Neil hasta después de dos años, más o menos, ya que él cambió su residencia a Brixham, donde está hoy.

Volví al hospital durante otras dos semanas adicionales hasta que quedé completamente sana y me dieron de alta. El director del hospital estaba realmente sorprendido de verme tan bien después de mi largo fin de semana. Me preguntaba qué habrían pensado y qué dirían si conocieran la verdad de mi experiencia, pero yo no les diría nada.

—Tiene usted otro aspecto —me decían—, como si hubiera rejuvenecido y con más vitalidad que antes.

Después de tan poderosa liberación esperaba me dieran de alta cuanto antes. Sabía que el continuar un largo tiempo en la atmósfera deprimente del hospital no me ayudaría en nada. Luego me dijeron que, si no quería volver, no tendría que hacerlo más. ya que era una paciente voluntaria y como tal mi comportamiento estaba regulado por mí misma.

El Señor obra de una manera misteriosa para realizar sus maravillas. Quizás el Salvador tenía un propósito para mi vuelta. ¡Quién sabe!

No me dieron más tratamiento de *shock*, no lo necesitaba. La verdad es que era la persona más feliz en todo el pabellón del hospital. Más feliz que las propias enfermeras, llenas de trabajo.

Si sentía que la soledad o la tristeza me acometían, las evitaba interesándome por cualquier enfermo del hospital, dándole ánimo, charlando con la mayoría de ellos, sobre todo con los solitarios. Les cepillaba también el pelo y hacía pequeñas cosas por ellos que en ocasiones no podían realizar por sí mismos, haciéndome a mí misma útil a los demás en un pabellón muy triste y trabajoso.

De una forma muy misteriosa me recordaban los días que había pasado en la prisión, era algo muy similar.

Tanto las monjas como las enfermeras y psiquiatras se miraban perplejos por mi transformación, y apenas si daban crédito a lo que veían.

Un gran problema quedaba todavía por resolver, el problema de las pastillas. Indudablemente me había acostumbrado a ellas. ¿Tenían los médicos real idea de la cantidad de drogas que me habían recetado? Nunca había tomado tantas pastillas como en aquel corto período de tiempo. Esto era una preocupación para ellos. Quizá tarde ya, al final admitieron parte de la culpa que tenían en este tratamiento.

Antes de darme de alta me avisaron que fuera acortando las pastillas, lentamente y de la manera que yo quisiera. Prometí hacerlo, porque yo quería librarme también de esta otra forma de droga. Como me di cuenta más tarde, era más fácil decirlo que hacerlo.

Cuando por fin salí del hospital, tenía una gran necesidad de cuidado mental, físico y espiritual. Antes de haber pasado mucho tiempo empecé a retroceder, no tanto como antes, pero, de la misma forma, estaba empezando a comportarme erróneamente.

Había iniciado los pasos en la vida cristiana y Satanás volvía a poner otra vez obstáculos en mi camino.

La oscuridad parecía descender una vez más sobre mí. En vez de tomar menos pastillas, estaba tomando muchas más que antes. Algo echaba de menos en mi vida. Lo que estaba necesitando era amor real y comprensión. Tenía la impresión de estar ante una encrucijada y no sabía qué camino tomar.

A menudo me daba cuenta de que los propios creyentes me evitaban y hablaban conmigo el menor tiempo posible. Probablemente mi pasado estaba demasiado reciente en sus mentes para

aceptarme plenamente. ¿Conocían mis actividades pasadas como bruja y aquéllas que habían sido mucho peores?

La actitud de los creyentes y el hecho de que yo era todavía como un bebé en las cosas del Señor me ponían éstas difíciles para mí. Después de todo, yo estaba empezando a caminar y a hablar y, en lugar de experimentar felicidad creciente, estaba confusa y tenía miedo.

Algunos creyentes vieron la necesidad de que tomara unas vacaciones en algún lugar fuera del ambiente de la ciudad con sus problemas y tentaciones. Me sugirieron la idea de irme al campo a descansar, donde podría recuperarme física y espiritualmente.

No me parecía acertada esta idea de irme a un lugar entre gente extraña que no sabían nada de mí.

—¡No, gracias!

¿Pero cómo podría despreciar la invitación de aquellos que estaban interesados en ayudarme? Rechazando, pues, mis temores accedí a que me llevaran al campo en el coche de unos amigos.

«Después de todo, si no me gusta, puedo volverme», pensé.

Por fin llegué al pueblecito de Gamlingay, en Bedfordshire. Me dieron una bienvenida muy calurosa, pero no tenía esperanza en el resultado de este proyecto; tenía miedo a lo desconocido que se presentaba en el futuro.

Les di la mano cortésmente a mis anfitriones, los señores Parker. La primera impresión que produjo al señor Parker fue la de alguien muy solo y envuelto en la amargura. Observó que yo estaba preocupada con mis pensamientos y que me rodeaba un aire de amargura. Mi cara era un cuadro de tristeza; mi rostro, dijo él, estaba lleno de dolor, era el reflejo del daño sufrido y que aún estaba sufriendo. La desdicha de mi vida, mis grandes necesidades, no podían pasar desapercibidas.

Después de muchos años de haber dado su vida a Cristo, el señor Parker conocía muy bien a miles de personas que estaban pasando por el mismo trance de soledad y desdicha en el mundo. Se dio cuenta de que alguien tan oprimida espiritualmente como yo sólo respondería al cariño y la comprensión. Solamente un amor real podría recuperarme.

Aunque era un hombre locuaz y pastor de una pequeña iglesia en el pueblo, no me predicó ni sermoneó, se dio cuenta de que en lugar de hablarme lo que tenía que hacer era estar atento a lo que yo le dijera.

Si hubiera conocido de antemano esta actitud del señor Parker, hubiera sido muy diferente la primera tarde que pasé en compañía del matrimonio. A cada momento estaba esperando que comenzaran a recitarme textos de la Biblia. En cuanto pude, les pedía permiso para llevarme al perro de ellos, «Paddy», a dar un paseo y conocer el pueblo.

Una vez fuera de casa encendí el cigarrillo. A medida que caminaba alrededor del pueblo desierto, mi corazón se entristecía más. Me parecía un lugar muy oscuro y triste. Me preguntaba por qué había aceptado la idea de venir aquí; no había ni tan siquiera una cafetería donde tomar una taza de café y fumarme un pitillo fuera de la vista de los demás. Decidí quedarme sólo unos días y poner cualquier excusa para volver a la ciudad.

Durante los días siguientes pasaba el tiempo llevándome a «Paddy» a dar paseos. Nos hicimos grandes amigos. Tenía la costumbre de contarle a Paddy todos mis temores y en ocasiones, cuando me miraba con sus grandes ojos marrones, me parecía que, en su semblante triste, comprendía lo que me estaba pasando. No lo habían llevado a dar tantos paseos antes, y posiblemente se preguntaba el porqué de ese cambio. Los recuerdos de mi niñez afloraban de nuevo. En mi mente aparecían aquellos días en que también contaba mis penas a la vieja perra «Bessie», mi perra labrador.

Mientras transcurría la primera semana comencé a cambiar de forma de pensar sobre la familia Parker. Nadie me predicaba ni me lanzaba grandes planes sobre mi futuro. Yo esperaba que eso ocurriera, pero no ocurría. Efectivamente, el pastor y su esposa se limitaban a tratarme como a una persona normal igual que ellos. Más sorprendente era que me aceptaran en la familia sin más preguntas ni indagaciones. Tenían dos niños adolescentes, un niño y una niña, y me trataban ellos incluso como si fuera de su propia familia.

El amor conservaba unida a esta familia; no había reglas estrictas, ni era tampoco la religión; la unión establecida era consecuencia de un común amor a Cristo. Era algo tan simple, dulce y natural, que para mí resultaba confortador. Esta era la primera vez que me encontraba una vida familiar que no fuera en ninguna manera desdichada o sórdida. Para mi sorpresa, estaba empezando a disfrutar de mi estancia en aquel lugar.

Sin embargo, la depresión volvía, a pesar de las cosas felices que me rodeaban. La duda y el miedo, que me habían sido tan familiares, llenaban mi mente. A menudo pasaba las noches en blanco, a pesar de las pastillas para dormir. Sueños horribles me acometían una y otra vez. Durante el día estaba medio narcotizada y mis acciones eran muy lentas y perezosas.

Aunque el señor Parker notaba todos estos síntomas y estaba plenamente convencido de que yo era una fumadora, no me dijo nada. En cambio, pasaba mucho tiempo orando por mí. Estaba esperando la hora de Dios, cuando todas estas barreras se derrumbaran definitivamente. Lentamente, pero con seguridad, vio cómo iban desapareciendo de mí los resentimientos, a medida que yo respondía al amor de esta familia cristiana. Me di cuenta de que su interés por mí era realmente auténtico.

Resultó algo maravilloso cuando les pregunté si me permitían llamarles papá y mamá. Al fin, ellos habían ganado toda mi confianza y afecto.

—¡Por supuesto que puedes, querida! —dijeron, mientras me estrechaban entre sus brazos y lloraban abiertamente.

¡Qué inteligentes y pacientes habían sido! No habían mostrado un carácter impetuoso y enérgico para ministrar a mis necesidades espirituales, no; ellos esperaron pacientemente a que yo respondiera.

A medida que iba estando más cerca de «mamá» y «papá», como les llamaba ahora, iba abriendo mi corazón y contándoles más cosas sobre mí misma; tenía plena seguridad de que podía tratar con ellos cualquier cosa que fuera realmente confidencial. A medida que el tiempo pasaba, los espíritus del mal que tanto me habían torturado dejaron de molestarme; lo mismo los temores, que fueron desapareciendo. Poco a poco, lentamente, devota y dulcemente,

mis «padres adoptivos» cubrieron con comprensión y cariño todas mis necesidades.

La verdad es que esto era el comienzo de un largo ministerio y servicio para mí que duraría muchos meses, regado con muchas lágrimas. A menudo estaban a mi lado día y noche; cuando los ataques de Satanás contra mí eran grandes, no se atrevían a dejarme sola, pero la batalla era del Señor Jesús, que lenta y maravillosamente me trajo una completa libertad. Empecé a vivir la vida cristiana por completo. Jesús había vencido verdaderamente.

Cuando hubo terminado esta experiencia, yo tuve una visión de Jesús; fue algo realmente sensible y real. Sus manos estaban extendidas sobre mí, llenas de amor y, tomándome en sus brazos, murmuró dulcemente:

—Tú eres mía.

Ahora sabía sin sombra de duda que era de Él y que Él nunca me dejaría marchar. Me iría guardando en medio de las pruebas, alumbraría toda mi oscuridad, hasta que un día le vería cara a cara por toda la eternidad.

La aldea y el campo, que antes me parecían oscuros, eran ahora un lugar muy querido para mí. Le puse por sobrenombre Betania. Me recordaba aquel pequeño lugar fuera de Jerusalén en donde Jesús frecuentemente visitaba a María, Marta y su hermano Lázaro y que se llamaba Betania: un lugar de retiro, un lugar de descanso y paz. Me pareció un nombre apropiado para este lugar y esta casa de campo.

Empecé a leer asiduamente mi Biblia, y lo que antes era oscuro iba haciéndose cada vez más claro y comprensible para mí. La Escritura estaba llena de significado y de profundidad para mi alma. Podía estar sentada durante horas, leyendo las historias de Jesús, cómo Él había curado la enfermedad en el cuerpo y la mente de tantos que se encontraban en la misma forma en que yo me había encontrado, y notaba que su poder no había sido reducido al tiempo de su vida en la tierra, sino que lo mismo podía hacer hoy. ¿Acaso no había tocado mi vida y me había restablecido totalmente? Todo era cierto, la Biblia había dado la auténtica luz.

Mi himnario *Campanas de oro*, que había sido regalo de la escuela dominical y que había llevado a la cárcel conmigo, también

era muy apreciado ahora para mí. Muchas veces lo leía y otras incluso cantaba aquellos hermosos himnos que había aprendido hacía tantos años, cautivada por la maravilla de sus palabras, palabras sencillas y fáciles:

*Dime la historia de Cristo,
Cuéntamela al corazón;
Y de su amor infinito,
Que es la más dulce canción.*

¡Oh, sí, las palabras tenían un profundo significado ahora para mí. ¡Cómo amaba ahora yo aquellos himnos!

Podía volver ahora la vista atrás, y me daba cuenta de que Jesús me había seguido con su mirada a través de todos aquellos años, largos años de la más repugnante y profunda vergüenza. Me había visto en las calles cuando era una prostituta. Me vio en los diabólicos templos de Satanás y en las cuevas de las brujas. Aun en ese estado me amaba, aun cuando yo estaba sumida en la más oscura degradación. En ese estado fue cuando un día El me llamó y me tomó para sí.

¡Ah, maravilla! Cuánto me asombraba entonces que El me amara; aún hoy, cuando pienso en ello, me lleno de perplejidad, y lo haré por toda la vida, ante la maravilla y gloria del amor personal de Jesús por el pobre y perdido pecador.

En «Betania», Jesús me condujo más cerca de sí. Quitando la amargura de mi corazón. Lavando y restaurando las heridas y el dolor de los años pasados, por medio del amor que había en aquella pequeña casa. Borró los horrores de mi mente, haciéndome una nueva criatura en Cristo.

Todo era nuevo, todo; era como si hubiera nacido nuevamente en el espíritu y en la carne.

El mundo entero me parecía maravilloso. Amaba a todo y a todos en este maravilloso y grande mundo que Dios había creado. El viejo y sarnoso gato que estaba encima de un montón de basura, el diente de león que se abría penosamente camino entre las hojas y la maleza del sendero, aun estas cosas me parecían maravillosas.

A medida que me adentraba en los verdes campos, en los espesos bosques, mi corazón cantaba, bailaba de pura alegría por

todo cuanto veía, por todo lo que Jesucristo había hecho por mí y por todo cuanto estaba enseñándome y mostrándome que haría también por mí en lo sucesivo.

Por primera vez en mi vida presté atención y me di cuenta de las pequeñas flores y las minúsculas hierbas que crecían en la tierra. Me di cuenta de sus hermosos colores. El cielo tenía un aspecto como si alguien lo hubiera lavado y pintado luego de hermoso azul.

Daba la impresión de que alguien hubiera pintado los árboles, la hierba de verde, la tierra completa con colores vivos y resplandecientes. Toda esta belleza aparecía dibujada por primera vez ante mis ojos, belleza que había pasado antes de largo sin darme cuenta de su existencia. Es que estaba mirando al mundo con unos ojos diferentes.

*El cielo arriba tiene un azul más claro,
La tierra alrededor tiene un verde más dulce.
Algo vive en cada matiz,
Que sólo los ojos cristianos pueden distinguir.*

Decía la estrofa de un verso que yo leía en esos días, y era una espléndida realidad en mi vida.

Simples palabras no pueden expresar la alegría que me inundaba. Simples palabras no pueden decir nunca lo precioso y querido que Cristo era para mí, qué maravillosa dulzura era su presencia.

Un día, mientras descansaba en «Betania», sentí la presencia de Cristo todavía en una forma más grande que antes. Sentí su presencia al principio dirigirse más y más cerca de mí, hasta ponerse a mi lado. Después oí su dulce voz, audible para mí, que decía dulcemente a mi oído:

—Tú eres como una virgen pura a mis ojos. Tú eres mi María Magdalena de hoy.

Casualmente, «papá» estaba cerca de mí en aquel momento y vio la expresión de mi rostro. El también supo que Jesús estaba cerca, muy cerca. No me había dado cuenta de la presencia de «papá», sólo de la presencia de Jesús y de las palabras que El me habló.

Papá dijo más tarde que nunca había visto nada parecido en su vida. Me dijo que mi semblante era radiante. Pequeña maravilla cuando Jesús está tan cerca.

—¿Quién es María Magdalena? —le pregunté a papá.

Con lágrimas en sus ojos me leyó en su Biblia cómo Jesús había echado siete espíritus inmundos de María Magdalena, una mujer de ciudad, una chica de la calle, una ramera, hasta que Jesús vino a su vida y la cambió por completo.

Yo lloré y lloré. ¡Oh, cuánto tenía que haberle amado María! ¡Le había perdonado tanto! Él la había hecho libre. Ahora Jesús me había hablado a mí y dijo que yo era su María Magdalena moderna. Era maravilloso, realmente maravilloso.

Yo era como ella, una chica de la calle poseída de muchos espíritus inmundos, y Jesús me había libertado. Jesús era más precioso cada día y cada hora para mí.

Una virgen pura a su vista era lo que Cristo había dicho que era yo para Él.

Todavía llorando, papá me llevó al libro de los Corintios y me leyó:

«Tengo celos de vosotros, con celo santo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.»

La Iglesia de Corinto era notable por sus resbalones y debilidades. Pablo estaba afligido porque quería que los hijos de Dios fuesen puros y sin mancha.

Me llenó de alegría el pensar que Cristo me había hablado a mí, una auténtica prostituta, bruja negra, chica de cabaret y decir que yo era a sus ojos como una virgen pura. En otras palabras, yo era ahora limpia y santificada, lavada con su sangre y justificada ante sus ojos. Ahora amaba más a Jesús después de esta revelación. ¡Cómo podría olvidar tales palabras! ¡Cómo podría olvidar palabras de los propios labios del Salvador!

Jesús continuó derramando sus bendiciones sobre mí. Eran nuevas cada mañana. Estaba llena del Espíritu Santo, alabando, amando y sirviendo a mi Señor. Él era ahora Señor en mi vida, Señor en todo.

Imagínense mi inmensa alegría y sorpresa cuando leí la historia de la mujer de Samaria, cómo Jesús se encontró con esta mujer

pecadora en el pozo y le dio el agua de vida. Al principio me parecía increíble que semejante historia fuera verdad, me parecían historias simples que se encontraban en la Biblia. Apenas podía dar crédito a esto. Jesús se me estaba revelando a mí de una forma muy real, conduciéndome más cerca de sí a medida que crecía en gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo.

Me quedé en «Betania» durante algunos meses. Jesús mismo me estaba enseñando, preparándome para el servicio que Él había planeado para mí, asegurándome una y otra vez que yo era ahora una hija del Rey. No más una hija y esclava de Satanás. Ahora era una hija de Dios.

No, nunca podré olvidar «Betania», porque fue allí donde recuperé el amor, encontré la paz y la alegría en abundancia.

Capítulo 19: Un Diamante En Bruto

«UN TROFEO de la gracia», «Un diamante en bruto», esto era lo que me llamaban los creyentes. Había dejado ya el albergue de «Betania», para volver a Bristol y empezar una nueva vida.

En Marcos 16:15 leemos: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura». Aquella palabra tan pequeña, «id», me incluía a mí también y yo lo sabía. El Señor Jesús me había llamado y ciertamente me había escogido para trabajar por El en este mundo, y ahora había entrado en el sendero del servicio.

No era fácil. Yo no había tenido enseñanza de la Biblia en ningún colegio, pero tenía un tremendo testimonio de lo que Dios puede hacer en la vida de una persona, que es de mucha mayor importancia. Quería contar a todos lo que el Señor había hecho por mí. Y también sentía una gran compasión por los perdidos, especialmente las prostitutas y adictas a las drogas. ¡Cuánto anhelaba que ellos también pudieran venir al conocimiento de su gracia salvadora!

—¡Aquí estoy, Señor, envíame a mí! —fue mi clamor—. ¡Yo iré por Ti!

Sin embargo, los creyentes constituían aún un escollo para mí. Muy pocos me recordaban. ¡Estaba tan cambiada! Me vestía de otra manera, me comportaba de otra forma. A pesar de ello, muchos

dudaban de que fuera una nueva criatura en Cristo, una auténtica creyente.

Yo no podía entenderlo. Muchas veces sufría por su desconfianza y vertí muchas lágrimas en silencio. No tanto por sus palabras como por la expresión de duda y recelo que se veía en sus rostros. Esta era la forma en que reaccionaban en mi presencia. Me daba la impresión de que me tenían miedo.

El apóstol Pablo tuvo la misma experiencia al principio. Su pasado estaba demasiado reciente en las mentes de los creyentes para olvidarlo tan pronto. Pablo también tuvo que haber sufrido por la incredulidad de su conversión en los primeros creyentes. Yo sabía ahora cómo debió de sentirse el apóstol Pablo.

Pero llegó un momento cuando el pasado de Pablo se borró radicalmente de las mentes de los creyentes en el sentido de fomentar desconfianza, y ellos vieron que era un verdadero discípulo, un hombre cambiado. De esta forma llegó un tiempo cuando los cristianos vieron que yo también era una verdadera creyente en Jesús y me aceptaron. Se dieron cuenta de que mi vida estaba cambiada y que era libre de las antiguas ligaduras.

Desde ahí en adelante me llamaban o bien un «trofeo de gracia» o un «diamante en bruto». Tales expresiones eran enteramente nuevas para mí. No había oído antes tales frases.

Pues bien, este «diamante en bruto» iba a salir en una misión. Volví a las calles, pero por una razón diferente a la de antes. ¿Qué sitio habría mejor para llevar el mensaje de Cristo y cumplir su mandamiento que entre mis antiguas amigas y conocidas? Lo que primero pensaron cuando me encontré con ellas nuevamente era que estaba completamente loca.

—Pobre vieja Diana, tiene manía religiosa —dijeron.

Pero no me importaba. Continuaba diciéndoles lo que Jesús había hecho por mí y podía hacer por ellas si le dejaban.

—Te daremos tres meses, Diana —dijeron—. Después ya verás como vuelves al juego, a las andadas con nosotras nuevamente.

—La vieja Diana está muerta —contesté—. No la volveréis a ver nunca más, mi nombre es Doreen.

Pero ellas continuaron llamándome Diana, eso no me importaba.

¡Oh, cómo amaba a aquellas chicas! Muchas veces me quedaba en la esquina de la calle con los brazos rodeando los hombros de alguna de ellas mientras oraba por sus almas. Al fin, ellas tenían que admitir que yo tenía lo que ellas anhelaban, felicidad real y paz de espíritu.

—De cualquier modo, tienes un buen aspecto —me decían—. Tus ojos están claros y pareces muy feliz.

Realmente lo era, pero mi corazón lloraba por ellas.

—Nosotras no podremos cambiar jamás, Diana —me decían a menudo.

—Si dejas que Cristo tome tu vida, Él lo hará —les decía una y otra vez.

—Quizá cuando seamos más viejas, pensaremos en eso, pero no ahora —decían al marcharse.

Yo había recorrido ese camino por muchos años, y si alguien sabe lo que una prostituta siente, ésa era indudablemente yo.

A pesar de los muchos desaires que tenía que soportar cada día, seguía hablándoles del amor de Cristo. No una vez por semana, sino todos los días y muchas de las noches. A menudo salía al atardecer, para ponerme en contacto con ellas, porque sabía exactamente dónde encontrarlas.

—Fijaros, ahí viene Diana con sus folletos de Jesús —les oía decir.

A menudo las veía cómo escapaban corriendo cuando me veían aproximarme.

«Andarás por las calles con calzado diferente», me había dicho un día Jesús, y ahora comprendía perfectamente lo que significaban aquellas palabras de los pies calzados con el apresto del Evangelio de paz. Yo iba a caminar calzada del Evangelio (Efesios 6:15). Mis pies estaban calzados con la preparación del Evangelio de paz.

Yo anhelaba que en este trabajo cooperasen también algunos creyentes más conmigo. Algunos que quisieran venir para ayudarme a alcanzar a esas chicas; recuerdo haber dicho una tarde a un grupo de creyentes:

—¿Qué les parecería si me acompañasen a los barrios bajos y juntos hablásemos de Jesús a las mujeres de la calle?

Todos se marcharon rápidamente con una sonrisa, como si sintieran pena por mí, y no me contestaron.

—¡Muy bien! —les dije—. ¡Iré yo sola! ¡Sois deplorables!

Con un último pensamiento, añadí:

—Sólo espero que alguien venga y les diga a todos ustedes la gran importancia de alcanzar a los perdidos.

Se quedaron mirándome fijamente en blanco cuando ya me marchaba. No había sido muy amable con ellos, me daba cuenta; tenía que orar más para que Dios me diera un carácter más amable.

Más tarde les pedí perdón por la forma en que les había hablado.

—Está bien —me dijo una joven—, no lo sientas demasiado. Alguien vino y nos habló de que tenemos la obligación de testificar por Jesús, poco más de una hora de haberte ido, después de habernos hecho aquella advertencia. Eso nos hizo pensar a todos.

Una tarde en la que yo había salido como de costumbre a dar testimonio —en esta ocasión en las mismas casas públicas que había frecuentado tan a menudo como prostituta—, estaba hablando con un hombre que una vez había conocido muy íntimamente en esos lugares, y le explicaba de Jesús y de su amor; la mayoría de la gente en este antro me conocía y se daba cuenta de que yo había cambiado notablemente, que era una persona diferente.

—No lo tomes tan en serio, Diana —me dijo—. Toma una copa y olvídate de todo eso durante un par de horas.

—No —le contesté—. No puedo olvidarme de Jesús ni por un momento.

Todo quedó en silencio mientras hablaba para todos los presentes en alta voz y libremente de lo que Cristo significaba para mí. No se oía ni un leve tintineo de los vasos, cuando de pronto, rompiendo el silencio, me puse a cantar:

*Todo en mí cambió,
Algo se transformó,
Cuando di mi vida a Cristo.
Todo en mí cambió,
Y en nuevo se volvió,
Cuando Cristo me salvó.
Cosas que yo amaba renuncié,*

*Amo ahora a Aquel a quien desprecié.
Todo en mí cambió,
Todo se transformó,
Cuando Cristo me salvó.*

Todos escucharon con una atención extraordinaria. ¡Era tan maravilloso cantar para Jesús en aquel bar!

Cuando salí me apoyé contra la pared. Mi corazón estaba henchido y mis ojos nublados por las lágrimas, mientras mi mirada recorría aquella zona oscura. Deseaba que todos aquellos pobres hombres y las perdidas mujeres pudieran tener una visión clara de Jesús, tan sólo una fugaz mirada. ¡Qué diferentes serían entonces sus vidas!

Los barrios bajos eran mi primera iglesia, el bar mi primer púlpito, ¿y mi primer convertido? Una mujer de edad madura que había encontrado en ese bar.

Se sentaba siempre sola en una esquina de la casa, con un aspecto triste y solitario. Le ofrecí un tratado del Evangelio y me senté a su lado para hablarle. Las lágrimas empezaron a correr por su oscura y arrugada cara.

—He estado viviendo en esta taberna durante diez años —me dijo—, siempre desde que murió mi esposo. Estoy sola en el mundo. Nadie me ha hablado cariñosamente durante años, nadie me ha hablado, nadie en absoluto.

Mi corazón latía fuertemente mientras la escuchaba. Jesús la amaba y había muerto por ella. Esta era una oportunidad maravillosa para decirle que había uno que se cuidaba de ella y su nombre era Jesús.

—¿Puedo llevarla a casa? —le pregunté.

—¿Quiere de verdad hacerlo y tomar una taza de té en mi compañía?

La llevé a su pequeña casa, cercana. Se llamaba Vera y tenía sesenta y tres años.

Después de tomar una taza de té le conté cómo Jesús me había encontrado en mi necesidad. Vera quedó muy conmovida. Con la ayuda de mi Biblia le indiqué el camino de salvación, el camino de la paz perfecta y del descanso completo. El resultado fue

que pronto estábamos las dos de rodillas orando, y tuve el privilegio de conducir a esta querida señora a los pies del Salvador. ¡Qué conversión más maravillosa!

Cuando unos días después visité nuevamente a Vera estaba radiante de felicidad.

—Nunca más volveré a la taberna —me dijo—. En vez de esto buscaré refugio en mi Biblia. Estoy preparada para encontrarme con mi Hacedor.

Vera nunca volvió a la taberna y una semana después ella volaba al seno de su Señor y Salvador, dejando su pobre y miserable vida aquí en la tierra. Los vecinos me contaron que había muerto dulcemente mientras dormía. Vera había ido a encontrarse con su amado Salvador, y un día, cuando yo salga de este mundo, estoy segura que la encontraré en la Gloria y allí nos veremos de nuevo.

Una tarde en que yo caminaba por City Road, conocida calle de los bajos fondos, iba repartiendo tratados del Evangelio cuando un coche se acercó y el hombre que he mencionado antes quería hablarme. Era un antiguo cliente mío.

—¡Hola, Diana! —dijo—. ¿Estás trabajando?

—Sí, pero no en la clase de trabajo que usted piensa. Ahora trabajo en los negocios del Rey. Tenga un tratado del Evangelio y lea algo sobre este mi Rey Jesús.

Quedó atónito, se metió rápidamente en el coche que estaba delante de él y se marchó. Aunque le vi varias veces aquella tarde dando vueltas en su coche buscando una prostituta para llevarla, no me volvió a hablar, pero me miraba cada vez que pasaba delante de mí. Oré para que leyera el tratado que le había dado y con su lectura encontrara a Cristo como su Salvador.

Otra tarde encontré a otro de mis antiguos clientes mientras repartía tratados en los bares. Estaba de pie en la barra. Empecé a contarle cómo Cristo había cambiado mi vida. Su cara se puso roja y sus manos temblaban de tal modo que no podía sostener el vaso. De pronto, salió corriendo de la taberna, dejando sobre el mostrador el vaso de cerveza.

Me pregunté si había sido una situación incómoda o si realmente el Espíritu de Dios le había tocado. Parecía como si se

hubiera sentido muy culpable mientras hablé con él.

Cuando terminé de repartir los tratados en aquella taberna y de hablar de Jesús, fui a la siguiente. Allí estaba de nuevo el hombre y, tan pronto como me vio, salió otra vez corriendo, dejando su cerveza. Más tarde nos encontramos por tercera vez.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó—. A todos los sitios adonde voy, allí te encuentro.

—No, no soy yo la que te sigue —contesté—; es Jesús el que te viene siguiendo y quiere que te entregues a Él.

De esta forma empecé mi servicio para Jesús. Caminando por las mismas calles que yo había recorrido como prostituta, predicando el Evangelio a cada criatura, diciéndoles a hombres y mujeres que Jesús vivía y que tenía interés por cada uno de ellos.

Satanás intentó quitarme valor, intentó que me cansara de este servicio.

—Vamos, tómate una copa —susurraba a mi oído—, una sola. Nadie lo va a saber.

No. Jesús estaba viéndome y mi testimonio quedaría desecho si escuchaba a Satanás.

«Resiste al Diablo y huirá de ti», dice la Biblia. Así que en el nombre de Jesús le dije:

—¡Quédate lejos de mí, Satanás!

Y Satanás huyó.

Una noche la tentación fue muy fuerte.

—Nadie te cree —me insinuaba Satanás—, ni siquiera los creyentes. Estás perdiendo el tiempo. Deja todo, tómate una copa, fúmate un cigarrillo y descansa un poco en alguna taberna.

En el nombre de Jesucristo rechacé a Satanás, pero él aún persistía. En mi desesperación, tomé el teléfono y llamé a «papá» en «Betania».

Oyendo las tentaciones y lo contrariada que estaba, oró por mí a través del teléfono, rogando a Cristo que alejara de mí al tentador.

—Vete ahora a casa —me dijo «papá»—, y cuando pases por delante de las tabernas o de los bares, toma fuertemente de la mano por la fe a Jesús que está a tu lado y verás cómo te conduce sana y salva.

Si quiso decírmelo literalmente o no, no lo sé, pero por cada taberna que pasaba, Satanás intentaba de nuevo introducirme en ella para tomar una copa en vez de testificar por Jesús; entonces elevé mi mano al cielo con fe y dije:

—Señor Jesús, toma mi mano en la tuya y guárdame del mal.

Surtió efecto, nunca sucumbí a aquellas tentaciones de Satanás. Debía de ser una extraña visión para los transeúntes que se cruzaban conmigo ver caminar a una mujer con una mano levantada. Extraño o no, Satanás fue derrotado una vez más. Jesús era Vencedor. Su mano me guió guardándome de caer.

Satanás intentó de otra forma detener mi trabajo para Cristo; las brujas negras me mandaron cartas, amenazando mi vida si no me quedaba al margen de la brujería. Eran cartas horribles que decían:

«Morirás si no dejas de perseguir a la brujería.» Algunas de las cartas estaban escritas con sangre. Realmente me asusté al principio, porque sabía que las brujas negras llevaban a cabo las amenazas. Satanás estaba usando todas las tretas que él sabía para apagar mi valor. ¿Ahora, qué? ¿Me quedaría quieta sin decir nada de la brujería? ¿Me detendría sin decir a la gente los peligros que tenía si entraba en las cosas ocultas de la brujería, por miedo a que mi vida pereciera?

No, desde luego que no. Había que desengañar a la gente. Esas cartas sólo eran una prueba de que existía el mal.

Me dio valor la Epístola de San Pablo a los Romanos, capítulo 8, versículos 38 y 39, donde leí: «Porque estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro».

—Ni las brujas, ni los satanistas —añadí yo.

Nada puede separarme de Jesús ni de la verdad.

Mi Jesús era más fuerte que cualquier bruja o satanista. El Señor Jesús mismo se enfrentó con las brujas que me amenazaban en mi camino. Nadie me hizo nada. Su mano me protegía a cada momento.

Como pueden ver, tuve mis momentos de flaqueza y de desfallecimiento, exactamente al principio de mi servicio para Cristo.

Pero Jesús me estaba enseñando a confiar en Él fuera cual fuera la situación en que me encontrase; cualquier tipo de prueba que se cruzara en mi camino, no importa lo grande que fuera, Jesús la vencía, Jesús me hacía salir de ella. Después de todo, Él me había salvado y yo estaba entregada a su servicio.

¿Cómo podría mantenerme al margen de testificar sobre la brujería? Alguien debía tomar esa responsabilidad y decir a la gente el horrible mal que había en ello. ¿Quién mejor que yo?

Justamente al comienzo de mi trabajo y ministerio para Jesús me estaba preparando aún para cosas más grandes. Entonces no sabía eso, pero ahora sí. Jesús me estaba enseñando a confiar en El en cualquier momento y en cualquier situación. Estaba completando lo que faltaba, preparándome para esferas de más alto servicio en el Reino de Dios.

Día a día yo me iba haciendo más fuerte, y lo mismo mi testimonio. Poco a poco empecé a dar testimonio en las reuniones de creyentes. Empezando de una forma muy sencilla, pero que me servía para aprender a hablar en público.

Mi acento oriundo de los bajos barrios de Londres a menudo causaba risa. Con frecuencia se me trababa la lengua. Pero lejos de constituir todo esto una confusión, contribuía a hacer mi testimonio más directo y más real.

Paso a paso y línea tras línea el camino se fue abriendo para que yo hablara en reuniones mayores. Más y más gente me invitaba a las capillas, iglesias, escuelas, reuniones de mujeres, lugares públicos, etc., para dar mi testimonio.

¡Qué emoción sentía al poder testificar de Cristo delante de tanta gente! Aún me emociona más ver que, como consecuencia de este testimonio, hombres y mujeres entregaban su vida a Cristo.

Cuanto más progresaba en el camino cristiano del servicio, más crecía en la gracia de Dios; acordándome de que me llamaban al principio «un diamante en bruto», podía comprender ahora la profundidad que tenían esas palabras.

No quiero decir que yo sepa todo sobre los diamantes, pero sé que se encuentran en las partes más calurosas y oscuras de la tierra, y cuando se encuentran por primera vez, están en bruto, sin pulir. No hay belleza hasta que las manos expertas del tallista los

hacen perfectos y preciosos. Los ángulos brutos han de ser quitados, y las caras han de ser talladas y pulidas enérgicamente para que se conviertan en algo hermoso y resplandeciente. El resultado es una joya de gran valor.

Cuando pensaba en el proceso del diamante, no me importaba que me llamaran «un diamante en bruto». ¿No me había sacado del fondo de la tierra el Salvador, desde la cantera de oscuridad y profunda vergüenza, y me formó y moldeó, exactamente como un diamante en bruto, para ir haciendo de mí una piedra preciosa a su semejanza para cuando esté en su gloria?

Yo estoy aún ahora en las manos del gran Tallista, sus diestras manos siguen trabajando en mí. Está haciendo el trabajo propio de adaptación y transformación de un diamante en bruto.

Capítulo 20: Un Ministerio Más Rico Y Más Profundo

LA BIBLIA dice: «He abierto una puerta delante de ti que nadie puede cerrar».

Muchas puertas se han abierto para que yo predique la grande y vieja historia del Evangelio y testifique de la grandeza y poder de Cristo transformando mi vida. Ha sido una alegría y privilegio para mí dar testimonio en muchas cruzadas en este país conducidas por el doctor Eric Hutchings.

La primera cruzada en la que tomé parte se celebró en Leeds, en donde di mi testimonio en forma de entrevista con el cantante John Grant. Yo estaba muy nerviosa, pero el Señor me ayudó y fue una gran bendición.

Era raro recordar la noche de junio de 1964 cuando yo estaba preparada para pinchar la nariz del doctor Eric Hutchings. Si alguien me hubiera dicho entonces que un día yo iba a estar de pie al lado del doctor Hutchings hablando de lo que Cristo había hecho por mí, yo me hubiera reído con la mayor incredulidad. Todavía estaba sentada en la misma plataforma y diciendo cómo en aquella misma noche en Bristol yo entregué mi corazón negro y pecaminoso a Jesucristo.

«Jesús me ha conducido por un largo camino desde entonces», pensé cuando me senté en la plataforma provisional instalada en la

vieja estación de tranvías.

Esta fue la primera de las muchas cruzadas en las que hablé, pero nunca lo olvidaré. La congregación no era muy grande y quedó bastante sorprendida y sobrecogida cuando yo relataba solamente algunas de las perversiones en mi pasada vida. Muchos ojos se abrieron a la realidad del pecado más negro y de la maldad en esta tan mal llamada Era de la Luz.

Imagínense qué gran emoción ha sido para mí estar con Betty Lon Mills, mientras ella cantaba una y otra vez aquel amado solo que yo oí en el salón de Colston, en Bristol. Encontrarme con Betty y llegar a conocerla como persona, así como cantante del Evangelio, ha sido de gran bendición para mí. Ella es una chica muy dulce y comprensiva, y conoce muy bien lo que es estar frente al público. Su canto ha sido una fuente de inspiración para mí, lo mismo que para otros muchos.

Entre mis ocupaciones públicas, voy frecuentemente por los caminos altos y bajos, instando a los pecadores para que vuelvan a Cristo, quien es la única respuesta a los problemas del mundo de hoy. Yo no hice esto solamente en Bristol, sino en muchas partes del país, especialmente en Londres. De vuelta a las calles familiares, mi corazón se dolía de las muchas almas perdidas que frecuentaban los clubs nocturnos y otros antros de iniquidad, cuando yo volvía con un mensaje de esperanza, alegría y paz perfecta en mis labios que el mundo y sus placeres jamás, jamás podrán dar.

Una visita semejante hice al este de Londres, cerca del lugar donde yo había nacido. A mí no me contrataban para predicar en ninguna reunión en Londres. El Señor mismo me envió. Fue algo muy especial.

—Vete a la calle, al número 50, en Stepney, y pregunta por Evelyn —oí una voz que me habló una noche en Bristol.

Conocí la voz de mi amado Jesús y el mensaje era claro y evidente. Nunca había oído mencionar la calle..., en Stepney, pero cuando Jesús te dice «Vete», sabes que puedes dejarle los detalles a Él.

Fui a Londres en tren, orando todo el camino para que Jesús me guiara a la calle, y también por las palabras correctas que tenía que decir cuando encontrara la calle. En la estación del metro de

Aldgate East eché un vistazo alrededor del área inmediata y quedé sorprendida de ver lo atrasada que aún estaba.

Nunca preguntes el camino a los londinenses, se dice con frecuencia, porque aunque hayan vivido en la ciudad durante años, muy pocos pueden dirigirte. Este viejo refrán parece demasiado cierto en este caso, porque nadie de los que pregunté sabía dónde estaba dicha calle.

Al final me puse en contacto con un misionero local y le conté mi situación. Algo sorprendido, juntamente con otro misionero me llevaron a la calle... No era muy halagüeña.

Tenía verdaderamente un mal aspecto, estaba absolutamente sucia, con toda clase de porquería por todas partes, desde colchones sucios hasta montones de trapos y latas oxidadas.

Las casas estaban apuntaladas, preparadas para la demolición en masa. No parecía posible que alguien pudiera vivir allí. Pero, exactamente al final de la calle, una casa estaba aún ocupada, era el número 50. Parecía increíble.

La inquilina, una mujer muy alta, estaba asomada a la sucia ventana. Era tan alta que casi ocupaba el marco de la ventana.

En su mano había un vaso con vino y un cigarrillo en sus labios. Después de un rápido silencio en oración, pidiendo ayuda al Señor, hablé con ella.

—Buenas tardes, me llamo Doreen, y he hecho el viaje desde Bristol con un mensaje especial para usted.

—¡Oh! —dijo ella vagamente mientras nos miraba a los tres que estábamos en pie sobre la acera, como si no nos hubiera visto en absoluto.

—Sí —continué—. El Señor Jesús me ha enviado especial y directamente a usted.

—¡Ah! —dijo nuevamente, sin hacernos caso, como si sólo le ocuparan sus propios pensamientos.

Empezaba a pensar que no estaba progresando mucho.

Entonces recordé de repente que Jesús había dicho: «Pregunta por Evelyn».

—Gracias, Señor —dije, casi en voz alta.

—¿Vive aquí alguien que se llama Evelyn? —pregunté.

La mujer se concentró.

—Sí, es mi hija. ¿Quieren hablar con ella?

Después dijo en el mismo tono:

—Pasen.

El interior era de lo más espantoso. Las paredes estaban muy húmedas y las maderas estaban podridas.

—Este no es lugar adecuado ni para que vivan los cerdos —dijo la mujer.

Tuve que estar de acuerdo con ella.

—Está invadido de ratas —siguió diciendo.

Vi una corriendo por el pasillo y me dio un escalofrío.

—Nos vamos a cambiar pronto —explicó.

Nos introdujo en una pequeña habitación escasamente amueblada. Ni felpudos ni linóleo cubrían los sucios suelos, pero en la esquina estaba el mueble bar más caro que jamás había visto. Una chica de 18 años aproximadamente estaba echada, vestida por completo, entre sábanas sucias en una cama de matrimonio muy estropeada.

—¿Es ésta Evelyn? —le pregunté con el tono más agradable que pude.

—No —dijo la mujer—. Esta es Jane. Evelyn está en el piso de arriba.

Lentamente y sin dejar de orar le expliqué cómo y por qué estaba allí. Le hablé un poco de mi vida pasada, especialmente de mi desdichada infancia, y le conté que Jesús me había levantado de una vida de prostitución y vergüenza y me había transformado.

Las lágrimas llenaban los ojos de la mujer, y dijo:

—Nunca hice lo bueno para mis hijas. Soy una alcohólica; mis dos hijas son prostitutas y Evelyn toma drogas.

Los dos misioneros y yo estábamos llorando al ver cuán bajo había arrastrado Satanás a esa pobre familia.

Después dijimos a esa querida señora que Jesús murió por ella en el Calvario y cómo podía transformar su vida y regenerar su situación; poco a poco la condujimos a los pies de Cristo, cuando finalmente ella nos permitió que orásemos en su favor. Allí mismo, después de orar, se puso de rodillas y dio su vida a Cristo.

Ella se arrepintió de sus pecados y se entregó a Jesús. No había duda de que su conversión era real. Jane, su hija, quedó muy

impresionada al mirar y escuchar, pero no se decidió por Cristo en aquel momento.

La madre, entonces, llamó a Evelyn y le contó todo lo que había ocurrido en la habitación.

—Evelyn, cariño, ¿quieres que Jesús te salve a ti también? —le preguntó.

Era maravilloso oír a la mujer hablar y testificar a su manera. Sin embargo, Evelyn no quiso aceptar a Jesús y marchó al piso bajo. Mi corazón fue detrás de ella.

Encomendamos a esta familia en oración antes de salir y les dejamos una Biblia y alguna literatura. Más tarde nos enteramos de que Jane estaba en la cárcel; allí fue visitada por un misionero y también en ese lugar entregó su vida a Cristo.

La madre nos escribió para decirnos que su esposo había vuelto al hogar cuando vio que ella era una nueva criatura. Poco tiempo después la familia cambió de casa y perdimos el contacto con ella, pero sabemos que Cristo había hecho un maravilloso trabajo en medio de ellos y que su mano estaría también sobre aquella gente.

Si Evelyn fue convertida, no lo sé, pero Jesús me había enviado y podemos con toda certeza dejarle a Él hacer el resto de la obra. Siempre vale la pena ser obediente a la voz del Maestro.

Con Cristo todas las cosas son posibles. ¡Qué maravilloso es que Jesús pueda alcanzar a cualquiera, esté donde esté! El Señor Jesús puede hablar a cualquiera de sus siervos e indicarle exactamente adónde tiene que ir, aun el número de la casa y el nombre de la calle, incluso el nombre de la persona con la que tiene que hablar. Nada es demasiado difícil para Jesús; no hay nada que Él no pueda hacer. Él es el mismo, ayer y hoy y por los siglos.

Mi ministerio y trabajo para Cristo es mucho y variado. No mucho tiempo después de la experiencia interior hablé en la Escuela Normal de Brighton, dando mi testimonio personal a muchos de los estudiantes allí congregados. Cuando terminamos de hablar, hicimos una reunión abierta para preguntas.

Sólo con la ayuda del Señor he podido contestar a algunas de las que se me hicieron. Es verdaderamente maravilloso ver cómo el Señor me ha ayudado y enseñado en este aspecto, y le doy a Él

toda la adoración y la gloria; sólo El me enseñó a adaptarme a cualquier circunstancia en la que me pueda encontrar.

Los estudiantes jóvenes de hoy tienen una gran sed por el conocimiento, y me doy cuenta perfectamente de que muchos tienen interés insano por la brujería y el ocultismo. Cuando me doy cuenta de esto, pongo sumo cuidado, ya que me percaté de lo peligroso que es incluso un conocimiento muy pequeño de estos males diabólicos.

Sin embargo, hay muchos creyentes que no saben cómo aconsejar a aquellos que están presos en los lazos de la brujería, y hago cuanto está a mi alcance para enseñarles, poniéndoles delante la realidad del cuadro, para que puedan testificar más profundamente a otros y ayudarles con un mayor conocimiento de causa.

Mi primera aparición en televisión fue también una experiencia inolvidable. Me pidieron que apareciera en la Televisión del Sur, en el programa de noticias «Día a día». Puede comprenderse que yo estuviera muy nerviosa ese día. Era también un gran privilegio el que yo pudiera decir a miles de televidentes lo que Jesús había hecho por mí. Mi oración era para que Cristo fuese glorificado y que el entrevistador me hiciera preguntas correctas y concretas. El Señor se encargó de ayudarme de una forma maravillosa.

—¿Cómo puede una prostituta, adicta a las drogas y bruja negra, ser evangelista? —fue su primera pregunta.

—Una mujer de esa clase no puede —contesté—, a menos que su vida sea transformada por el Señor Jesucristo. Yo no soy ninguna de esas cosas, porque mi vida ha sido cambiada por Jesús. Ahora soy una nueva criatura en Cristo.

El resto de las preguntas fueron tan fáciles de contestar como la primera y Jesús fue glorificado en la televisión. Miles oyeron lo que Cristo puede hacer, y todos en el estudio de televisión vieron también y oyeron que Jesús puede cambiar la vida de una persona. Ha sido para mí también un privilegio participar en muchos programas de radio y anunciar a la gente que Cristo vive hoy y aun hoy está haciendo milagros.

Una vez más fui invitada para salir en el programa de noticias de la televisión, esta vez en Harlech. Al mismo tiempo aparecía en la capilla Cory, en Cardiff, con el doctor Hutchings y su equipo. Fue

una entrevista tremenda y una vez más el Evangelio fue predicado en un boletín de noticias en la televisión. Después de todo, el mensaje de salvación es la noticia más grande de todas.

Mi visita a Cardiff, sin embargo, fue acortada cuando la noche siguiente, en la capilla, caí y me lastimé un tobillo. Estoy completamente segura de que Satanás estaba haciendo todo lo posible por parar lo que el Señor estaba llevando a cabo en Cardiff. Seguramente estaba furioso al ver que el Evangelio estaba presente en la televisión y en la radio.

Pero el Señor permitió que el accidente resultara para provecho. En el Hospital General de Cardiff me quedé muy sorprendida al encontrar que todos me recordaban de haberme visto en la televisión la noche anterior. Tenía tanto dolor que había olvidado por completo mi aparición en televisión. Las enfermeras, los estudiantes de medicina y los mismos médicos no se habían olvidado y pude hablarles de mi Salvador.

Todos, incluyendo los pacientes en el departamento de recuperación, oyeron otra vez las buenas nuevas de Salvación. Los estudiantes de medicina que examinaron mi pie quedaron completamente impresionados de lo que Cristo había hecho en mi vida.

—No hay ninguna cura conocida para el adicto a la heroína —dijo un médico joven—. Usted está viviendo un milagro.

—Bien, señora predicadora —dijo otro—; no volverá a predicar hasta dentro de unos días, porque se ha astillado un hueso del tobillo.

Tuve que sonreír, porque realmente no estaba dejando de predicar; lo estaba haciendo durante horas allí y desde una silla de ruedas.

Un médico creyente, muy amable, me llevó a Bristol de nuevo en su coche. Tuvimos un tiempo maravilloso de comunión durante el camino.

Antes de salir de Cardiff grabé en cinta un mensaje para la próxima reunión en la capilla de Cory. Más tarde me dijeron que había hecho un impacto mayor que si hubiera estado yo misma en persona. De forma que yo había testificado en ese lugar y Cristo había sido nuevamente glorificado.

Más tarde, cuando mi tobillo curó, volví a Cardiff. Todo ayuda para bien a los que aman a Dios y son llamados de acuerdo con sus propósitos. Yo no sabía que iba a ver un buen resultado de mi aparición en la televisión en mi visita anterior.

Di mi testimonio en una iglesia muy grande en Cardiff. Casi al final de mi intervención una voz se oyó en la congregación:

—¿Puede hacer Jesús algo por mí?

—Sí —contesté—; Jesús puede hacer cualquier cosa. Nada es imposible para el Señor. Venga hacia adelante ahora y oraremos por usted.

Hacia adelante pasó un hombre negro, las lágrimas corrían por sus mejillas, y le condujimos a Cristo. Fue salvado gloriosamente; no había duda de esto en modo alguno. Fue una maravillosa experiencia.

Un poco más tarde me contó esta historia verdadera. Se llamaba Samuel y no hacía mucho que había sido puesto en libertad de la cárcel de Cardiff.

—Mientras estaba en la cárcel —dijo Samuel— la vi a usted en la televisión y escuché todo lo que usted decía. Cuando volví a mi celda, dije: «¡Oh, Dios!, si eres real, si existes, déjame conocer a esa mujer personalmente».

»Yo sabía que usted tenía algo que yo no tenía y que necesitaba tener lo que usted tenía.

»Esta noche vi su nombre en el cartel que está ahí fuera y entré. Usted habló justamente las palabras que yo necesitaba. Mi vida estaba arruinada y yo era un hombre marginado; mi vida había sido un auténtico caos, pero ahora sé que soy salvo y que mi pasado ha sido borrado por Jesús.

¡Qué momento de regocijo fue cuando la vida de Samuel fue transformada por el poder de Jesús!

Samuel es ahora un creyente extraordinario y siempre está testificando de su Señor. Él vino a visitarme hace unos meses. Su cara estaba radiante con la alegría de Jesús y sus alabanzas a Cristo sonaban altas y claras; su oración fue una alegría al oírla.

Samuel es un verdadero trofeo de la gracia, predicando en las iglesias y dando testimonio permanentemente de su Señor.

Todavía creciendo en gracia y en el conocimiento de Cristo, encuentro que mi ministerio es más profundo y lleno que antes. Muchísima gente está perdida y sola, sin un solo amigo en el mundo, sin un rayo de esperanza, luz o amor. Yo sé exactamente lo que se siente al estar muy solos, así que tengo un mensaje especial para ellos.

El mensaje simplemente es éste: Hay Uno que tiene cuidado de ti y te comprende. Su nombre es Jesús, que dijo: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas».

¡Cómo he experimentado yo su palabra una y otra vez! Jesús realmente da descanso, luz y amor. Él es el amigo más verdadero que hay. Murió solo en el Calvario para que los hombres y las mujeres en cualquier parte no se sientan solos jamás.

Holanda, tierra de canales, tulipanes y molinos de viento. Mi destino fue Middelburg, una pequeña isla justo fuera del continente de Holanda. Allí me uní al matrimonio Hutchings para tomar parte en una cruzada evangélica, para contarles a los holandeses lo que Jesús había hecho por mí.

Middelburg tiene una belleza natural; estrechas calles pavimentadas de guijarros, iglesias viejas y pintorescas, con campanas que tocan dulcemente y vestidos tradicionales holandeses, que los llevan puestos todo el tiempo. Todo tiene un típico encanto de viejo mundo, un cambio refrescante para el tráfico de nuestras ciudades modernas y ruidosas.

Aun entre toda esta belleza, existen docenas de adictos a las drogas. Parece increíble. Ellos llenaron el teatro de música antigua de Middelburg para escuchar lo que íbamos a decirles de Jesucristo. Tuvieron que traducir nuestras palabras al holandés, para beneficio del que no hablaba inglés.

La forma en que el Señor movió el corazón de estos holandeses está fuera de toda descripción. Cuando se hizo la invitación para que aceptaran a Cristo en sus corazones, los jóvenes, mayormente los adictos a las drogas, literalmente echaron a correr hasta llegar a la plataforma. Esta querida gente abrió de nuevo mis ojos a la profunda necesidad de la juventud de hoy en día.

En un paseo que di una tarde, encontré muchos más jóvenes adictos a las drogas. Yo compartí mi chocolate y cacahuets con ellos en la plaza de Middelburg. Ellos compartían conmigo sus muchos problemas. Me entristecí al darme cuenta de que todo lo que necesitaban era que alguien les hablase, los comprendiese y tuviese cuidado de ellos. ¡Ojalá pudiera haber hablado holandés para compartir con ellos de una forma más plena! Ellos me hicieron sentir auténtica solicitud por sus problemas. Algunos de ellos sabían que yo había sido una vez adicta a las drogas, y solamente eso fue una ayuda para ellos.

El idioma no es una barrera infranqueable. La gente se da cuenta, es consciente de si tú tienes o no interés por ella. Algunos de estos jóvenes adictos a las drogas dieron su vida a Cristo en la campaña de Middelburg. Mi oración era para que pudieran recibir después el cuidado físico y espiritual que necesitaban.

En Holanda hice muchas amistades que se probaron por su duración. Fue una alegría volver a aquel país en 1972 para hacer una película documental para la Televisión holandesa, que también resultó de una gran bendición para muchos.

Solamente he querido hacerles llegar una pequeña parte del ministerio sencillo que el Señor puso delante de mí para gloria de su Nombre y extensión de su Reino. Así continúa hoy y continuará adelante si deseo dar todo para el servicio de mi Señor.

He tenido también el gozo de hablar a mi padre del Evangelio. Me dijo que estaba orgulloso de mí, pero aún no ha dado su vida a Cristo. Estoy orando por él.

No volví a ver a mi madre desde aquel día en que se fue de casa, cuando yo tenía once años. No he podido encontrarla, pero confío en que un día la encontraré de nuevo. Jesús sabe dónde está y, quién sabe, puede ser que la encuentre más pronto de lo que pienso.

De mis cuatro hermanas he visto a dos de ellas. Están bien. Una está felizmente casada y con tres hijas, la otra trabaja en Portsmouth. Ellas también saben de la gran transformación que Cristo obró en mi vida.

Yo sé esto: la oración cambia las cosas. Mi vida es una prueba de ello. Sigo orando por toda mi familia, mis hermanas y mis padres.

Dios está aún llevando a cabo sus designios. Lo dejo todo en sus manos porque sé que Él conoce cuál será el final de todo esto ya desde un principio.

Hasta ahora no he mencionado a mi esposo David, porque esta ha sido la historia de mi propia vida, conversión y servicio para Cristo. Pero estoy casada con un buen creyente, que está a mi lado ayudándome en todas las formas posibles de trabajo para el Señor.

David es un hombre de oración, y cuando tengo que viajar sin él, puedo estar segura de que pasa mucho tiempo orando por mí. Nosotros, los dos, sabemos que si nuestras vidas están entregadas por completo y de lleno a Jesucristo, no hay límite para lo que Él puede hacer en y para nosotros.

Muchas personas necesitadas visitan nuestra casita. Algunos necesitan valor y guía en el sendero cristiano. Otros necesitan una alta separación de los demonios y poderes de la oscuridad. Otros necesitan ayuda práctica. Nosotros damos gracias a Dios que hemos visto muchísima gente ayudada y bendecida en nuestra pequeña casa. Sabemos que la oración cambia las cosas y que Jesús puede encontrar solución a todas las necesidades y problemas, no importa lo grandes o pequeños que sean.

Mi esposo es un gran trabajador personal para el Señor, sin tomar parte públicamente. Le doy gracias a Dios por él y por la ayuda y valor que me da a veces.

Mi mayor y sincero deseo es que el Salvador me lleve de la mano y me guíe aún más arriba y más profundamente, dentro de un servicio todavía más completo para Él y para los demás.

Capítulo 21: Una Lucha Espiritual

«**P**ORQUE no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12).

—¿Esto es un capricho inocente, o hay algo más en él? —preguntaba uno de los periódicos locales en Inglaterra, en una reciente serie de artículos sobre la brujería y el ocultismo.

Lejos de ser inocente, la brujería y otras formas de ocultismo están dañando, hundiendo y arruinando vidas actualmente, en un grado alarmante. Conduciendo a hombres y mujeres al suicidio, llevándoles a hospitales para enfermos mentales, haciéndoles estar en temores constantes y vivir un auténtico infierno en sus vidas. Si la gente viera solamente la mitad de lo que yo he visto en todo el mundo, pensarían muy seriamente en todo esto antes de escribir de él que es como una locura pasajera que terminará pronto.

Debemos hacer frente a los hechos. En los ocho años pasados, la brujería, el satanismo y el espiritismo, por no citar otros muchos cultos al mal, han triplicado su número de seguidores. El ocultismo se ha extendido por todo el mundo como un cáncer maligno.

Yo no puedo terminar este libro sin dar un toque de alarma contra semejantes prácticas del mal, porque conozco vidas arruinadas por entremezclarse con cosas ocultas del mal. Debemos

formularnos una pregunta a nosotros mismos: ¿Por qué la gente, sobre todo la juventud, se mezclan con la brujería y el ocultismo?

En primer lugar, debemos considerar los desórdenes del mundo de hoy, el derramamiento de sangre, las huelgas y el tremendo desasosiego. Indudablemente, este estado de cosas abre un interrogante ante las mentes humanas. ¿Por qué?, se preguntan.

El hombre adquiere mayor conocimiento cada día por medio de la mente, pero ¿puede el hombre llenar alguna vez el profundo vacío que hay en su interior con algo que salga de un corazón roto y manchado? Nunca.

Los jóvenes están buscando una respuesta. Están buscando algo con que llenar ese tremendo vacío. Yo lo sé, porque durante años busqué algo con que llenar ese vacío interior que había en mí. Los jóvenes irán a cualquier sitio y tratarán de probar cualquier cosa con tal de conseguir llenar ese vacío interior; buscarán afanosamente para encontrar ese «algo» que les falta. En su búsqueda por una respuesta, están volviendo a las drogas y al ocultismo, pensando que ello puede ser la solución.

El elemento de misterio y excitación es un gran factor que les impulsa para alejarse de la única verdad que es Dios. Todos están buscando un poco de excitación y misterio y muchos buscan cosas y señales sobrenaturales.

¿Dónde se encontrarán mejor estos elementos que en algunas cuevas de brujas o en los templos satanistas? De esta forma Satanás da señales falsas a los que las buscan en estos lugares, señales maravillosas, pero falsas, del mal. Yo lo sé muy bien porque he visto muchas veces esto.

La Biblia nos da un aviso contra la brujería, adivinación y otras prácticas diabólicas semejantes. En Deuteronomio, capítulo 18, Dios prohíbe todas las prácticas semejantes a éstas, no porque Él sea un Dios prohibitivo y cruel, sino porque Él es un Dios bueno y sabio, cariñoso y amable. Él sabe que estas cosas son males brutales. Sin embargo, Él nos avisa con amor. Él sólo quiere lo mejor para los hombres y las mujeres que El formó.

No son las manifestaciones múltiples en sí mismas las que constituyen el daño mayor, aunque son malas. Es el apartamiento de Dios lo que constituye un mal mayor.

Muchos creyentes retroceden de miedo y temblando cuando se mencionan las manifestaciones de brujería, demonios o del mal. Las prácticas del ocultismo les asustan.

—No queremos oír de semejantes cosas —dicen—. Nos producen hormigueo.

¿Por qué este miedo? Esto no debería ser. Nosotros tenemos que recordar que Jesús es mucho más poderoso que Satanás y el pecado, recordar que Jesús venció a Satanás y a los demonios todos en aquel maravilloso lugar que se llama Calvario.

La Biblia nos avisa para que no estemos ignorantes de las sutilezas del Diablo. ¿Cómo podemos esperar alguna vez alcanzar a los perdidos y ayudar a aquellos en el mismo asidero del mal si no sabemos lo que está ocurriendo hoy en el mundo?

Es una lucha con los malos poderes espirituales en el mundo y nosotros no podremos ayudar a pelear la buena batalla de la fe en medio de esta lucha espiritual si no conocemos a nuestro adversario. Tenemos que conocer exactamente contra qué y contra quién vamos a luchar en este campo de batalla. La Palabra de Dios dice taxativamente que fuerzas invisibles del mal están trabajando, y la impiedad aumentará más y más a medida que la venida del Señor se acerca. No necesitamos ir lejos para ver a nuestro propio alrededor que la maldad actualmente es mayor de lo que ha sido nunca, con mucha más gente cada día que cae en la trampa del ocultismo y de la brujería.

Algunos creyentes no tienen idea de la perversidad del mal que hay en el mundo. Así que es de sabios estar alerta ante todo esto. Nos cruzaremos con él de una manera o de otra, queramos o no.

Aun los mismos niños pequeños están jugando a juegos diabólicos, con juguetes de brujería, tableros de respuestas mágicas, etc. Me han pedido que visite escuelas, especialmente en fin de curso, para advertir a los niños de los peligros de mancharse con estas cosas durante las vacaciones. Los profesores y los padres se han alarmado al ver que los propios niños se están metiendo en prácticas diabólicas.

Las mentes de los niños han sido torturadas e impregnadas de cosas horribles en algunas ocasiones, cuando en solitario juegan con los tableros mágicos o a los juegos de las brujas, en las

hogueras por las noches. Los mismos padres han quedado perplejos cuando les expliqué todo esto, y ellos pudieron comprobar que en ocasiones los niños rehusaban ir al colegio o tomar alimentos, todo por la práctica de estos juegos.

Cosas como éstas son extremadamente peligrosas, no sólo para las almas, sino para las mentes y cuerpos también. Una de las tretas de Satanás es venir como un ángel de luz y engañar a la gente haciéndolas creer que todo es perfectamente inocente. A mí misma me han horrorizado y espantado algunas de las cosas que se hacen en los colegios.

Un profesor creyente me contó que quince menores de veinte años estaban jugando a juegos diabólicos en un aula. Tuve un tremendo privilegio de poder avisarles del peligro que corrían. Y ésta es una de tantas escuelas donde se practica y se juega con objetos que tienen que ver con artes de encantamiento, brujería, en resumen, cosas diabólicas.

Los creyentes no deberían tener miedo nunca a las artimañas diabólicas. Nunca temerosos de las señales de brujería o de las amenazas diabólicas. Más grande es Jesús que está en ti, que Satanás que está en el mundo.

Con todo, además de estar alerta y vigilantes, fuertes en la fe y despreciando el temor, podemos ir adelante en un mundo de miseria con la completa armadura de Dios, sin temor, pero conscientes de las muchas artimañas que Satanás empleará en este camino para hacernos caer y apartarnos, si puede, de la senda de vida que seguimos.

Parte de mi ministerio consiste en indicar a la gente los peligros de esas llamadas diversiones inocentes, y señalarles el camino recto que es seguir al Cristo del Calvario, el Grande y Poderoso Libertador.

Después de haber dicho todo esto, estoy plenamente convencida de que también hay algunas pobres gentes, incluso creyentes, que tienen lo que yo llamo «manía del demonio» o «manía del Diablo». Apenas si piensan o hablan de otra cosa. Los demonios parecen constituir su principal dieta espiritual, constituyen su desayuno, comida, merienda y cena. Ellos ven demonios en

todas las cosas y en todo el mundo. Demonios en el gato, demonios tras una esquina, demonios en todas partes.

Esta pobre gente parece creerlo sinceramente y su gran preocupación es expulsarlos y hablar continuamente de ellos. Lo triste es que tampoco se les ha dicho el daño y la confusión que pueden causar con esta manía espiritual.

Verdaderamente es muy peligrosa esta manía obsesiva con los demonios. He llegado a la conclusión de que muchas veces las gentes que hablan y hablan de los demonios y no pueden pasarse sin mencionarlos, necesitan ser liberados de los mismos demonios. Sin embargo, muchos carecen de la enseñanza correcta de la Biblia, y es triste decir que tampoco admiten ningún tipo de corrección en su vida cristiana, ni tan siquiera una buena indicación.

Aunque parte de mi ministerio es advertir los peligros del ocultismo y explicar en qué consiste la brujería, puedo asegurarles que no siempre estoy hablando de los demonios y de las brujas. Solamente cuando se me pide un testimonio completo de mi vida es cuando hablo de los poderes demoníacos, y entonces expongo sobre el demonio y menciono detalladamente su trabajo, para que en ninguna forma pueda alcanzar a alguien. Yo soy la persona más feliz cuando puedo hablar sobre la Grande y Vieja Historia del Evangelio, hablando a las gentes de Jesús y de su amor.

En Apocalipsis 12:11 leemos: «Y ellos han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte».

A menudo cito este versículo antes de dar mi testimonio. Es un hecho maravilloso que dondequiera que demos testimonio de la gloria de Dios, estamos derrotando y venciendo a Satanás. ¡Cómo odia el Diablo a los hijos de Dios cuando dan un testimonio personal de lo que Cristo hizo por ellos!

Aunque hay un peligro extremo en lo que concierne a los demonios, no es menos cierto que algunos creyentes no creen en absoluto que los demonios existen. Cuando Jesús estaba en la tierra, sanó enfermos y echó fuera espíritus del mal, dos trabajos totalmente distintos.

Jesús mismo dijo en Marcos 16:15: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. En mi nombre echaréis fuera

demonios, pondréis las manos sobre los enfermos y sanarán».

Hay muchas más personas poseídas por el Demonio hoy en día que cuando Cristo estaba en la tierra. El mismo Jesús dijo que la maldad aumentaría. Hay más puertas abiertas en vidas de hombres y mujeres a la posesión diabólica que lo había entonces.

Así que tenemos los dos extremos, los que sólo hablan del demonio y de los diablos, y los que niegan la existencia de ellos.

Con mucha frecuencia, pobres gentes necesitadas de encontrar la auténtica libertad del demonio, salen de entre nosotros sin solución a este problema por la incredulidad que los cristianos tenemos en ocasiones. Tenemos que buscar el justo equilibrio de las cosas y en modo alguno convertirnos en unos extremistas. Debemos abrazar la Palabra de Dios completa, y no una parte solamente de ella, la que mejor nos convenga o se adapte a nuestros criterios o a lo que durante toda la vida hemos oído o nos han enseñado. Pongámonos toda la armadura de Dios, como dice Pablo, porque la lucha no es una batalla contra carne y sangre, sino contra fuerzas espirituales, librada victoriosamente mediante el poder con que Dios derrota y derriba las fortalezas y los baluartes de Satanás.

Sí, la posesión del demonio es real, muy real, pero gracias sean dadas a Dios porque Jesús es también real, muy real. Su Palabra nos lo dice, y yo también he comprobado cómo en el nombre de Jesús pueden ser expulsados los espíritus del mal. En el nombre de Jesús los demonios temen y huyen. Hoy podemos curar almas enfermas.

Jesús dijo a sus discípulos: «...predicad diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia».

Nosotros somos sus discípulos. Él ha perdonado de gracia mis pecados y me ha hecho libre del poder del Diablo y de sus demonios. Me ha llenado de su Espíritu Santo; por lo tanto, me entregaré libremente a Él; Él me ha perdonado mucho, por lo tanto, yo le amo mucho.

Todo mi pasado lo ha llevado sobre Sí para siempre, y jamás será recordado contra mí. Él me ha emblanquecido más que la

nieve y me ve exactamente igual que si nunca hubiera pecado; esto es lo que se llama justificación y yo estoy cierta de que soy justificada por la sangre de Cristo.

¿No es maravilloso? En vez de las túnicas de las brujas, en vez de los trapos sucios del pecado y vergüenza, Jesús me ha vestido con el ropaje de salvación. Me ha cubierto con el manto de la justicia, nuevo ropaje para una nueva criatura. Me ha dado un cántico nuevo y ha colocado mis pies sobre la roca que es Cristo mi Señor.

No es ningún milagro que yo esté eufórica. Tengo vida nueva, amor nuevo, canción nueva y ropas nuevas. Tengo que estar eufórica. Cuando estoy dando testimonio, siento tanta alegría que en ocasiones tengo que prorrumpir con un canto; es la alegría pura del Señor.

Jesús había dicho a sus discípulos que fueran a predicar en su nombre y que en su nombre harían proezas, y añadió: «Cosas mayores que éstas haréis». ¡Tremendo! ¿No es cierto?

Voy a contar un ejemplo donde el Señor me usó para expulsar demonios en su nombre; sólo un ejemplo, porque el Señor me ha usado en este campo muchas veces.

Estábamos llevando a cabo una cruzada en una gran tienda de campaña, del tamaño de la carpa de un circo, y cada noche se recogía. Todas las noches, almas eran salvadas gloriosamente, sanadas al instante. Creyentes dedicaban sus vidas y se consagraban al Señor. Fue una semana que nunca olvidaré. El Espíritu de Dios estaba trabajando con gran poder.

Una noche colocaron cámaras de televisión y yo aparecí de nuevo en la pequeña pantalla. Una vez más Jesús fue glorificado en las noticias de la televisión. Jesús era noticia de actualidad en Liverpool, y no sólo por televisión, sino por la radio de Merseyside.

Casi al final de esta semana de bendición ocurrió otra cosa maravillosa. Una querida anciana creyente se acercó a hablarme.

—Quiero que usted ore por David, mi nieto, que manifestó ser un buen creyente, pero ahora está envuelto en la magia negra.

Las lágrimas caían de sus ojos a medida que ella continuaba hablando.

—Ha vivido conmigo durante años y lo amo tiernamente, pero me está quitando años de vida. No puedo descansar hasta que lo vea restaurado. Una noche —continuó— estaba esperando que él volviera, porque nunca puedo acostarme hasta verlo en casa. Estaba sentada en mi mecedora orando cuando sentí la presencia de un espíritu maligno. Recurrí al nombre de Cristo y su presencia desapareció.

Cuando David volvió, vio que yo estaba muy excitada, le conté lo que había ocurrido y le rogué que se volviera a Cristo. David tuvo tanto miedo, que decidió acabar con las prácticas de la brujería. Pero no puede librarse. Todas las noches le oigo dar paseos en su habitación, caminando de arriba abajo. Está en un estado terrible. Yo oro siempre por él. Le he pedido que viniera a la campaña, pero ha rechazado la invitación. Él cree que ya es demasiado tarde para él.

La anciana estaba en un estado mental tremendo. Después de orar con ella, le aseguré que continuaría orando por David. Por fin marchó con mayor tranquilidad.

La noche siguiente David estaba en la campaña. Cuando se terminó de predicar, se hizo un llamamiento para que aquellos que necesitasen que se orase por ellos pasaran hacia adelante. Muchos respondieron al llamado. El Espíritu Santo se manifestó de una manera tremenda y muchos fueron salvados.

Entre los muchos que pasaron adelante estaba David. Yo no tenía idea de que el muchacho por el que había orado la noche anterior fuera uno de los que habían pasado adelante. Mientras pasaba por entre unos y otros para orar con ellos, me acerqué a un joven y le hablé:

—¿Cómo te llamas, hijo?

—David —contestó.

Inmediatamente Dios me mostró que éste era el nieto de la anciana que había estado hablando conmigo la noche anterior.

—Tú has roto el corazón de tu pobre abuela, David —dije.

Casi se cayó con la sorpresa.

—Has jugado con fuego —continuó— practicando la brujería y el espiritismo. Pero si te arrepientes esta noche, Jesús te librará.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Tu abuela me lo contó todo ayer noche. Y hoy Cristo me mostró que tú eres ese chico.

Sí, entre las quinientas personas presentes, el Señor me había dirigido precisamente a David.

El muchacho se quedó y tuve que hablarle durante horas seriamente de lo que había hecho. David se arrepintió verdaderamente; abundantes lágrimas caían por su rostro mientras confesaba su pecado. Pasaron muchas horas, pero al fin quedó libre de los demonios.

Con ayuda de la oración de otros creyentes el demonio fue expulsado del corazón del joven; habíamos librado una auténtica batalla espiritual con el demonio mismo y salió derrotado.

Los demonios son muy fuertes y disputan y luchan por sus posesiones, pero Jesús es más fuerte, y el alma puede ser hecha libre por el poder de Jesucristo, el Supremo Vencedor.

Más tarde David fue bautizado. ¡Cómo alababa en su vida a Cristo! Era un gozo poder oírlo desde entonces.

Su abuela estaba loca de alegría, dando gracias a Dios cuando yo la encontré en la reunión la siguiente tarde. Esta vez también había lágrimas en sus mejillas, pero eran lágrimas de alegría.

—Puedo descansar plenamente ahora. David estuvo todo el día cantando y alabando a Dios. Ha quemado todos los libros de magia y encantamientos que tenía. ¡Alabado sea Dios!

Pero la lucha espiritual en el campo de batalla de Dios no ha sido siempre victoria, victoria y victoria todo el camino. También ha habido fallos y faltas. Ha habido veces cuando hemos doblado nuestra cabeza hasta el suelo, derrotados, con gran estrépito. Ha habido momentos cuando he notado falta de gracia, visión y sabiduría.

En esos momentos Satanás se ríe mientras te dice:

—Eres un fracasado; tira la espada y olvídate de Cristo.

En lugar de sentirme aplanada por el fracaso y la derrota, le he permitido al Señor que me levantara y después me he postrado a los pies de la vieja y tosca Cruz y reconocí y admití mi fracaso a los pies del Salvador.

He llorado y clamado:

—Jesús, soy un fracaso. He hecho una confusión con las cosas, pero todavía te amo. Ten misericordia de mí y ayúdame a seguir.

He aprendido de mis faltas y fracasos. Por la gracia de Dios he aprendido a mirar mis fracasos y derrotas honradamente con la vista y les he hecho frente.

¿Ha cogido Dios alguna vez un palo y nos ha perseguido fuera del aprisco por nuestras derrotas y fracasos? ¡Mil veces, no! Él, dulcemente, nos levanta si confesamos nuestras faltas y nos pone de nuevo en nuestro camino y nos dice que sigamos adelante.

Los fracasos y los fallos me han hecho depender más y más de Cristo, el Poderoso Capitán de mi alma.

De nada sirve que quedemos humillados en el polvo cuando cometemos faltas o hemos fallado alguna vez, porque Satanás solamente nos hundiría más y más. No debemos dejar todo cuando hemos cometido un fallo delante del Señor. Satanás está presto siempre a saltar sobre nosotros como un buitre cuando nos ve caer. Una de sus tretas favoritas es convencernos de que no somos perfectos, lo suficientemente perfectos como para seguir y servir a Jesús, o nos dice que no nos levantaremos jamás de nuestros fracasos.

En la Biblia leemos de hombres grandes que han fallado a Dios alguna vez. El rey David fue un poderoso guerrero y cantante de salmos. Aun David pecó y falló. El vio a la esposa de otro hombre y la codició para sí. El, deliberadamente, envió a Urías, su esposo, a una muerte segura en el frente de batalla para poder tomar a esta mujer para sí.

Pero David, arrepentido, hizo frente a su fracaso; él confesó su pecado. Leemos en la Biblia que David corrió a la casa de Dios y, tomando espiritualmente de los cuernos del altar, encontró perdón y paz con Dios. Entonces continuó enfrentándose con otras muchas batallas.

También Jacob era un hombre de oración, que una vez contendió con un ángel. Él también falló, también él hizo sus faltas y tuvo sus fallos. Engañó a su anciano padre robando la bendición de su hermano y su primogenitura. Despreció a su esposa Lea porque estaba enamorado de su hermana Raquel. Jacob fue cogido en una

trama de superchería, engaño e infidelidad de corazón, pero a pesar de eso fue también un gran hombre de Dios.

También falló Pedro a Cristo en el momento cuando El más lo necesitaba; Pedro se arrepintió y continuó. Se levantó de las cenizas de la negación para ponerse al frente de una Iglesia y proclamar con todos los demás la gloria de Jesús el día de Pentecostés.

Estos y otros muchos hombres se alzaron después de ser derrotados para servir a Dios con una paz, grandeza y poder renovados.

Todo el mundo comete fallos y ha fracasado ante Dios en alguna ocasión. Nadie es absolutamente perfecto.

Aun el apóstol Pablo dice en Romanos 7:18: «...Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo».

Continúa diciendo en el versículo 24 de ese mismo capítulo: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?»

Pero ved la respuesta que da a este problema en el mismo capítulo y un versículo después (v. 25): «Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado».

Cristiano, ¡mira hacia arriba, no hacia el interior! cuando falles o cometas faltas. Clamad en alto a Jesús. Haced frente a vuestras faltas. Apoyaos fuertemente en Él. Arreglad las cosas. Levantaos y continuad con Dios, como yo lo he hecho subiendo a cumbres más altas y descendiendo a profundidades mayores con Cristo Jesús.

Yo aún estoy en el campo de batalla por mi Señor, aún en la lucha espiritual. No sola, porque Jesús, mi Poderoso Capitán de Salvación, va delante de mí. Sin Él, yo no podría hacer otra cosa más que caer. Mientras El me dé aliento, mientras tenga fuerzas, le serviré aquí abajo. Le alabaré y hablaré de su amor, gracia, compasión y poder.

Quiero que el mundo entero sepa que yo le amo y también quiero que el mundo le conozca. Quiero decir a todo el mundo, en todas partes, que mi Jesús vive, que mi Jesús tiene cuidado, que mi Jesús es maravilloso y puede hacer todo. Nada es imposible para El. ¡Nada!

Cuando termine este libro habrá sido ganada otra batalla, una batalla grande. Al principio yo no quería de manera alguna escribirlo. Además, no pensaba que pudiera hacerlo.

Muchas personas me preguntaron por qué no escribía un libro.

«Es más fácil decirlo que hacerlo», pensé. ¿Cuándo podré encontrar tiempo para hacerlo? Fue solamente después de mucha oración que lo empecé y, con la ayuda y dirección de Dios, lo he escrito entre compromisos de la obra, escribiendo entre culto y culto; confío y creo que será de bendición a todos los que lo lean.

Con la terminación de este libro habrá acabado otra batalla. Otras batallas seguirán, pero con la ayuda de Jesús a mi lado estoy confiada en que venceré a todos los enemigos. Con su poderosa mano en la mía, y por su fuerza divina, pelearé la buena batalla de la fe, vestida con la completa armadura de Dios: mi yelmo de salvación, mi escudo de justicia, mis lomos ceñidos de la verdad y mis pies calzados con el apresto del Evangelio de la paz, y en mi mano y en mi corazón la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios, mi Biblia. ¿Cómo podré fracasar de esta forma?

Cuando era una niña tan solitaria y desdichada, a menudo me preguntaba por qué habría nacido. Cuando estaba en la celda acolchada de la cárcel de Holloway volvía a preguntármelo.

Ahora sé por qué nací; nací en la carne para nacer de nuevo por el Espíritu de Dios. Nací para predicar el Evangelio a toda criatura. Para amar y servir a Jesús. Para confortar a los solitarios. Para amar a los que no son amados. Para luchar por Cristo y servirle aquí abajo con el grande y poderoso ejército del Señor, hasta que un día le veré cara a cara y diré por toda historia: Salvada por gracia.

El fin aún no es, alabad al Señor. Ven pronto, Señor Jesús.